

Ernesto Bravo

# Catolicismo y protestantismo

Colección

**TEOLOGICA**

EL DIABLO

*Corrado Balducci, 3a. ed.*

MIL AÑOS DE PENSAMIENTO CRISTIANO

*Franco Pierini*

NARRACIONES DE UN EXORCISTA

*Giuseppe Amorth*

LA POSESION DIABOLICA

*Corrado Balducci*

CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO

*Ernesto Bravo*



SAN PABLO

## Capítulo I

# HISTORIA

Primero un poco de historia y algunas fechas y nombres.

Una de las más hermosas y grandes construcciones que ha visto la historia es la de la *cristiandad*, que llena toda la Edad Media. Todos los pueblos de Europa son cristianos y viven en *unidad de fe* bajo el manto tutelar de la Iglesia. Aceptan la dirección de la Ley de Dios tal como se ha manifestado en Jesucristo y se prolonga en la *Iglesia Católica Romana*, con su jerarquía y sus sacramentos.

No es que todo en aquella época fuese perfecto ni que faltasen sus lacras bajo esta hermosa realidad unitaria. Pero es, en su conjunto, la más hermosa construcción cristiana que han visto los siglos.

### Lutero, Calvino; Enrique VIII

De pronto, al comenzar la era moderna, un estallido de rebeldía y división rompió este ideal. Surgen entonces dos bloques antagónicos: catolicismo y protestantismo, con graves consecuencias para la historia entera de la humanidad.

Martín Lutero (1483-1546), un monje agustino, sacerdote católico, se alza contra la Iglesia de Roma. Tras él se agrupan todos los descontentos que critican los métodos y las deficiencias del sistema eclesiástico medieval. La chispa que alimenta semejante incendio ha sido un aspecto *lateral* de la doctrina católica: la predicación de las indulgencias. Lutero clava en 1517 sus famosas noventa y cinco te-

© SAN PABLO 1995  
Carrera 46 No. 22A-90  
FAX: 2684288  
Barrio QUINTAPAREDES

*Distribución:* Departamento de Ventas  
Calle 18 No. 69-67  
Tels.: 4113955 - 4113966 - 4113976 - 4114011  
FAX: 4114000 - A.A. 080152  
Urbanización industrial MONTEVIDEO

SANTAFE DE BOGOTA, D.C.  
COLOMBIA

sis en las puertas de la iglesia del castillo de Wittemberg<sup>1</sup>. Los acontecimientos se irán ligando unos a otros en forma inexorable, y Lutero vendrá a convertirse en el adalid de la *Reforma Protestante*, y creará una iglesia al margen de la Iglesia. Predicará una nueva interpretación del cristianismo, opuesta a la que desde hacía dieciséis siglos venía existiendo desde los tiempos apostólicos. Propone a la cristiandad un nuevo “evangelio”, que él dice sacado de la Biblia. En realidad, está hecho sobre la base de una selección de textos bíblicos. Pero él, con su fuerte personalidad de escritor y predicador, lo impone como la interpretación auténtica de la Biblia.

Sus doctrinas son condenadas por el Papa en 1520. Desde 1529 sus seguidores empezarán a ser conocidos con el nombre de “*protestantes*”, al negarse a aceptar los decretos de la Dieta imperial de Spira y protestar contra ella.

A Lutero hay que añadir dos nombres más: primero, el de *Juan Calvino* (1509-1564), quien hacia 1534 abandona la Iglesia Católica y se dedica a difundir las ideas luteranas. Carácter frío, mentalidad sistemática, recia personalidad organizativa, darán una impronta imborrable al protestantismo. Su obra, “*Institución de la Religión Cristiana*”, será como la “*Suma Teológica*” del protestantismo reformado, que le dotará de un cuerpo doctrinal compacto, bien definido y coherente, al mismo tiempo que de una moral severa y una disciplina rigurosa.

1. Mucho se ha fantaseado sobre este gesto, teatral y valiente, de clavar las 95 tesis contra las indulgencias en las puertas de la iglesia del castillo de la ciudad universitaria de Wittemberg —donde Lutero enseñaba Teología— el 31 de octubre de 1517, invitando, casi diríamos: desafiando a todos los doctos a una disputa sobre las mismas. Las investigaciones minuciosas de los historiadores modernos nos llevan a la conclusión de que tal gesto nunca existió. Por esos días Lutero redacta ciertamente las célebres 95 tesis. No llevan numeración. No todas son verdaderas tesis, pues algunas tienen forma interrogativa y de oratoria. El 31 de octubre de 1517 se las envía en cartas a su prelado, el arzobispo de Maguncia. Las distribuye asimismo manuscritas entre sus amigos más íntimos, con la expresa petición de que no las publiquen. Sin embargo, algunos de éstos las dieron a la imprenta, quizás a fines de aquel mismo año de 1517. Lutero las llamaba *paradojas*, otros las llamaban *temas de discusión* o *conclusiones*. La numeración y distribución en 95 les vino más tarde, al imprimirse en Nuremberg y Basilea, y el nombre de *tesis* y el número de 95 les ha quedado para siempre (Véase la discusión histórica y documental en García Villoslada, *Vida de Martín Lutero*, T. I, pp. 334-345. BAC, Madrid, 1973).

Lutero fue un hombre pasional y violento, que reaccionaba según el aire del instante y no se negaba jamás el lujo de contradecirse a sí mismo; vehemente al arrojarse en la misericordia redentora de Cristo y al poner por encima de todo la Palabra de Dios; vehemente asimismo en sus odios y rencores hasta llegar a los más procaces insultos. Calvino fue, por el contrario, un hombre “cerebral”, frío, duro consigo mismo, austero; con una austeridad que rayaba en lo sombrío. Creó así una religión esencialmente triste. Su doctrina teológica llegará hasta los más inconcebibles límites del pesimismo en la despiadada teoría de la predestinación<sup>2</sup>.

En ambos habrá, sin embargo, una nota en común: el orgullo y el individualismo exacerbado. La verdad la poseían ellos frente al mundo entero. Sólo ellos la habían descubierto. Y sólo la interpretación que ellos daban de la Biblia era la verdadera. Dios hablaba por ellos. Ellos eran el oráculo de Dios.

Ellos podían discutir y negar el dogma católico. Nadie podía negar ni discutir los dogmas asentados por ellos. Así, ambos se ensañaron cruelmente contra sus propios partidarios cuando éstos se atrevieron a disentir de sus enseñanzas. Calvino, en la teocracia feroz que impuso en Ginebra, estableció una severísima inquisición en cuyas ho-gueras hizo perecer a sus enemigos. El más célebre fue Miguel Servet (1511-1553), teólogo y médico español, condenado a morir a fuego lento por Calvino en una plaza de Ginebra (26 de octubre de 1553).

Hubo en la vida del mismo Lutero, momentos de duda y vacilación en que creía oír la voz acusadora de su conciencia que le decía:

“Los Apóstoles, los Santos Padres y sus sucesores nos dejaron estas enseñanzas; tal es el pensamiento y la fe de la Iglesia. Ahora

2. Crudamente define Calvino: “Llamamos predestinación al decreto eterno de Dios con el cual desde la eternidad estableció lo que haría con cada hombre. En efecto, no todos son creados en igual condición. Porque para unos está ya preordenada la vida eterna y para otros la eterna condenación. Así pues, según hayan sido creados para uno u otro destino, decimos que están predestinados a la vida o a la muerte” (*Institución Cristiana*, III, 21, 5). Y con esto él creía dejar a salvo el honor de Dios y su soberanía absoluta. Desde la época misma del reformador de Ginebra, esta doctrina de la predestinación ha sido combatida por los mismos protestantes, y divide todavía fuertemente a las iglesias protestantes unas contra otras.

bien, es imposible que Cristo haya dejado errar a su Iglesia por tantos siglos. Tú solo no sabes más que tantos varones santos y que toda la Iglesia... ¿Quién eres tú para atreverte a disentir de todos ellos y para encajarnos violentamente un dogma diverso?'. Cuando Satanás urge este argumento y casi conspira con la carne y con la razón, la conciencia se aterroriza y desespera, y es preciso entrar continuamente en sí mismo y decir: aunque los santos Cipriano, Ambrosio y Agustín; aunque san Pedro, san Pablo y san Juan; aunque los ángeles del cielo te enseñen otra cosa, esto es lo que sé de cierto: que no enseñe cosas humanas sino divinas; o sea que todo lo atribuyo a Dios, a los hombres nada"<sup>3</sup>.

Y con este recurso desesperado e inconcebible acallaba Lutero la voz de la sana razón y de la sana teología, atribuyendo al demonio lo que era la sensatez misma y atribuyendo a Dios sus errados pensamientos.

*Enrique VIII* de Inglaterra (1509-1547) se separa de la Iglesia ante la negativa del Papa para concederle el divorcio de su legítima esposa, Catalina de Aragón (1534), y así poderse casar con Ana Bolena, de quien se había enamorado perdidamente. El rey se proclamó entonces "Cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra" y se separó de la Iglesia con todo su Reino. Luego vendría sobre Inglaterra un fuerte influjo calvinista, pero doctrinalmente el "anglicanismo" conservaría mucho de la tradición católica; más que las otras ramas protestantes.

Las tres grandes iglesias protestantes serán, pues, en adelante: la Iglesia Anglicana, la Iglesia Calvinista (o reformada) y la Iglesia Luterana; tras éstas vendrían otras muchas. No nos toca juzgar la conducta, poco edificante, de estos hombres, fundadores de un nuevo cristianismo; sus propios principios doctrinales nos interesan por la vigencia que tienen todavía en el protestantismo actual, que ha pasado por muchas vicisitudes y cambios.

El nombre de *protestantes* o de *protestantismo* tuvo un origen de orden casi político, como hemos insinuado ya. En 1529, ciertos príncipes alemanes que seguían las doctrinas de Lutero se negaron a aceptar las disposiciones del emperador Carlos V y *protestaron* contra el edicto de la Dieta de Spira. Hemos de decir, sin embargo,

que el nombre de "protestantismo" tiene un significado profundo que, aun ahora, caracteriza el modo de ser de esta interpretación del cristianismo que se llama "protestante". Pues en él, desde el tiempo de Lutero hasta hoy, son más las negaciones frente a la Iglesia Católica que sus afirmaciones doctrinales sacadas del Evangelio. Y tenemos entonces la paradoja de una Iglesia —o de unas iglesias— constituidas más bien por el "anti" y la oposición que por su estructura doctrinal o por su aceptación cristiana de Dios, o de Cristo, o de la salvación redentora.

No todo, sin embargo, es negativo en el protestantismo, como luego veremos, aunque al principio se presente como protesta y negación. Con toda verdad podemos decir que el protestantismo es una rama desgajada del árbol de la Iglesia Católica, aunque los brotes más nuevos y recientes ni lo recuerden ni quieran saberlo.

## Características del protestantismo

Es difícil caracterizar las doctrinas del protestantismo, porque este nombre de "protestante" es una etiqueta engañosa que recubre muchas iglesias, o denominaciones, o sectas, de diferente doctrina cada una, y a veces agudamente enfrentadas entre sí. Cada cual con base en un fragmento de la Biblia.

Históricamente ha resultado que "el concepto de *protestantismo* se utiliza ahora como denominación global para designar a todas aquellas iglesias"<sup>4</sup> que proceden del tronco cristiano común y que de un modo u otro se originan en la Reforma iniciada por Lutero a comienzos del siglo XVI. Así lo admiten generalmente los propios teólogos protestantes.

El protestantismo, si lo miramos en el fondo, dejando a un lado lo anecdótico, es un modo de entender el cristianismo de manera diferente a como se había entendido y mantenido durante dieciséis siglos de vida eclesial. Como primera caracterización se ha llegado incluso a "una definición conceptual del propio *protestante* en formulaciones centradas exclusivamente en la oposición a la Iglesia romana"<sup>5</sup>. Esto hacen los que, ufanos de este nombre, lo recogen y lo

4. Cf. MAURER, W., *Protestantismo* (punto de vista protestante) en *Conceptos Fundamentales de Teología*, T. III, Ed. Cristiandad, Madrid, 1967, p. 564.

5. *Ibíd.*, p. 574.

3. *Obras completas de Lutero* (W. A.), T. 40, 1, pp. 130-131.

exhiben diciéndonos que su actitud característica consiste en *protestar*. Claro, *protestar* contra los abusos de la Iglesia Católica.

Según la célebre presentación dada por Schleiermacher, se caracteriza en su modo de ser por el *individualismo*, tanto en lo que este concepto puede tener de positivo, como en sus aspectos negativos: así subraya la responsabilidad personal ante Dios, niega y elimina todos los intermediarios: iglesia, sacerdotes, santos; si acepta una doctrina o una comunidad, es por decisión propia, no por institución. Cada fiel es sacerdote para sí mismo ante Dios (sacerdocio universal). Como ha dicho D. F. Strauss: la esencia del protestantismo consiste “en la libre convicción del individuo que no se limita a creer en lo que los demás creen, sino que cree únicamente aquello que él experimenta de un modo personal en su interior”<sup>6</sup>.

“El protestantismo —se nos dice también— es asunto de los laicos, expresión del movimiento evangélico desencadenado por la predicación reformadora”.

Estos elementos caracterizadores que anulaban la autoridad y erigían al individuo en árbitro de sus propias creencias, trataban de hallar un asidero sólido en el Evangelio; creían apoyarse tan sólo en el Evangelio y aspiraban a devolver a la Iglesia medieval la primitiva pureza que las Iglesias cristianas habían tenido, según ellos, en la época de los Apóstoles.

El ideal era hermoso, y por eso, no cabe duda, arrastraron a muchos. El incendio protestante cundió por toda Europa. Todavía hoy arrastra a muchos y los saca de la Iglesia Católica; no a muchos en Europa; pero sí en América Latina. ¿A quién no le va a seducir la idea de volver a la original pureza de la Iglesia primitiva? ¿Quién no se ha tropezado con los malos ejemplos y los abusos del sacerdote, o de la Iglesia o de los malos católicos? Convince entonces y arrastra la idea de encontrar, o quizá fundar, una Iglesia que sea toda pureza, toda santidad.

Pero, ¿sucede esto en la realidad? ¿Fue eso lo que sucedió, por ejemplo, en tiempo de Lutero, cuando por primera vez apareció el protestantismo?

Para que ese hermoso ideal que se habían fijado los reformadores se cumpliera en la práctica y no viniera a disgregarse en una multitud

6. *Ibíd.*

7. MAURER, W., *Loc. cit.*, p. 564.

incontenible de divisiones y sectas, habría debido tener, en quienes adoptaban este camino, dos ineludibles condiciones:

1º. Que todos ellos fueran cristianamente adultos.

2º. Que estuvieran plenamente guiados por el Espíritu Santo.

Ahora bien, ¿eran realmente cristianos adultos los seguidores todos de Lutero?

En su propio tiempo y ante su propia faz vemos cómo los nobles ideales de la Reforma se bastardean, y, si los príncipes acuden a hacerse luteranos, es por el apetito desenfrenado de ocupar las posesiones de los conventos secularizados y de enriquecerse con los crueles despojos de los monasterios confiscados y saqueados<sup>8</sup>.

Y ¿no vemos ahora múltiples casos de personas que se van al protestantismo por resentimiento contra la Iglesia Católica o el sacerdote o, lo que es peor, atraídos por las ventajas materiales que éste les ofrece? ¿Puede decirse que quienes hacen tal cosa tienen madurez cristiana? ¿No se diría mejor que venden su primogenitura por un plato de lentejas? Vender su fe por dinero o por la pensión del colegio de su hija o, incluso, por la esperanza de la sanidad divina, ¿no es apostasía, es decir, traición a su propia fe?

Pablo había escrito: “*Cristo nos ha liberado para que vivamos en libertad*” (Ga 5, 1). Lutero podía esgrimir este texto y convertirlo en bandera de su rebeldía. Pablo proseguía en forma tal que no dejaba lugar a duda: “*Vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad*” (Ga 5, 13a). Pero Lutero y los demás reformadores olvidaron tranquilamente la amonestación que Pablo había creído necesario añadir a continuación:

“Solamente que esta libertad  
no dé pretexto a la carne...” (Ga 5, 13b).

O como lo decía, también por su parte, san Pedro:

8. El propio Lutero escribía hacia el fin de su vida: “Antes los reyes y príncipes ofrecían generosamente dones y dones a la Iglesia; ahora cogen y roban todos sus bienes, matan de hambre a los estudiantes y esquilman las parroquias... Príncipes y pueblos no hacen cosa alguna por nuestra santa religión, a la que hunden en el atolladero...” (Carta a Amsdorf, del 9 de enero de 1543: Enders, XVI, 163).

“Vivid como hombres libres;  
pero no uséis la libertad como velo  
que encubra la malicia,  
sino como siervos de Dios” (1P 2, 16).

Pues lo que aconteció en realidad fue exactamente lo contrario. Así vemos que, si muchos sacerdotes y frailes y monjas y monjes afluyen, en Alemania y aun en el resto de Europa, a engrosar las filas de las nuevas doctrinas, es porque al predicarles la libertad del Evangelio les han abierto asimismo las puertas del matrimonio con el quebrantamiento de los votos que habían prometido a Dios.

Si hubieran permanecido dentro de la Iglesia, habrían sido probablemente buenos sacerdotes y buenos religiosos, movidos por el Espíritu de Dios.

Y aquí entra el segundo punto. Pablo había dicho: “*Si os dejáis guiar por el Espíritu de Dios, ya no estáis bajo la Ley*” (Ga 5, 18). Y es así, porque entonces es la Ley del Espíritu la que viene a sustituir la otra Ley escrita. Pero ellos, sin cumplir la condición enunciada por Pablo, sólo escucharon que ya no estaban bajo la Ley, que ya no había ley que los obligase. Así vemos cómo, a raíz de la predicación de Lutero, pueblos enteros abandonan la religión de sus padres y rompen con toda ley, pero no precisamente porque les hayan convencido las doctrinas sutiles que son todavía tema de discusión éntre los teólogos, sino porque vislumbran una religión más cómoda, sin confesión de los pecados al sacerdote y con la facilidad de ser cada uno el juez de lo que ha de creer y de lo que ha de dejar de creer, porque “armado de la Biblia, cada protestante, a partir de entonces, fue Papa”.

La Iglesia había sido una sola gracias a la jerarquía eclesiástica. Si había de seguir siendo “una sola Iglesia”, según el querer de Cristo (Mt 16, 18; Ef 4, 4-6), sólo lo podría ser consolidando la autoridad y la jerarquía de la Iglesia. Esto fue lo que hizo la Iglesia Católica en el mismo siglo que Lutero, procurando consolidarse por dentro, empeñándose en renovarse por medio del Espíritu Santo.

Pero el protestantismo se afanaba con el mayor encarnizamiento en demoler precisamente la autoridad y la jerarquía. El resultado fue esa disolución a que el protestantismo quedó entregado inmediatamente, dando origen a nuevas y nuevas iglesias. Todas las fuerzas disolventes quedaron agazapadas en los principios predicados por la Reforma, y el fenómeno no sólo no se ha detenido sino que sigue siempre adelante y no tiene visos de cesar o detenerse.

El deseo más íntimo de Lutero había sido crear un gran movimiento de reforma cristiana, inspirado exclusivamente por el Evangelio. Pero no lo consiguió. El mismo había sembrado las funestas semillas de la disolución y el odio. De su movimiento evangélico nacen enseguida múltiples divisiones enconadamente opuestas, encabezadas muchas veces por sus propios discípulos. Todos estaban acordes en combatir al Emperador y sobre todo al Papa de Roma; ni aun este odio común bastaba para unirlos entre sí.

Los últimos años de vida del reformador se fueron ensombreciendo a la vista de este lamentable panorama de la cristiandad evangélica, desgarrada internamente; hasta que un sentimiento de amarga desilusión se apoderó totalmente del alma de Lutero.

Vuélvense cada vez más frecuentes en las cartas y escritos personales las frases en que Lutero lamenta el fracaso de su obra y de sus afanes.

De continuo aparecen expresiones como esta: “Nos gozamos de habernos librado de la tiranía de los Papas; pero no por eso la gente se aprovecha del Evangelio ni de las cosas espirituales...”<sup>9</sup>. Y en otra parte: “Muchos llegan a desear que las cosas vuelvan a su estado anterior y hasta se atreven a proferir esta blasfemia: que de esta predicación del Evangelio no se ha seguido ningún bien. Más aún, dicen que el modo de ser y las costumbres de los hombres se han pervertido con estas nuevas doctrinas y que ahora son peores que en los tiempos católicos”<sup>10</sup>. “Ahora que se predica nuevamente en la Iglesia el Evangelio (es decir, el protestantismo), no han aprendido sino a abusar de la libertad cristiana”<sup>11</sup>.

Su misma ciudad querida de Wittenberg, cuna, podríamos decir, del protestantismo, considerada como el gran faro que iluminaba y guiaba la Reforma, acabó decepcionando a Lutero con las divisiones y rivalidades que se habían suscitado y toda la licencia de costumbres que se había desatado. Así, Lutero, poco antes de morir, se propuso abandonar la ciudad, tal como lo escribía a su esposa Catalina Bora: “Yo desearía no volver a Wittenberg. Mi corazón se ha enfriado de forma que no iría con gusto allá... Quisiera que vendieses el jardín,

9. LUTERO, W. A., 29, 94.

10. *Ibíd.*, W. A., 43, 435.

11. *Ibíd.*, *Catecismo menor*, prefacio: W. A., 30, I, 264.

el campillo, la casa y el corral... Prefiero andar errante y comer el pan de limosna antes que turbar y atormentar los últimos días de mi vejez con los desórdenes de Wittenberg. Huyamos de esta Sodoma... Estoy cansado de la ciudad y no quiero regresar a ella”<sup>12</sup>.

Murió seis meses más tarde, el 18 de febrero de 1546, a la edad de 62 años en Eisleben, donde había nacido.

Después de haberse difundido por los países del centro y del norte de Europa, el protestantismo dio asimismo el salto hacia el Nuevo Mundo. También aquí vendría a caracterizarse como en el Viejo Continente: el Norte sería protestante, más frío, más individualista; mientras que el Sur sería católico: más vehemente, más inclinado al arte y a la vida, más comunitario y religioso.

Pero en Norteamérica al protestantismo le esperaba algo más grave y tremendo. En los EE. UU., la proliferación de sectas nuevas, sobre todo en el siglo XIX, es algo alarmante. Actualmente en Norteamérica pasan de las 800. En el Ecuador, por más sorprendente que parezca, nos consta que su número supera ya las 60 denominaciones diversas. Todas ellas reciben el nombre de “protestantes”, o, como dice nuestro pueblo, “evangelistas”. El nombre que a ellos les gusta es, más bien, el de “evangélicos”. Tal fue el apelativo que escogieron para sí en 1916 cuando, reunidos en Panamá en un Congreso, se preparaban a dar el gran salto a América Latina, conscientes de que el nombre de “protestantes” (que pacíficamente se usa en Europa) podría aquí suscitar desconfianza y rechazo.

## En América Latina

En América Latina, desde Méjico hasta la Patagonia y aun parte de lo que ahora constituye los EE. UU., y desde luego todo el Canadá francés, fueron evangelizados durante siglos por misioneros de la Iglesia Católica. Fundáronse y crecieron florecientes cristiandades, y la población es ahora mayoritariamente católica, como son asimismo católicas sus costumbres y tradiciones culturales.

El protestantismo aparece en América Latina, esporádicamente, a fines del siglo pasado. Cuando en 1910, en la Conferencia Mundial de Misiones (protestantes) realizada en Edimburgo, se plantea la

propuesta de misionar en América Latina, los delegados luteranos y anglicanos hacen fuerte oposición a la idea de ir a evangelizar a los que ya habían sido evangelizados por la Iglesia Católica. Con todo, los misioneros norteamericanos deciden hacerse sordos y lanzarse a la conquista de América Latina.

Es una pena, pues con este hecho aconteció que no fueron precisamente las grandes iglesias históricas (Luterana, Anglicana, Calvinista) las que se hicieron presentes entre nosotros, sino más bien las sectas de reciente creación, como las adventistas, pentecostales, testigos de Jehová, o bien, organismos de agrupación misional que involucran misioneros de diferente ideología y tendencia (Alianza Cristiana y Misionera, Unión Misionera Evangélica y otras). Esto ha contribuido a subrayar el aspecto menos brillante del protestantismo que es su fraccionamiento. Esto hará que no rara vez sus adeptos vayan pasando de una denominación a otra y de allí a otra y a otra, hasta quedarse sin ninguna; apegados, eso sí, a la Biblia, y con una fuerte carga de antipatía contra la Iglesia Católica que, como cosa normal, se cultiva en los medios protestantes.

El protestantismo en América Latina tiene todavía todos los caracteres de invasor. Sus gestores sobre todo son pastores norteamericanos que, bien organizados, con recursos económicos abundantísimos, apelan a todos los medios de propaganda y difusión de sus doctrinas: escuelas, clínicas, hospitales, colegios, institutos lingüísticos, radio, prensa, TV. Bien abastecidos de dólares que afluyen desde los EE. UU., están al servicio del conato proselitista mejor montado de la historia.

El efecto se va sintiendo en forma creciente. Hemos de decir una vez más que no es negativo todo lo que el protestantismo trae; pero, desde luego, la división y el rencor que crea e inculca a las comunidades humanas adonde llega, es un elemento que debe tenerse en cuenta al valorar todo aquello que representa el protestantismo entre nosotros. Comunidades o pueblos que trabajaban aunados para la promoción y el progreso, ahora, una vez que el protestantismo ha penetrado, son incapaces de unirse aun para los más elementales reclamos o las más inocentes “mingas” o trabajos comunes.

Otro punto de interés, para destacar es que el protestantismo que entre nosotros se difunde no es precisamente el más iluminado y avanzado, sino aquel que entre ellos se llama “fundamentalista”, y constituye una vertiente conservadora y retardataria del protestantismo. Lo cual, añadido a la acción persistente de las sectas (en su

12. Carta del 28 de julio de 1545: *Briefwechsel*, XI, 149-150.

sentido más estricto), nos sitúa frente a un protestantismo devaluado. Los grandes principios de la Reforma son entendidos en su modo más estrecho y mezquino, sin ningún enriquecimiento de las ciencias sociológicas, antropológicas o de la crítica moderna, que han renovado el estudio de la Biblia a partir del siglo XVIII, con los grandes descubrimientos arqueológicos y literarios y la historia comparada de las religiones.

Desde los EE. UU.

Mientras que el catolicismo se ha encarnado en las entrañas de la nacionalidad, todavía el protestantismo tiene un marcado carácter extranjero, no sólo porque se construye con dólares —copiosos dólares norteamericanos—, sino porque sus pastores en gran parte son norteamericanos. Ahí están su acento, su lenguaje, su mentalidad, que continuamente los traiciona en sus escritos y en sus prédicas. En cambio, los pastores nacionales o los pocos valores intelectuales que han logrado reclutar o formar, son y se sienten dolorosamente dominados y discriminados por los extranjeros. Aun, ejerciendo la misma función, ganan menos, y han de estar siempre sujetos y siempre de acuerdo con el pastor o misionero yanqui.

Esto, es verdad, al protestantismo le da también entre nosotros el atractivo de lo norteamericano —colegios, escuelas, hospitales, técnica radial— su prestigio, su organización. Al mismo tiempo, se beneficia del interés que siempre despierta lo nuevo en una sociedad rutinaria donde, además, el liberalismo y el laicismo han hecho gala de desprestigiar por todos los medios al sacerdote. De este modo, el protestantismo encuentra un terreno abonado que no ha dudado en aprovechar.

Pero también esto tiene su contrapartida. A los ojos del observador perspicaz, el protestantismo es un aspecto más del *neocolonialismo yanqui* que tan dura presión ejerce sobre nuestra América y sobre nuestro pueblo. *Neocolonialismo* religioso, económico y cultural innegable.

Además el protestantismo norteamericano, por contraste con el protestantismo europeo, se caracteriza por su cerrazón y estrechez: casi no se ha abierto a las nuevas corrientes del pensamiento religioso, pues en la crítica bíblica en toda su amplitud de crítica de las formas y análisis literarios y al recoger los aportes de la arqueología o incluso del ecumenismo, es, como ya dijimos, el fundamentalismo literalista, conservador y retardatario lo que vienen a predicarnos.

El protestantismo norteamericano se ha caracterizado, asimismo, por su fraccionamiento; cualquier persona un poco audaz, sin preparación cultural ni teológica, se ha lanzado a fundar una nueva iglesia. Los europeos suelen quedar sorprendidos de ver cómo personas de ese nivel humano hayan podido encontrar auditorio y reclutar a millares de adeptos. Pero este es un fenómeno típicamente norteamericano. Tal es el origen de muchas sectas que se exportan afanosamente a nuestra América. Y también hallan seguidores entre nuestra gente sencilla y pobre.

## Ventajas e inmovilismo

La falta de sacerdotes católicos facilita mucho la actividad de inserción protestante. Lo facilita más todavía el respaldo económico que asiste al protestante. Vale la pena reflexionar para descubrir que muchas veces son las ventajas materiales las que obran las conquistas de nuevos adeptos.

No queremos decir, porque no sería verdad, que todos los casos tengan esta motivación. Sabemos que hay verdaderas “conversiones” y verdaderas transformaciones en que no pocos pasan de un catolicismo lánguido o sólo nominal, a un “evangelismo” fervoroso y convencido. Pero con lealtad hemos de registrar también el otro aspecto: muchas “conversiones” son, de hecho, compras de conciencias.

Rebajas en los colegios o en las clínicas a quienes den su nombre a las sectas. Ayudas pecuniarias de toda índole que convierten al nuevo “fiel”, primero en “apóstata”. Si alguien, contra toda su convicción, se hace protestante (o cualquier otra cosa) tan sólo por el dinero o por otras ventajas temporales, es literalmente un “APOSTATA”. No importa que, después, el adoctrinamiento le venga a convencer de que está en la verdad.

La orientación, tan norteamericana, del protestantismo que se predica entre nosotros, hace además que éste sea muy desencarnado de nuestras realidades culturales y sociales. El norteamericano se siente a gusto en la cómoda sociedad que posee dentro y fuera de su país, y no quiere que se produzca ningún cambio que altere las cosas y le prive a él de las comodidades de que goza.

Si alguien mira cómo la Iglesia Católica resueltamente se ha embarcado en las afirmaciones valientes de una doctrina social cristiana

—así la “*Mater et magistra*”, la “*Pacem in terris*” y la “*Octogésima adveniens*”. o aquella del papa Juan Pablo II sobre el trabajo y la dignidad del trabajador “*Laborem exercens*”— y advierte cómo sus obispos y sacerdotes tratan asimismo de promover un orden social más justo con los documentos de *Medellín* y *Puebla*; verá, por contraste, que el protestante —y más si es norteamericano— todavía predica el inmovilismo y recalca que el cristiano debe pensar sólo en el cielo y en la Biblia, y no mezclarse en las cosas temporales, políticas y sociales.

Algunos investigadores dan un paso más y creen poder afirmar que la propaganda protestante tiene entre nosotros una motivación más honda, pero de tipo netamente político. El pánico de Norteamérica es que las naciones latinoamericanas puedan un día volverse comunistas bajo la presión de las circunstancias económicas bien explotadas por hábiles agitadores. Si antes pudieron creer que la Iglesia Católica era el gran baluarte que se opondría a todos los reclamos y mantendría el inmovilismo; de pronto se han encontrado con una Iglesia que encabeza no rara vez las protestas y exige una nivelación económica justa. La religión Católica no quiere ser la capa que encubra las injusticias sociales y acalle toda exigencia o anhelo de cambio. Los EE. UU., entonces preferirían tener una religión (el protestantismo) que ellos pudieran controlar. De allí el afán desahogado por romper el catolicismo de nuestros pueblos para sustituirlo con pastores norteamericanos y con adeptos sumisos a los EE. UU., ¿Es ése el motivo de la “evangelización” protestante en nuestro continente? Si así fuera, sería lo más miserable y mezquino que pudiera imaginarse. Aunque muchos investigadores nos han hablado en ese sentido, nosotros no nos atrevemos a afirmarlo como cierto. Otros hasta llegan a creer que los misioneros yanquis no pasan de ser espías o agentes del imperialismo norteamericano y de la CIA. Sería injusto hablar así, a carga cerrada, de todos ellos. Aunque algunos de hecho presten al país del Norte este miserable servicio y sean, en consecuencia, ampliamente remunerados.

Lo que sí sabemos es que EE. UU., respaldará siempre y defenderá a sus “misioneros”. Siempre se opondrá resueltamente a que sean expulsados de cualquiera de nuestros países por más desafueros que cometan. A EE. UU., le parecerá un desdoro el ser sorprendido en actos de espionaje a favor suyo y los procurará encubrir.

Añádase a esto que toda gran potencia, como es EE. UU., no sólo influye política o militarmente. Su influjo se ejerce por igual en el

campo cultural y religioso. Asiria y Egipto, y más tarde el Imperio Romano, no exportaban tan sólo sus ejércitos y capitanes; también sus poemas y su cerámica, sus cantares y costumbres emigraban a los países conquistados. Pero, sobre todo, sus dioses y sus ideas religiosas iban a todas partes en busca de adeptos y prosélitos.

Así ahora, de los EE. UU., no son tan sólo los televisores y el rock, no son sólo los tocadiscos y el blue-jean lo que recibimos. Es el modo de vida y la concepción de la existencia. Es también el LSD, con el whisky. Pero EE. UU., exporta no menos sus dioses y su religión. Ellos son protestantes y nos traen como gran novedad el protestantismo. Es otro modo de conquista. Antes que los cuellos se sometan al yugo de la dominación norteamericana, ya nos han sujetado las mentes con sus ideas y con sus principios protestantes.

Parte del ser latinoamericano, *parte entrañable del ser ecuatoriano*, son las tradiciones culturales católicas y las convicciones religiosas del catolicismo. El que se hace protestante deja de ser *ecuatoriano* y se va volviendo norteamericano. Los ejércitos yanquis no han llegado todavía a ocupar nuestras ciudades, plazas y calles; pero ya las mentes y el corazón han sido ocupados por las ideas y principios extraños del protestantismo, que predicó el misionero o la emisora que no eran sino la avanzadilla y punta de lanza que anticipaba y preparaba la llegada de las tropas.

Grupos como los mormones, o los sabatistas, o incluso los testigos de Jehová, no poseen precisamente una doctrina tan maravillosa y conquistadora de por sí, pero hacen parte de la onda expansiva norteamericana. Y del mismo modo con que la resaca o la pleamar lo arrastran todo sin distinción a su paso, así todo se nos exporta desde los EE. UU., lo bueno y lo malo. Y todo tiene sin más entre nosotros acogida.

### Ecumenismo y evangelismo

No estará por demás que aquí, desde el principio, digamos unas palabras siquiera sobre la *orientación ecuménica* que ahora no poco matiza y aun da un giro nuevo a nuestras relaciones con los hermanos separados. Con profunda convicción espiritual debemos asentar que es el ecumenismo, según la moción actual del Espíritu, una dimensión indispensable de nuestro catolicismo. Todo cristiano que sienta en su alma el Evangelio debe, al propio tiempo, sentir el impulso hacia la

unidad de todos los cristianos e inclinarse del lado del ecumenismo. El que esto no sienta, no tiene el espíritu de Cristo.

Pero ¿qué ocurre en nuestra América y en nuestra patria? ¿Cuáles son en concreto las actitudes que en este campo hemos de adoptar, acordes con las realidades y con el ecumenismo? Escuchemos la voz de nuestros pastores —*los obispos todos del Ecuador*— que nos hablan de este tema:

“En contraste con lo que pasa en Europa y en otras naciones, donde el Movimiento ecuménico se ha abierto paso, *aquí en el Ecuador* y en general en América Latina estas denominaciones evangélicas, lo mismo que otras sectas, responden con rechazo y negativa a la mano que les tiende la Iglesia Católica para una colaboración leal y sincera, para un diálogo abierto y constructivo”.

“El ecumenismo, como dice la *Declaración Programática del Episcopado Ecuatoriano*, no es irenismo falso que pretendiera desvirtuar la pureza de la doctrina Católica y oscurecer su genuino y verdadero sentido. No es un pacto de no agresión o de mera tolerancia mutua. Es un conjunto de acciones positivas que tiende a llevar a todos los cristianos a la unidad perfecta en un solo cuerpo y en un solo espíritu. Unidad, cuyo modelo ha de ser la misma Trinidad. El ecumenismo tiene, por tanto, como base la verdad y la caridad” (n. 107).

“Por consiguiente, el ecumenismo supone estima, respeto mutuo; pero, ¿qué respeto o estima puede haber cuando ellos no quieren reconocernos ni siquiera como cristianos y se lanzan a evangelizarnos como a idólatras paganos?”.

“Esto es doloroso; como es doloroso escuchar todavía en sus emisiones de radio, o en sus predicaciones callejeras o en sus publicaciones, burdos ataques al Papa, a los obispos y sacerdotes, a la Virgen Santísima, a la Iglesia Católica en general. Cosas que en otros países civilizados han desaparecido”.

“Tales actividades no llevan el signo distintivo de Cristo, que es el amor, pues El dio a sus seguidores esa señal y no otra para ser reconocidos como suyos” (Jn 13, 35; 15, 12).

“Los verdaderos cristianos se dan cuenta, cada vez más, del obstáculo que esta división representa para el testimonio de Cristo que deben dar ante el mundo; y así, a través del movimiento ecuménico, se han propuesto disminuir el escándalo de su separación y promover la cooperación para un testimonio común”.

“Ya que el Señor nuestro Jesucristo nos ha dicho que es necesario que todos los suyos *sean uno, para que el mundo crea* (Jn 17, 21), no basta con que cada cual procure conformarse con el Evangelio individualmente; es necesario que se sienta también la urgencia cristiana de promover todo lo que sirva para restaurar o reforzar entre los diversos grupos cristianos los lazos de la verdadera fraternidad, para que toda la familia de Dios se reintegre en la unidad”.

“Es un agravio a Cristo y a su Palabra la división de los cristianos. Si los cristianos todos comprenden su obligación de dar testimonio al mundo que no conoce a Cristo, no pueden permanecer divididos”.

“La Iglesia Católica, consciente de esta verdad, se ha embarcado resueltamente en la colaboración ecuménica. Por el contrario, la mayoría de las denominaciones que actúan en el *Ecuador* rechazan todo ecumenismo y fomentan más bien la división y el odio. Esta conducta de odio, división y rivalidad la creemos ajena al espíritu del Evangelio”.

“Y si nosotros ahora denunciáramos y rechazáramos esta campaña de ‘Evangelismo a Fondo’ es porque la consideramos opuesta al ecumenismo, que va, en cambio, en la dirección del Evangelio”.

“Frente a todo esto, ¿qué es lo que debe hacer un católico? Lo primero, con lealtad, nosotros los pastores de la grey del Señor, tenemos que decir que reprobamos los modos agresivos, con que a veces se ha tratado a los hermanos protestantes, y nosotros nunca aprobaremos el uso de la fuerza, pero la cortesía no está reñida con la firmeza que se ha de tener en rechazar el agravio que supone el querer evangelizarnos como a no cristianos o el querer arrebatarlos el don precioso de nuestra fe católica”.

“Porque, al fin y al cabo, lo que ellos predicán es una fe mutilada, empobrecida, hecha a base, no de la totalidad de la enseñanza cristiana, sino de una selección de unas cuantas verdades sacadas de la Biblia a las que han dado un énfasis deformador y parcial”.

“Con humildad, pero con certidumbre de fe, hemos de mantener esta verdad básica: sólo la Iglesia Católica tiene la totalidad y la integridad de la fe de Cristo; sólo en la Iglesia Católica se puede obtener la plenitud de los medios de salvación (Concilio Vaticano II, *Unit. Red.*, n. 4). De acuerdo con este principio, debemos evitar cuidadosamente dos escollos: primero, el de cierto ecumenismo ingenuo, rayano en indiferentismo, que dice que da lo mismo ser católico que protestante, o, porque ellos también predicán a Cristo, quieren

que se les deje convertir a los católicos y hacerlos protestantes. Segundo, creer que ellos ni siquiera son cristianos. No; tenemos que reconocer que también lo son ellos, que aman a Cristo, que creen en El, aceptan su Palabra; y del mismo modo que antes rechazábamos como injuriosa la idea que con frecuencia tienen ellos de que los católicos no somos cristianos, no menos debemos corregir la ingenua idea de ciertos católicos, poco instruidos o intolerantes, que creen que los protestantes no son cristianos, o que son enemigos de Cristo, o emisarios de Satanás”.

“Todos los que creen en Cristo y han recibido debidamente el Bautismo son cristianos. Así, ellos, justificados en el Bautismo por medio de la fe, están incorporados a Cristo y por eso son cristianos y hermanos nuestros”, tal como nos enseña el Concilio (*Unit. Red.*, n. 3).

“Como tales debemos mirarlos, aunque se hallen separados de la Iglesia Católica, y debemos dolernos siempre de esta separación que va contra la voluntad de Cristo, quien quería que no hubiera más que *“un rebaño bajo un solo Pastor”* (Jn 10, 16) y que en la Última Cena pide al Padre que todos cuantos creen en El *“sean una sola cosa”*. Y El quería que esta unión no fuera tan sólo la noción vaga de que todos, cada cual individualmente y por su lado, se han unido a Cristo, sino una realidad visible, puesto que El ponía ante el mundo esta unión, comparable a la unidad que hay entre el Padre y el Hijo, como el testimonio mismo de la misión que El había recibido: *“No te ruego tan sólo por éstos, sino también por los que mediante su Palabra, van a creer en mí; que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos en nosotros sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 20-21).

“Este es el ideal de Cristo, y todos cuantos nos llamamos cristianos deberíamos aspirar a él y no sentirnos tranquilos y satisfechos mientras nos quede camino para llegar allá. Hay tantas tareas comunes frente al mundo que rechaza a Cristo, que resulta particularmente doloroso el hecho de que entre nosotros se programen en gran escala campañas contra la fe católica que destruyen en su raíz toda unión ecuménica”<sup>13</sup>.

13. *Pastoral colectiva de los obispos*, sobre “Evangelismo a Fondo”: 7-III-70.

## Capítulo II

# LAS DIFERENCIAS CON EL CATOLICISMO

¿En qué se diferencia el catolicismo del protestantismo? Es una pregunta muy repetida, pero difícil de contestar; porque en realidad no hay un protestantismo sino muchos protestantismos. En otros países de América Latina, según un proceso forzoso, además de las iglesias que han ido llegando de fuera, van apareciendo ya iglesias nuevas creadas aquí, porque el pastor de turno no estuvo de acuerdo con sus superiores —probablemente los gringos— y se lanzó él mismo a fundar una nueva iglesia, su propia iglesia.

Aun así, ya sabemos que todos ellos tienen puntos comunes. De éstos vamos a tratar primero; luego nos ocuparemos de los puntos propios de algunas sectas en particular.

Si sólo observáramos la manera de proceder de los “evangelistas”, encontraríamos que lo primero que ellos atacan es la autoridad y el prestigio del sacerdote, lo segundo el culto de las imágenes y lo tercero la virginidad perpetua de María (el tema de “los hermanos de Jesús”).

La tónica común de las prédicas protestantes entre nosotros, sobre todo en lo que se refiere al sacerdote y a la Iglesia Católica en general, es de ataque, a veces burdo y lleno de acrimonia. Pero no cabe duda que hay sectas que se especializan en estas actitudes agresivas. Tal es el caso, por ejemplo, de los “testigos de Jehová” que, en sus revistas “Atalaya” y “Despertad”, acogen y propalan, con verdadera avidez, toda clase de rumores contra los sacerdotes. Claramente se advierte que quieren construir su propio edificio sobre el descrédito

que lanzan contra la Iglesia Católica y contra los “curas”. Es natural. ¿Cómo podrían hacer presa en el rebaño si primero no desprestigian, por todos los medios, al legítimo pastor que cuida de las ovejas?

Retengamos esto: lo que al protestante le estorba, lo que el protestante ataca, es:

1. El sacerdote.
2. El culto católico.
3. María Santísima.

Si interrogáramos a nuestros fieles, fácilmente nos contestarían con dos apreciaciones externas: “Ellos conocen y difunden la Biblia”; y luego: “Ellos no se emborrachan, no fuman, son fieles en el matrimonio”. Puede ser que nos añadieran también que “ellos ayudan”.

Entonces tendríamos: éstos son los instrumentos de la penetración protestante:

1. La Biblia.
2. Una moral más severa y efectiva.
3. Ayudas económicas.

### El exclusivismo y la integración

A un gran teólogo europeo le preguntaron, no hace mucho, cuál era el más grande obstáculo entre católicos y protestantes, y él ingeniosamente contestó que consistía en una palabrita pequeña que la Iglesia Católica añadía a todas las proposiciones protestantes.

Es la conjunción “y”. Donde ellos dicen: “Cristo”, los católicos dicen: “Cristo y María”. Completando esto mismo, otro teólogo protestante decía que el protestantismo se caracterizaba por el adverbio “sólo”.

Podemos así tratar una serie de proposiciones contrapuestas. Mientras el protestante dice: “Sólo la Biblia”, el católico dice: “La Biblia y la Tradición”. El protestante dice: “Sólo la fe salva”; el católico replica: “La fe y las obras”. El protestante: “Sólo la gracia”; el católico: “La gracia de Dios y el mérito”. El protestante hace gala: “Sólo Cristo”; el católico completa: “Cristo y la Iglesia”, o bien, en otra perspectiva: “Cristo y María”.

Ya sabemos que el católico no pone en plano de igualdad los dos elementos de cada uno de los binomios. sino que —con matices diversos en cada caso— hace gravitar fuertemente el peso sobre el primero. Pero no es menos cierto que hay que mantener los dos juntos, y en la armonización de ambos consiste la verdad del cristianismo, y en la negación de cualquiera de los dos está el error y la herejía.

De este modo, el protestantismo viene a caracterizarse por el *exclusivismo* en torno a ciertos principios; el catolicismo, en cambio, por la *integración* de elementos que parecen oponerse.

Este exclusivismo protestante tiene, a no dudarlo, cierta grandeza: “Sólo la Biblia, sólo la fe, sólo Cristo”. Ocurre que simplificando la complejidad teológica de los problemas, los vuelve más asequibles, los hace más fáciles de asimilar por el pueblo.

Pascal, el gran Pascal, hacía notar que la doctrina de Cristo se caracterizaba por ser presentada por dos lados, a veces opuestos y que, al parecer contradictorios, no siempre es fácil armonizar, pero que no pueden resolverse negando uno de los términos; más aún, que la herejía consistía precisamente en negar uno, para sólo quedarse con el otro. Con gran penetración, él mismo hace notar que el origen de esta complejidad está en el misterio de Cristo, quien posee dos naturalezas: es Dios y es hombre. ¿Pero cómo se puede armonizar esto? Siempre será más sencillo y más comprensible decir que sólo es Dios o decir que sólo es hombre<sup>14</sup>. Lo mismo que en otros puntos que vamos a analizar.

| PROTESTANTES          | CATOLICOS   |
|-----------------------|---|
| Sólo la <i>Biblia</i> | La Biblia y la <i>Tradición</i>                     |
| Sólo la <i>fe</i>     | La fe y las <i>obras</i>                            |
| Sólo la <i>gracia</i> | La gracia y el <i>mérito</i>                        |
| Sólo <i>Cristo</i>    | Cristo y la <i>Iglesia</i><br>Cristo y <i>María</i> |

14. PASCAL, *Pensamientos*, n. 862 (733).

De ahí, también que desde el punto de vista teológico, tenemos que decir con frecuencia que lo malo del protestantismo no está en lo que afirma, sino en lo que omite. Sus afirmaciones casi siempre podemos aceptarlas, podemos aprobarlas y corroborarlas; pero deberemos, sí, rechazar su exclusivismo parcial y deformador; y sobre todo completar con el otro aspecto que ha sido silenciado o que es objeto, inclusive, de críticas; así destacaremos el contexto total de la verdad.

### Capítulo III

## BIBLIA Y TRADICION

Si hay algo que, aun externamente, caracterice al protestante, es la Biblia. El la lleva a todas partes, la difunde por todos lados, dice que todo lo saca de la Biblia. La Biblia le da a él la seguridad, y se convierte casi en su único libro. La cita de memoria y sabe dar las referencias exactas con capítulos y versículos.

Es cierto absolutamente que si se ve a alguien con una Biblia, casi automáticamente se dirá que se trata de un “evangelista”. Su propio culto gira en torno a la Biblia y a la predicación, así como el culto católico gira en torno a la Eucaristía.

Hemos de reconocer que todavía es una de las deficiencias del católico el hecho de no conocer la Biblia. Se hacen esfuerzos y se van consiguiendo, paulatinamente, notables resultados de difusión y conocimiento de la Biblia entre los católicos, pero todavía estamos lejos de estar a la par en esto con los hermanos protestantes. Tanto que ellos han creído que esto justificaba su presencia y su actividad entre los católicos. Ellos se sentían con la misión de dar a conocer la Biblia.

La Iglesia Católica, en efecto, hace algunos siglos, viendo el mal uso que los reformadores del siglo XVI hacían de la Biblia, impuso ciertas restricciones en su lectura para el pueblo. Esto fue, repetimos, hace cuatro siglos. Pero tal restricción se suprimió hace más de dos siglos. Por lo demás, la Iglesia Católica ha tenido siempre a la Sagrada Escritura por encima de todo. Basta ver el puesto relevante que la Biblia ocupa en la liturgia católica, hasta tal punto que la misa —centro del culto cristiano— está constituida por dos partes, que se

llaman “Liturgia de la Palabra”, dedicada toda ella a la Biblia, y “Liturgia de la Eucaristía”, dedicada al Cuerpo de Cristo presente en el altar.

Y, desde luego, actualmente la Iglesia resueltamente se ha lanzado a remediar esta deficiencia que por largo tiempo la ha aquejado. Es por eso que en nuestros días han ido apareciendo, una tras otra, múltiples ediciones y, más aún, múltiples traducciones de la Biblia, con todo el aporte de las modernas investigaciones bíblicas: Nácar-Colunga, Bower-Cantera, Straubinger, San Pablo, Regina, Biblia de Jerusalén, Biblia Latinoamericana, la “Nueva Biblia” de Alonso, la nueva traducción de Cantera-Iglesias. Nuestros hermanos protestantes siguen aferrados a su única Biblia, la vieja traducción de Reina Valera (1569-1602), con ligeras modernizaciones; la última, de 1960. Más bien se han dedicado a una popularización a nivel conceptual y de lenguaje en sus “versiones populares” del Nuevo Testamento, y ahora también de la Biblia completa, con los títulos significativos de “Dios llega al hombre” y “Dios habla hoy”.

Los mismos hermanos protestantes se encuentran a veces sorprendidos de nuestro interés actual, ardoroso y decidido, por la Biblia; pues está en oposición con lo que siempre se había dicho entre ellos, a saber, que la Iglesia Católica sistemáticamente ocultaba la Biblia porque en ella se hallaba la condenación de sus creencias y de sus prácticas. No rara vez tratan de aprovechar este interés nuestro para dar salida a sus Biblias. Otras veces se desconciertan; y alguna vez hasta han llegado a preguntarse si, una vez que la Iglesia Católica se dedica tan intensamente a la Biblia; si una vez que los católicos por millares se dedican a la lectura y estudio de la Biblia, se justifica todavía su actividad en medio de los católicos<sup>15</sup>.

Un teólogo ruso ortodoxo, hablando de los varios grupos cristianos, ha dicho que “la Biblia, mientras está cerrada nos une; en cuanto la abrimos, nos separa”<sup>16</sup>. Sí; la Biblia podría ser el punto de convergencia y de unión entre católicos y protestantes, pues todos nosotros creemos en la Palabra de Dios y aceptamos su autoridad. Qué cosa más sencilla, por tanto, que con base en la Biblia nos entendamos y hagamos desaparecer nuestras divisiones.

15. Esta pregunta se hace con sinceridad el Dr. G. Wonderley en un artículo de la revista protestante “*La Biblia en América Latina*”, octubre de 1970, p. 11.

16. Evookimov, *La Bible dans la piété orthodoxe* en la revista *Irénikon* (1950), pp. 377-386.

## Biblia completa

Pero al abrir la Biblia nos encontramos con que no usamos el mismo libro. La Biblia Católica tiene 73 libros, mientras que la Biblia protestante sólo tiene 66: ¡Siete libros menos! Los hermanos “evangélicos” suelen decir que esos libros son “apócrifos” y que no deben figurar en la Biblia porque no son inspirados<sup>17</sup>. A veces, incluso, llegan a afirmar que la Iglesia Católica ha añadido esos siete libros a la Biblia y que Dios añadirá las plagas previstas contra los que añaden algo a la Palabra de Dios (Cf. Ap 22, 18). La verdad es que estos libros estuvieron pacíficamente en la propia Biblia de nuestros hermanos protestantes desde la publicación de Casiodoro de Reina en 1569, y seguían aún allí cuando Cipriano de Valera la corrigió y la editó como suya, en 1602. Y allí siguieron en paz hasta cuando, tan sólo en el siglo pasado, los quitaron de allí las Sociedades Bíblicas<sup>18</sup>: esta mutilación se hizo exactamente en 1827, según nos informa el “Diccionario Ilustrado (protestante) de la Biblia”.

Pero una vez abierta la Biblia, hay otro punto más serio, y es que no la entendemos del mismo modo, y así, en vez de unirnos nos separa.

Desde que el protestantismo decretó el libre examen para la lectura de la Biblia, no sólo contradecía a la Biblia misma (Cf. 2P 1, 20), sino que abría la puerta, con eso solo, a toda clase de interpretaciones, cuyo resultado ha sido la proliferación de tantas sectas y denominaciones. Jamás la historia ha contemplado tal pulular de iglesias y opiniones diversas, todas ellas basadas en la interpretación privada de la Biblia. Esta, como hemos dicho, es una de las más graves lacras del protestantismo, nacida directamente de uno de sus principios sistemáticos.

17. *Libros que faltan en la Biblias protestantes*: 4 libros históricos, dos sapienciales, uno profético, a saber: *Tobías, Judit, 1 y 2 de Macabeos, Eclesiástico, Sabiduría, Baruc*.

18. Hay reproducciones modernas de la Biblia original de Casiodoro de Reina y se puede comprobar lo que decimos. Hay también un folleto conmemorativo del 40. Centenario de dicha Biblia (1569-1969), editado por las Sociedades Bíblicas, donde puede comprobarse lo mismo.

Con esto se ve claro que no son los católicos quienes han aumentado los 7 libros a la Biblia, sino los hermanos protestantes quienes de su propia Biblia han eliminado siete libros.

Frente a esto la Iglesia Católica inculca no sólo la autoridad que Cristo ha creado en su Iglesia para corregir y encauzar, sino el valor permanente e indispensable de la Tradición. La Biblia tiene en la Iglesia un intérprete autorizado y debe ser entendida situándola en el clima y ambiente propios en que nació. El resultado de este principio ha sido mantener en la Iglesia de Cristo (la Iglesia Católica) esa poderosa unidad que ostenta y que, no sin razón, han admirado hasta los mismos protestantes cuando son sinceros. Cristo quiso una sola Iglesia (Mt 16, 18; Jn 10, 16), y esto lo ha logrado la Iglesia Católica, al paso que el protestantismo sólo ha conseguido fraccionarse cada vez más en nuevas sectas y denominaciones.

## Capítulo IV

### LA TRADICION

La Tradición, nos ha conservado verdades importantes que no están en la Escritura (Cf. Jn 20, 30; 21, 25; 2Jn 12), tales como la verdad de la inspiración de todos los libros de la Biblia, el canon o lista de los libros que deben formar parte de la Biblia; cosas que, si no supiéramos por medio de una Tradición autorizada, de ningún modo conoceríamos, o estaríamos fácilmente sujetos a los vaivenes de la pura especulación humana.

La Tradición —tan manoseada y denigrada por los hermanos protestantes— es uno de los conductos por donde nos llega la Revelación de Jesucristo; en ese sentido merece el mismo respeto que la Sagrada Escritura y debe ser puesta junto a ella (Cf. 1Ts 2, 13).

Sí, bien sabemos que nuestro Señor condenó las tradiciones de los fariseos (Mt 15, 2.3; Mc 7, 3-5.13) con frases duras y terminantes:

“Por vuestra tradición habéis anulado el mandamiento de Dios”  
(Mc 7, 9).

Igual que lo hizo san Pablo (Col 2, 8; Ga 1, 14). Pero nosotros seríamos muy superficiales y precipitados si, en virtud de estos textos, condenáramos toda tradición. El católico no tiene el menor deseo de recoger o reaviviar *las tradiciones de los fariseos*, y esto, y sólo esto, fue lo que Jesús condenó.

Lo menos que se puede pedir a quien lee la Biblia es que sepa distinguir entre tradiciones farisaicas y tradiciones apostólicas. Lo menos que se puede pedir a quien dice conocer la Biblia es que la lea íntegra y no haga una selección de textos para quedarse sólo con los que le convienen. También habría que pedirle que usara una Biblia fiel, bien traducida, no una Biblia con traducciones tendenciosas, si acaso no le es posible recurrir al original griego o hebreo.

Porque la *Tradición* no es un invento de los católicos, sino que está en la Biblia; queremos decir: es la misma Biblia la que manda retener la *Tradición*. Leemos en san Pablo:

“Así pues, hermanos, manteneos firmes,  
y guardad las tradiciones que habéis aprendido  
ya sea de palabra,  
ya sea por carta nuestra” (2Ts 2, 15).

Con desagrado hemos de observar que en la Biblia de Reina-Valera utilizada normalmente por nuestros hermanos “evangélicos”, en vez de la palabra “tradiciones” (gr. “*paradoseis*”) que escribió san Pablo y que consta en el original, han puesto otro término más vago como “doctrina”, “enseñanza”; lo que sucede con este texto, también ocurre con los siguientes que citamos. En cambio, en el relato en que Jesús condena las tradiciones de los fariseos, la palabra está allí bien subrayada. El resultado es que nuestros hermanos protestantes, usando esta Biblia, se imaginan que la *Tradición* está siempre conde-nada por la Biblia; y ya vemos que esto no es verdad<sup>19</sup>.

Claramente sabemos que san Pablo no sólo recomienda la *Tradición*, sino que incluso llega a afirmar que lo consignado por escrito es precisamente la *Tradición*; pero no todo, y así recomienda que se conserven las tradiciones aprendidas en lo escrito y en la predicación oral (2Ts 2, 15). Es decir que tenemos así claramente: *la Escritura y la Tradición oral*, como lo enunciamos los católicos.

19. Esto es más notable si tenemos en cuenta que Casiodoro de Reina en su traducción original de 1569, conserva todavía lealmente la palabra “*tradición*” y “*tradiciones*” en 2Ts 2, 15 y 2Ts 3, 6. Así permaneció hasta 1890 o más. Se trata, por tanto, de una corrección introducida sólo más tarde, no sabemos por quién, ni con qué intención.

En esa misma carta dice san Pablo:

“Os recomendamos, hermanos,  
en el nombre de nuestro Señor Jesucristo,  
que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente,  
y no según la tradición que de nosotros habéis recibido  
(1Ts 3, 6).

Conservar la Tradición

Finalmente, respecto a la conducta que los cristianos han de observar frente a la *Tradición*, tenemos dos textos:

“Os alabo porque en todo os acordáis de mí  
y porque mantenéis las tradiciones  
tal como yo os las transmití” (1Co 11, 2).

Siempre volvemos a lo mismo: las tradiciones apostólicas hay que mantenerlas. Hay, incluso, en san Pablo todo un vocabulario relacionado con la “tradición” que él emplea en sus cartas, repetidamente:

“Os recuerdo, hermanos,  
el Evangelio que os prediqué,  
que vosotros recibisteis (gr. “*parelabete*”)  
y en el cual permanecéis firmes,  
por el cual os salváis, si lo conserváis (gr. “*katekhete*”)  
tal como os prediqué...  
Si no, ¡habrías creído en vano!  
Porque yo os transmití (gr. “*paredōka*”)...  
lo que a mi vez había recibido (gr. “*parelabon*”)...”  
(1Co 15, 1-3).

No se ha usado la palabra *tradición*; pero se ha descrito claramente el proceso de la Tradición, incluso con el vocabulario técnico correspondiente. Varios otros textos podrían citarse. Contentémonos con dos más, y breves. En esa misma carta nos encontramos con el papel de la segunda generación de apóstoles o predicadores:

“Os he enviado a Timoteo,  
hijo mío querido y fiel en el Señor;

él os recordará mis normas de conducta en Cristo conforme enseño por doquier en todas las Iglesias” (1Co 4, 17).

Como observamos, se trata de la enseñanza recibida oralmente, o sea, de la *Tradición*.

Por fin, san Pablo, cuando está para morir, y va a ofrendarse como una libación en el martirio, da sus últimas recomendaciones a su discípulo Timoteo y le indica cuál ha de ser el modo de transmisión y conservación de la *Tradición* de la Iglesia cristiana:

“Lo que de mí has oído en presencia de muchos testigos, esto confíalo a hombres fieles, los cuales a su vez sean capaces de enseñar a otros” (2Tm 2, 2).

Ciertamente en san Pablo no encontramos esa obsesión exclusivista de lo escrito que ahora caracteriza a nuestros protestantes. El aferrarse a la Biblia en esa forma estrecha sólo conduce a privarse de los maravillosos tesoros que nos ha conservado la *Tradición*.

Porque, si ahondamos en el problema, no se trata de una tradición yuxtapuesta a la Escritura, como si fuera una realidad autónoma; toda ella gravita en torno a la Escritura, de modo que la lectura y la comprensión de la Biblia, sin la *Tradición*, queda mutilada y amputada, del ambiente propio en que nació.

La Biblia no ha caído del cielo como un bloque errático; la Biblia nació en un clima de espiritualidad. Para entenderla es necesario volver a situarla, y sumergirla, dentro de ese clima o ambiente en que nació. Este clima es la *Tradición*. Los estudios modernos en torno al Antiguo Testamento —literatura mosaica, literatura profética o sapiencial— nos han mostrado que la Biblia es la codificación de *tradiciones orales*. Y que, por tanto, la *Tradición* precede a la Biblia y le sirve de apoyo indispensable. La Escritura es, de hecho, el primer testigo de la *Tradición*.

Los actuales estudios en torno al Nuevo Testamento nos han llevado a comprender cómo nuestros cuatro Evangelios son la expresión escrita de las tradiciones conservadas por las Iglesias (de Palestina, Roma, Antioquía, Efeso), tal como las retenían de la predicación apostólica (Cf. Lc 1, 1-4). También aquí la *Tradición*

precedió a la Escritura<sup>20</sup>. No había aún escritos y ya las comunidades cristianas vivían; ya había Iglesia de Jesucristo, aunque no se había escrito todavía el Nuevo Testamento. La Iglesia vivía, con una vida pujante, de la *Tradición* (Cf. 1Co 11, 23ss.).

Esta vieja controversia: de un lado, “sólo la Biblia” —(*Scriptura sola*)—; “Biblia y Tradición” de otro lado, que viene desde los días de Lutero, se ha renovado notablemente con aportes valiosísimos en nuestros días, y ahora se le ha dado otro giro.

Dentro del campo protestante se ha logrado asentar el dato innegable de que la Biblia estuvo precedida por la *Tradición* y está sostenida por la *Tradición* y no tiene sentido sino apoyada y como sumergida nuevamente en la *Tradición* de la cual nació.

En la parte católica, el dato es igualmente innegable, de que la *Tradición* cuaja en la Escritura y tiene en la Biblia su más sólida expresión. La Revelación (y, por tanto, la *Tradición*) tiene su forma privilegiada de expresión en la Biblia, inspirada por Dios, Palabra de Dios. Muchos subrayan también la suficiencia y plenitud material de la Escritura.

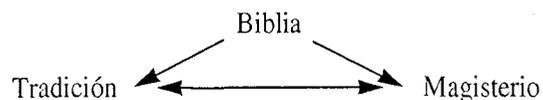
La Biblia es inmutable, rígida y petrificada. Es su mérito y, a la vez, su debilidad. La *Tradición* es más viva, móvil y fluctuante: puede variar y acomodarse, se puede adaptar a nuevos casos y contingencias. Es su valor y es su riesgo. Necesita del *Magisterio* vigilante como garantía para no extraviarse y no abultarse con elementos extraños y parásitos.

En realidad, estos tres elementos se unen y completan necesitando entre sí. El *Magisterio* no está sobre la Escritura, sino a su servicio, pero el *Magisterio* vela por la integridad de la Biblia y por su recta interpretación.

Protege la pureza de la *Tradición* para que no se enturbie ni se fraccione en sectas. El oficio de interpretar las Escrituras corresponde al *Magisterio* de la Iglesia.

20. Dice con toda precisión el protestante alemán contemporáneo Martín Dibelius, hablando de la historia evangélica y de nuestros Evangelios: “No nos han sido transmitidas las realidades, sino la tradición; reconstruyendo su mundo nos aproximamos a las realidades, pues de esta manera aprendemos lo que verdaderamente interesó a la tradición” (Cita tomada de Marxsen, W., *El evangelista Marcos*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1981, p. 17).

Se obtiene así, no un binomio: Biblia y Tradición, sino una tríada de elementos apoyados entre sí: Biblia - Magisterio - Tradición, que se podrían representar así:



Tradición - Escritura - Magisterio, no pueden subsistir independientes: el *Magisterio* necesita mirarse de continuo en la *Biblia* como en un espejo para ver, a la luz de la Palabra de Dios, qué le falta y qué le sobra. La *Tradición* provee a la Biblia de su ambiente propio para darle el sentido que le corresponde; tiene además la vitalidad para actualizarla y acomodarla a las nuevas circunstancias de los hombres y los tiempos. La *Biblia* nutre al *Magisterio* y alimenta a la *Tradición* de su inagotable riqueza de Palabra de Dios fijada por escrito.

## Capítulo V

# LA FE Y LAS OBRAS

El problema de la fe y las obras —a pesar de haber sido el punto de partida de la enseñanza de Lutero— presenta caracteres teológicos y aspectos especulativos tan concretos que lo hacen poco frecuente de ser tratado, al menos entre el pueblo. En la predicación protestante en nuestro país, son más frecuentes, ciertamente, los otros temas que mencionamos antes. Es tema, sin embargo, básico en el protestantismo y subyacente a toda su doctrina.

### Cristo y la Ley

Cuando san Pablo se encara con la Ley de Moisés y todas sus prácticas —erigidas en un sistema de salvación por los fariseos—, enfáticamente repetirá que la mera observancia de *la Ley* no salva; que el único Salvador es Cristo. Cuando escuchamos cómo a *la ley* contraponen *la fe* en Cristo, *la fe cristiana*, sin más, tenemos que decir con san Pablo que las obras de *la Ley* no salvan, sino tan sólo *la fe*, tal como lo encontramos afirmado en Rm 3, 20.28; Ga 2, 16.21; 3, 11. Y, si alguien dice que ésa es la médula misma de la fe cristiana y del cristianismo paulino, nada tenemos que objetar. Y si con esto se quiere subrayar la suficiencia absoluta de la Redención de Cristo, estamos plenamente de acuerdo.

Pero de ahí a negar todo valor a las obras que se hacen en Cristo Jesús, hay un abismo que no se justifica. San Pablo distingue claramente las obras de la Ley —las obras legales— de las que él mismo llama “obras buenas”. (Cf. 1Co 7, 19; 2Co 9, 8; 1Tm 5, 10; Tt 2, 14). Pablo expresamente dirá que ha abandonado la justicia “suya”,

que procede de la Ley, para abrazar la justicia que procede de Cristo; pero una vez que está en la fe, ya sabe que debe obrar para la salvación y dar frutos en Cristo.

Fe y obras

Por eso nos afirma el Señor Jesús:

“No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!,  
entrará en el Reino de los Cielos,  
sino el que cumple la voluntad de mi Padre  
que está en los Cielos”  
(Mt 7, 21).

Quien le confiesa como Señor, no cabe duda que tiene fe, pero Jesús afirma que eso no basta; El reclama, además de eso, las obras. Por eso Santiago repetirá con insistencia:

- 14 “¿De qué sirve, hermanos míos,  
si uno dice que tiene fe, pero no tiene obras?  
¿Podrá la fe salvarle?  
17 La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.  
24 Ya veis que por las obras se justifica el hombre  
y no tan sólo por la fe.  
26 Así como el cuerpo sin el espíritu está muerto,  
así también la fe sin obras está muerta”  
(St 2, 14.17.24.26)<sup>21</sup>.

21. Doce veces usa Santiago en este pasaje (St 2, 14-26) la palabra “obras” (gr. *erga*), por contraposición con la fe (gr. *pistis*). Pero los hermanos protestantes, al traducirla al castellano en su versión popular llamada “Dios llega al hombre” se han ingeniado para hacerla desaparecer en todos los casos, a pesar de que el título que antecede al pasaje promete: *La fe y las obras*. Se dirá que, siendo la palabra *obras* un término técnico y siendo ésta una Biblia popular, había que eliminar ese término y poner “lo que el hombre hace” u otras fórmulas semejantes. Pero, y la palabra “fe” ¿no es igualmente técnica, y ésa sí está presente? Y ¿por qué figura, en cambio, en el título, como prometiendo resolver allí un problema grave y sobradamente conocido en la controversia? El resultado será que el fiel, el hombre sencillo, saque la consecuencia, equivocada, de que sólo es la fe, y no las obras, la que salva. Exactamente lo contrario de lo que enseña Santiago. En la segunda edición y en la versión completa de la Biblia (“*Dios habla hoy*”) cambiaron no el texto, sino tan sólo el título, y discretamente pusieron: “Hechos y no palabras”, que no responde al contenido.

Como lo enseña también san Pablo:

“En Cristo Jesús  
nada vale la circuncisión ni la incircuncisión;  
sino la fe que actúa por medio del amor”  
(Ga 5, 6).

“Ante Dios  
no son justos los que meramente oyen la Ley,  
sino los cumplidores de la Ley,  
ésos serán justificados”  
(Rm 2, 13).

San Agustín se había planteado ya el problema de cómo armonizar estas dos realidades, fe y obras; cómo salvar los textos del Nuevo Testamento que parecen oponerse entre sí: los de Pablo y los de Santiago. Pero su respuesta no fue, como en Lutero y el protestantismo, quedarse con uno solo de los dos elementos, sino cristiana y bíblicamente abrazarlos a los dos.

“Algunos hombres —dice el Doctor de Hipona— al no entender lo que el Apóstol dice: “*Pensamos que el hombre se justifica por la fe sin las obras de la Ley*” (Rm 3, 28), imaginaron que él decía que bastaba la fe, aunque uno viviera mal y no tuviera obras buenas. Pero ¡qué lejos estaba de pensar tal cosa el que fue llamado “*Vaso de elección*”! (Cf. Hch 9, 15). Porque él en un pasaje dice: “*En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión*”; pero en seguida añade: “*sino la fe que obra por medio del amor*” (Ga 5, 6). Esta es la fe que separa a los fieles de los inmundos demonios: pues también ellos, como dice el apóstol Santiago, “*creen ciertamente y se estremecen*” (St 2, 19); pero no tienen buenas obras. Su fe, por tanto, no es aquella que vive el justo, es decir, la que obra por medio del amor, de suerte que *Dios le retribuya* con la vida eterna conforme a sus obras (Rm 2, 6; Mt 16, 27; 2Tm 4, 14; 1P 1, 17; Ap 2, 23; 20, 12.13; 22, 12). Pero, dado que las mismas buenas obras nos vienen de Dios, de quien nos viene asimismo la fe y el amor, por eso el “Doctor de las gentes” aun a la vida eterna la llamó gracia (Rm 6, 23)”<sup>22</sup>.

22. San AGUSTIN, *De gratia et libero arbitrio*, 7, 18: ML 44, 892.

Para formarnos una idea del plan de Salvación, tal como se contiene en la Biblia, pongamos los varios elementos a los que se atribuye en el Nuevo Testamento la justificación o la salvación:

*“Lo que justifica es la gracia”:*

(Rm 3, 24; 1Tm 1, 14; 2Tm 1, 9; Tt 2, 11-15).

*“Ya no estamos bajo la Ley sino bajo la gracia”*

(Rm 6, 14.15).

Con este preámbulo necesario entendemos que para la salvación se nos pida:

1. —*“Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo”* (Rm 10, 13): invocar al Señor.

2. —*“Arrepentíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados”* (Hch 2, 38): arrepentimiento y Bautismo.

3. —Arrepentimiento y fe: Mc 1, 15

4. —Arrepentimiento: Mt 4, 17; 3, 2; Lc 13, 3: *“Yo os digo que si no os arrepintiereis, todos por igual pereceréis”*.

5. —Arrepentimiento y conversión: Hch 3, 19.

6. —El que conoce sus pecados y pide perdón, Lc 18, 14: la actitud del publicano justificado.

7. —El amor: Lc 7, 47.48: *“Muchos pecados se le han perdonado, porque ha amado mucho”*.

8. —Hacer la voluntad del Padre: Mt 7, 21.

9. —*La fe que obra por medio del amor*: Ga 5, 6.

10. —*“Aunque tenga toda la fe, si no tengo amor, nada soy...”* 1Co 13, 2.

11. —El amor del prójimo: 1Jn 3, 14: para pasar de muerte a vida.

12. —La observancia de los mandamientos: Mt 19, 16-17; 1Co 7, 19. Pero para el cristiano se trata de los mandamientos propios del cristiano. Los mandamientos de Cristo nuestro Señor son: Jn 14, 15.21; 1Jn 2, 3.4; 3, 22; 5, 2.3.6; 2Jn 6.

Particularmente importante, porque nuestros hermanos protestantes entre nosotros han vaciado de toda eficacia el sacramento del Bautismo:

13. —El Bautismo: Ef 5, 26; Tt 3, 5; 1P 3, 21; 1Co 6, 11; Jn 3, 3-5.

14. —El Bautismo con la fe: Mc 16, 16.

15. —Fe y obras: St 2, 14-26.

16. —La fe: Jn 6, 40.47.

17. —Comer su carne y beber su sangre, es decir la Eucaristía: Jn 6, 53-54.

18. —La perseverancia final, porque *“el que persevera hasta el fin, ése se salvará”*: Mt 10, 22.

Este catálogo de 18 puntos, sacados del Nuevo Testamento, sin ser ni mucho menos completo, muestra, sin embargo, hasta la saciedad que hablar de la fe sola para salvarse es una ceguera nacida sólo del prejuicio sistemático. Eso afirmó Lutero al iniciar el protestantismo, y eso hay que seguir repitiendo, contra la evidencia bíblica, para ser verdadero protestante.

Si realmente se ha de repetir que “sólo la fe salva”, habría que ensanchar el significado de la palabra fe, dándole una plenitud de sentido. La fe cristiana es la única que salva. Eso es verdad. Pero entonces hay que dar a “la fe cristiana” un significado amplio que abarque todo lo que es el cristianismo, todo lo que es y lo que enseña la religión cristiana, la religión de Jesucristo, con todas sus exigencias. Y esto es lo que decía san Pablo.

¿Seguridad de la salvación?

Cristo ha hecho por mí todo lo que hacía falta para mi salvación. ¿Cómo podría dudarse? Pero requiere mi colaboración. Ahí está el punto<sup>23</sup>.

Por parte de Cristo ya todo está hecho; en ese sentido yo ya soy salvo. Pero sé que este don lo puedo perder. Por eso san Pablo dice así:

*“Yo abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, después de predicar a otros,*

23. Como cabal expresión del pensamiento cristiano tradicional sobre este punto, suele repetirse la frase de san Agustín: “El que te creó sin tí, no te justifica sin tí. Te hizo sin que tú lo supieras; no te justifica sin que tú lo quieras” (*Sermón* 169, 11, n. 13: ML 44, 261). “El que te creó a tí sin tí, no te salvará a tí sin tí”.

yo mismo sea reprobado”  
(1Co 9, 27).

“Completo en mi carne  
lo que faltaba a las fatigas de Cristo  
por el bien de su Cuerpo que es la Iglesia”  
(Col 1, 24).

“Trabajad con temor y temblor  
en la obra de vuestra salvación”  
(Flp 2, 12).

Desde luego, el cristiano nada se atribuye a sí mismo, sino que siempre ha de decir: “*No yo, sino la gracia de Dios conmigo*” (1Co 15, 10).

## Capítulo VI

# LA GRACIA Y EL MERITO

Se repite en la Biblia que Dios es bueno y misericordioso. Casi como nombre propio de Dios, en el Exodo se pone una fórmula amplia que suena así:

“Yavé, Yavé,  
Dios misericordioso y clemente,  
tardo en la cólera  
y rico en misericordia y fidelidad”  
(Ex 34, 6).

Otras veces se subraya que Dios da a cada cual su merecido (Pr 24, 12; Jr 17, 10; Sal 62, 13); que Dios paga a cada cual conforme a sus obras (Rm 2, 6; Mt 16, 27; 2Tm 4, 14; 1P 1, 17; Ap 2, 23; 20, 12.13; 22, 12).

Por otra parte, el salmista —todo hombre consciente— se vuelve a Dios e implora su misericordia diciéndole:

“Si tú llevaras la cuenta de los delitos,  
¿quién podría subsistir?  
Pero cerca de ti está el perdón  
y así infundes respeto”  
(Sal 130, 3-4).

El problema está en compaginar la misericordia de Dios y su justicia. Porque, si Dios es bondadoso y clemente, es también justo, y por eso El mismo dirá:

“Yo os daré a cada uno conforme a vuestras obras”  
(Ap 2, 23),

o también:

“Cada uno recibirá su paga conforme a su propio trabajo”  
(1Co 3, 8).

Ya en el Antiguo Testamento se había tratado de armonizar estos datos, y así aparecían aquellas fórmulas en que se decía que Dios castigaba hasta la tercera y cuarta generación, pero hacía misericordia por mil generaciones (Ex 20, 5-6; 34, 7; Dt 5, 9-10): castigo ciertamente severo, pero acompañado de una bondad mucho mayor.

Sí, toda la Biblia nos habla de un Dios que recompensa y castiga. Una de las nociones fundamentales de la religión de la Biblia y de la moral que inculca, es que existe una retribución en la cual se dan premios y castigos. Porque la mente humana, si concibe un Dios justo, tiene que concebir al mismo tiempo un orden moral que sancione lo bueno y lo malo (Cf. Hb 11, 6).

Pero la pregunta se plantea, inquietante: ¿Podrá el hombre presentarse alguna vez con algún mérito ante Dios?

Jesús nos lo ha dicho terminantemente:

“Vosotros, cuando hayáis hecho  
todo lo que se os había mandado, decid:  
Siervos inútiles somos;  
hemos hecho lo que teníamos que hacer”  
(Lc 17, 10).

¿Cómo hablar de mérito en estas condiciones? El fariseo era quien creía poder alegar méritos y derechos frente a Dios por su observancia y buenas obras (Cf. Lc 18, 11-12).

El cristiano se sitúa en otro plano, y sabe que si se gloria, sólo ha de gloriarse en Jesucristo (1Co 1, 31; Ef 2, 9; 2Co 10, 17). Todo lo que el cristiano logra hacer de bueno, lo tiene de Dios como un don (Ef 2, 8-10). El cristiano sabe que Cristo es el objeto de todas las complacencias del Padre y que, al ser injertado en Cristo, también él

puede agradar a Dios en Cristo. La alegoría de la vid (Jn 15, 1-5) le ha enseñado que en Cristo él puede producir frutos agradables a Dios y que, por tanto, estos valores son reputados a los ojos de Dios.

Entonces comprende por qué, al hablar de la recompensa eterna (escatológica), el Nuevo Testamento usa términos como “paga”, “salario”, “jornal” (Mt 20, 8; 5, 12; 6, 1; 10, 41-42; 1Co 3, 8.14; Hb 10, 35; 2Jn 8; Ap 11, 18; 22, 12). Otras veces nos la presenta como el *galardón* o *premio* que se da al vencedor en la contienda deportiva (1Co 9, 25; Flp 3, 14; 2Tm 2, 5). San Pablo no vacilará incluso en llamarlo “*corona de justicia*” que tiene que “darle el justo juez” (2Tm 4, 7-8). Ya sabemos que todo esto se debe a que Dios mismo lo ha prometido, y al otorgarlo, lo que está haciendo es cumplir la promesa. Pero el Nuevo Testamento llamará incluso “*dignos*” del Reino a quienes hubieren mostrado una fe genuina (2Ts 1, 5; Ap 3, 4; 16, 6).

También debemos señalar que el premio es inconmensurable y excede todo lo que las obras hubieran podido merecer. Y por encima de eso, que todo ha sido obra de la gracia, hasta el punto que, “al coronar los méritos, Dios está coronando sus propios dones”. Por eso el mismo Concilio de Trento concluirá indicándonos que “ha de estar lejos del cristiano el confiar en sí o el gloriarse en sí y no en el Señor, cuya bondad para con todos los hombres es tan grande que quiere que sean merecimientos de ellos los que son dones de El”<sup>24</sup>.

Esta es la armonización cabal y equilibrada de un problema que, como hemos visto, no debe ser tratado ni con precipitación ni con superficialidad. Aquí, como pasa en tantos otros puntos, por igual se puede torcer y deformar hacia la derecha o hacia la izquierda. Unos pocos textos, citados parcialmente, no resuelven el caso; hay que abarcar el problema en toda su complejidad haciendo entrar en él todos los elementos, por más que parezcan opuestos entre sí. Y de nuevo estamos en la observación básica de Pascal que citábamos más arriba.

## Capítulo VII

# CRISTO Y LA IGLESIA

Al hablar de la Iglesia, debemos decir que es éste el punto principal que enfrenta y contrapone a católicos y protestantes. Este es, en realidad, el punto de partida —o quizás el punto de llegada— de todas las divergencias. Para el católico la Iglesia lo es todo. Para el protestante la Iglesia no es nada, o *casi nada*. Tal vez tan sólo un accidente, una casualidad sin importancia; cuando no es más bien el objeto de su odio y su rechazo; el objeto de su persecución y de sus ataques. Todas estas posiciones pueden encontrarse, según las diferentes iglesias, pues en esto principalmente hay toda una gama de interpretaciones, y las varias iglesias o movimientos protestantes andan en éste, más que en ningún otro punto, en completo desacuerdo y oposición entre sí.

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo.

Amar a la Iglesia es amar a Cristo.

Es imposible amar a Cristo y no amar a la Iglesia. Estas son verdades y afirmaciones profundamente católicas. Hasta llegar al aforismo cristiano del mártir san Cipriano: “No puede tener a Dios por Padre *quien* no tiene a la Iglesia como Madre”<sup>25</sup>. Que es la Iglesia la que nos engendra para Dios, “*del agua y del Espíritu*” (Jn 3, 5).

25. *De unitate ecclesiae*, c. 6. Igual cosa decía san Agustín: “Que no tendrá por padre a Dios quien no quiera tener por madre a la Iglesia” (*De symbolo ad catech.*, n. 13: ML 40, 668). Y éste ha sido siempre el sentir de todos los verdaderos cristianos.

Entre tanto el protestante nos dirá que no quiere sino a Cristo como su Salvador personal y se cerrará en un hosco individualismo. Y cuando la Palabra de Dios, en casi todas las páginas del Nuevo Testamento, le hable de la Iglesia, él se empeñará en que le está hablando de “una unión de los elegidos”, de la “congregación de los predestinados”, es decir, de una realidad invisible, con la única Cabeza, Cristo. La Iglesia en la que creemos (“*Creo en la Iglesia...*”) —nos dirán— es la comunidad de los verdaderos fieles (de los santos, de los elegidos).

Y cuando más le opriman los textos bíblicos que nos pone delante la Iglesia, nos dirá que cuando es algo visible no proviene de Dios sino de los hombres. Cada hombre, con el fervor de su fe, se ha puesto en marcha hacia Dios; pero al ir caminando, advierte que también otros viandantes llevan el mismo camino. Decide, entonces, ponerse de acuerdo con ellos y caminar juntos formando un solo grupo: así nace la iglesia externa y visible; pero es obra de los hombres y nace de la iniciativa humana.

Así, la Iglesia es siempre invisible, o a lo más, una iglesia visible es ese grupo pequeño que forma una iglesia local en que, por común iniciativa, hasta se pueden nombrar pastores y ministros y otros oficiales, que son nombramientos humanos necesarios para una buena administración.

Vistas así las cosas, muchos protestantes se preguntan incluso si Cristo fundó una Iglesia. Y, claro, en muchos de ellos la respuesta es un *no* rotundo: Cristo no fundó ninguna Iglesia. Hay, sobre todo, dos cosas que le aterran al protestante, si hubiera de contestar con el *sí*: si admitiera que Cristo ha fundado una Iglesia: —la jerarquía con la sucesión apostólica—; se alzaría frente a sí el fantasma del Papa, de los obispos, de los sacerdotes. Y luego la mediación sacramental. El no quiere autoridades constituidas por Dios. El no puede aceptar que la salvación —que viene de Cristo— pase por la Iglesia y sus sacramentos. Con toda razón apunta Carlo Martini: “Es fácil, ciertamente, contemplar la obra de Dios en Jesús, porque en los Evangelios su figura está llena de encanto y de misterio. Pero contemplar los acontecimientos de salvación en Cristo hecho Iglesia, requiere un suplemento de fe y de oración”<sup>26</sup>.

Veamos, entonces, cómo se sitúa la Iglesia en el Nuevo Testamento.

26. MARTINI, Carlo Maria, *Un pueblo en camino*, San Pablo, Bogotá, 1986, pp. 11-12.

## Capítulo VIII

# LA IGLESIA

No podemos olvidar que la actuación de Cristo en este mundo es muy breve: apenas 33 años, si nos atenemos a la cifra tradicional. El es el Maestro de todos los hombres, de todas las razas, de todas las generaciones. El es el Salvador del mundo que da su vida para que todo hombre se salve, y ahora ha sido constituido en el Mediador indispensable entre Dios y los hombres, de tal manera *que nadie puede ir al Padre sino por El* (Cf. Jn 14, 6).

En este sentido el cristianismo es Cristo, pues Cristo ocupa en él la posición central y de modo tan absorbente, que Cristo se constituye en la razón de ser de todo.

Nuestra pregunta, sin embargo, tiene sentido: ¿Cómo llega Cristo a los hombres de todos los tiempos y de todas las regiones y culturas?

Sí, ahí está la Biblia que es la Palabra de Dios y que contiene la doctrina de Cristo. Ese libro, tal como lo pregonaba el Evangelio de Juan, ha sido escrito para que “*creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengamos vida en su nombre*” (Cf. Jn 20, 31).

Pero si queremos ser leales, hemos de reconocer que aquello que Cristo nos dejó no fue precisamente un libro. El reunió hombres a su alrededor y fundó con ellos una Iglesia (Mt 16, 18), y a estos hombres, a quienes El mismo había escogido (Cf. Mc 3, 13-19), al darles el último y definitivo encargo, la orden que les da es la de predicar y la de hacer discípulos en el mundo entero y hasta el final de los siglos (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15-16).

Así, antes que aparezcan los libros sagrados del Nuevo Testamento, vemos que ya existe, vive y se difunde la Iglesia de Cristo. Dentro del ámbito de la Iglesia, y como expresión de lo que ellos creen y practican, se escribirán esos libros sin anular su enseñanza viva, sin destruir su predicación oral o su Tradición. Todo lo que de Cristo sabemos nos ha sido conservado por la Iglesia<sup>27</sup>.

Por eso no nos extraña ver el amor y veneración que tienen los apóstoles como Pablo a la Iglesia. El llegará a llamarla “madre nuestra” (Cf. Ga 4, 26). En otra parte el mismo Pablo nos explicará que la Iglesia es el complemento de Cristo (Cf. Ef 1, 20-23) o la plenitud de Cristo. Cristo mismo ha querido prolongarse en la Iglesia para llegar adonde El no llegó, tanto en el espacio como en el tiempo.

Dentro de la misma línea, Bossuet nos dirá, con frase que se ha hecho célebre: “Me preguntas qué es la Iglesia. Pues bien. *la Iglesia es Jesucristo mismo prolongado y comunicado*: es Jesucristo todo entero, es Jesucristo en su plenitud”<sup>28</sup>.

Cristo a los suyos los revistió de sus propios poderes y con esta autoridad los envió al mundo entero:

“Tal como mi Padre me envió a mí,  
así yo os envío a vosotros”  
(Jn 20, 21);

eso les dijo el mismo día en que, resucitado, se hallaba en posesión de todos los poderes.

“El que a vosotros os oye, a mí me oye  
y el que a vosotros os rechaza, a mí me rechaza;  
y el que me rechaza a mí,  
rechaza al que me envió”  
(Lc 10, 16).

27. Con razón apunta Congar, hablando de la doctrina calvinista: “Mientras que para nosotros la Escritura es ciertamente la regla objetiva de fe de la Iglesia (o más bien, la parte principal y escrita de esta regla), pero una regla *interior a la Iglesia*, y que vive en ella y no puede ser conocida sino en ella; para Calvino, la Escritura es anterior y superior y, por tanto, *exterior a la Iglesia*, a la cual juzga ella desde fuera” (Y. Congar, Enc. *Catholicisme*, art. *Calvin* T. II, col. París, 1949, pp. 414-415).

28. *Carta a una señorita de Metz*, 4 de junio de 1659.

Usando otra comparación, San Pablo nos dirá que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo (Col 1, 24; Ef 1, 22-23), y prolijamente nos hará comprender, lo primero, que sólo puede haber una Iglesia que, vista de otro modo, es “*la Esposa de Jesucristo*” (Ef 5, 22-23), “*dos en una sola carne*”, diríamos (Cf. Mt 19, 5-6). Lo segundo, el puesto que tenemos nosotros en ese organismo en calidad de miembros (Rm 12, 4-5; 1Co 12, 12-27).

Cabeza y Cuerpo: el Cristo total. Cristo y la Iglesia, un solo organismo de salvación. Una vez más hemos de repetir: “*Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*” (Mt 19, 6).

Ese afán individualista de querer ir directamente a Cristo, saltándose por encima de la Iglesia, no es cristiano. La Iglesia, tal como Cristo ha querido hacer las cosas, nos es necesaria para la salvación. La Iglesia —El mismo así lo ha querido— es necesaria a Cristo, y es en el mundo el gran instrumento de salvación.

Nos quedan dos cosas importantes acerca de la Iglesia. Lo primero, explicar su estructura jerárquica, y lo segundo su estructura sacramental. Dada la índole, más bien de tipo sectario, de las nuevas denominaciones que se difunden en América Latina, es importante subrayar estos dos aspectos. Si tuviéramos aquí a los representantes de las grandes iglesias nacidas en la Reforma, no haría falta.

## La jerarquía eclesiástica

La concepción de una Iglesia igualitaria que no tiene dirigentes, sino que espontáneamente los escoge conforme a las necesidades del culto, partiendo de la base, aunque guste mucho a nuestros hermanos bautistas y a otras iglesias protestantes de tipo congregacionalista, no es el tipo de Iglesia que encontramos en el Nuevo Testamento<sup>29</sup>.

El libro de *los Hechos de los apóstoles* nos presenta así la elección de los siete diáconos promovida por los Doce. Se consulta a la mu-

29. Frases de Lutero en su *Manifiesto a la nobleza alemana* “Un zapate-ro, un herrero, un campesino... todos son igualmente sacerdotes y obispos consagrados” (W. A. 6, 409). “Pues lo que han recibido en el bautismo les permite preciarse de haber sido ya consagrados, obispos y Papa, aunque no a todos les toque ejercer en la realidad tal ministerio... pues lo que es común a todos nadie puede tomarlo para sí sin contar con la voluntad y el mandato de la comunidad” (W. A. 6, 408).

chedumbre de los discípulos; después los Doce le explican lo que conviene hacer y por qué. La asamblea escoge y propone a los apóstoles; pero son los apóstoles quienes establecen en su cargo a los primeros diáconos. Esto se lleva a cabo con un rito de oración e imposición de manos (Hch 6, 1-6). Estos diáconos conservan siempre un papel subordinado (Hch 8, 14-17). Lo mismo sucederá con los presbíteros establecidos por Pablo y Bernabé (Hch 14, 23; Flp 1, 1); a los presbíteros Pablo les habla con autoridad (Hch 20, 17-35).

La forma piramidal que parte desde arriba se puede igualmente apreciar en las cartas de Pablo. En lo más alto se halla el apóstol, el cual procura estar en todo plenamente de acuerdo con los otros apóstoles (Ga 2, 9); su responsabilidad se extiende a “todas las iglesias” (2Co 11, 28).

Vienen luego algunos colaboradores más cercanos a quienes encarga Pablo algunas misiones particulares en diversas comunidades (1Ts 3, 1-5; Flp 2, 19-23; 2Co 12, 18). Siguen en su orden los dirigentes de las comunidades locales, a los cuales el apóstol da su respaldo y apoyo (1Ts 5, 12; 1Co 16, 16). Finalmente están los simples fieles.

Las cartas pastorales presentan igual organización de ministerios: en la cumbre, el apóstol; luego Timoteo o Tito que reciben de él una autoridad superior a la de los dirigentes locales (son ellos quienes los escogen o establecen; Ti 1, 5; 2Tm 2, 2); entre esos dirigentes, 1Tm 3 da a entender que hay diferencia de nivel entre los diáconos, de quienes se dice que “sirven” (3, 10.13), y el obispo, que tiene “a su cargo la Iglesia de Dios” (3, 5), y así es uno solo, mientras que a su lado se mencionan muchos diáconos.

Claro está que el ministerio es de servicio y no de dominación. Pues mencionar jerarquía o autoridades constituidas y formando escala, no quiere forzosamente decir dominación. La jerarquía, por más que provoque reacciones alérgicas en algunos modernamente, está al servicio de la unidad de la fe y contribuye al crecimiento armónico del Cuerpo de Cristo (Ef 4, 11-13).

### La roca y las llaves

Cristo instituyó una Iglesia y le dio una garantía y promesa terminante de que subsistiría hasta el fin de los siglos. Más aún, le aseguró que, cimentada sobre una roca, los poderes del infierno, —las fuerzas del mal— nunca lograrían vencerla (Cf. Mt 16, 18-19; 7, 24-25).

Pero, ¿quién es esta roca? La Iglesia Católica contesta que esta roca inmovible, que confiere estabilidad duradera a la Iglesia, es san Pedro, es el Papa. Nuestros hermanos protestantes rechazan airadamente tal identificación y nos dicen que es la fe de Pedro, o mejor, Cristo mismo.

Con frecuencia nos alegan el texto de 1Co 10, 4:

“Todos bebían de la misma roca espiritual  
que los iba siguiendo,  
y la roca era Cristo”

El texto es claro y hermoso y nos habla de la roca de Horeb que, golpeada por la vara de Moisés, proveyó de agua abundante para los hijos de Israel (Ex 17, 1-7; Nm 20, 1-11). En ella ve san Pablo la representación de Cristo, que es fuente de todos los bienes para los suyos. Pero seamos sensatos, aquí no se habla de construcción ni de cimiento; no confundamos las cosas: con ese texto no se prueba que sea Cristo la roca del cimiento de la cual habla en Mt 16, 18. En este texto, Cristo hace el papel de constructor mientras que el cimiento es Pedro.

Además a él, a Pedro, se le dan las llaves del Reino de los Cielos (Mt 16, 19) y se le nombra con eso: el Mayordomo de la Casa de Dios, con los poderes correspondientes. Atribución que se subraya con la tercera comparación: “*Todo lo que él ate en la tierra, quedará atado en el cielo y lo que él desate sobre la tierra, quedará desatado en los cielos*” (Mt 16, 19). Es decir que Dios se compromete a dar por bueno y a ratificar lo que Pedro haga aquí en el mundo, en su Iglesia, dando leyes o quitándolas; imponiendo obligaciones o declarando anuladas las que existen; eso es “atar y desatar”.

Ya entendemos que Pedro —el Papa— no puede arbitrariamente actuar contra las leyes de Dios, contra el Evangelio de Cristo; pero sabemos también de sobra que Cristo nos prometió una asistencia continua sobre su Iglesia (“*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos*”: Mt 28, 20), como garantía de que la preservaría para que no cayese jamás en el error.

### Primado y colegialidad

Al mismo Pedro, Jesús resucitado le otorgó el poder de apacentar el rebaño suyo, sus ovejas. Cristo es el Buen Pastor (Cf. Jn 10, 14-

16) y el dueño de las ovejas; pero El, precisamente por ser el único dueño, puede hacer con ellas lo que quiera. Y El ha querido confiárselas a Pedro para que en su ausencia sea el pastor supremo de ovejas y corderos, es decir, del rebaño todo:

“Apacienta mis corderos...  
pastorea mis ovejas...  
apacienta mis ovejas”  
(Jn 21, 15-17).

Claro está que junto a Pedro aparece, bien caracterizado, el Colegio de los Doce, a quienes Cristo solemnemente encomienda su Iglesia:

“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio...  
El que creyere y se bautizare, se salvará;  
el que no creyere, se condenará”  
(Mc 16, 16).

A estos mismos Doce en su conjunto les ha repetido lo que dijera a Pedro solo:

“Todo lo que atéis en la tierra  
queda atado en el cielo;  
y lo que desatéis en la tierra  
queda desatado en el cielo”  
(Mt 18, 18).

Tal es el poder del cual ellos quedan investidos por parte de Cristo resucitado, no sólo se lo confirma, sino que llega a hacerles esa transferencia de su propia misión —la que El trajo del Padre— que ahora es entregada a ellos:

“Tal como me envió mi Padre,  
así yo os envío a vosotros”  
(Jn 20, 21).

Les da también el poder de perdonar los pecados, poder inaudito y exorbitante: pero si Cristo se lo ha dado, ¿qué nos queda a nosotros sino aceptar con humildad lo que el Señor ha dispuesto? El texto ineludible dice así:

“A los que vosotros perdonéis los pecados,  
les quedan perdonados;

a los que se los retengáis,  
les quedan retenidos”  
(Jn 20, 23).

Que para eso van a necesitar una ayuda poderosa del Espíritu Santo, el Señor lo sabe, y así previamente les dice: “*Recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20, 23).

Y finalmente, al prometerles su asistencia perenne “*hasta el final de los tiempos*” (Mt 28, 20), bien claro les dio a entender el Señor que detrás de ellos veía una larga fila de sucesores que duraría lo que el mundo durase.

La Iglesia primitiva vio así organizarse la jerarquía, que transmitía la investidura y los poderes por medio de la imposición de las manos (Hch 13, 3; 14, 22; 1Tm 4, 14; 5, 22; 2Tm 1, 6). Además de Pedro y de los Doce (Hch 2, 14.37; 5, 29), están los ancianos, que en un principio parecen similares a los obispos, quizá porque en Jerusalén más bien se llamaban *ancianos o presbíteros* y fuera de Palestina *obispos* (Cf. Hch 14, 23; 15, 2.4.22.23; 16, 4; 20, 17.28).

Pero luego se diferenciaron en dos categorías: *presbíteros* (o sacerdotes) y *obispos* para pastorear la Iglesia de Dios, puestos por el Espíritu Santo (Cf. Hch 20, 28). A éstos pronto se añadieron, para el servicio externo y también para la predicación, como en el caso de Esteban, los *diáconos* (Hch 6, 1-8).

Así quedaron constituidos los tres grados fundamentales de la jerarquía que todavía hoy subsisten en la Iglesia; además del Papa, los *obispos*, los *presbíteros* o *sacerdotes* y los *diáconos*.

La mayoría de las iglesias evangélicas de obediencia norteamericana han democratizado su régimen y lo han vuelto congregacionista, junto a los calvinistas que son “presbiterianos” y los anglicanos que son “episcopalianos”, porque, de la vieja y tradicional jerarquía que hubo en la Iglesia primitiva, han conservado el régimen de los presbíteros y de los obispos. Ya se entiende que sólo la Iglesia Católica mantiene el papado, es decir, la sucesión de san Pedro, como servicio de unidad de toda la Iglesia.

## Capítulo IX

# ESTRUCTURA SACRAMENTAL

El exclusivismo protestante que nos dice que “sólo Cristo salva”, tiene una fuerte manifestación en su rechazo de los sacramentos. Así también la integración católica, que de la Biblia recoge el binomio de “Cristo y la Iglesia”, tiene como afirmación complementaria la eficacia salvadora de los sacramentos.

Pocas cosas hay que con más énfasis rechace el protestante como los sacramentos. No sólo porque de los siete sacramentos que registra la religión cristiana, generalmente nuestros hermanos separados sólo han retenido dos, a saber, el Bautismo y la Santa Cena, sino porque aun estos dos sacramentos, casi siempre han sido vaciados de su contenido, como veremos más adelante<sup>30</sup>.

30. Lutero, en la obra más demoledora que contra los sacramentos se haya escrito, el tratado “*De la Cautividad Babilónica*”, resueltamente dice: “Niego que haya siete sacramentos. No admito sino tres: el Bautismo, la Penitencia y el pan”... (*de Capt. Babyl.*: W. A. VI, 501), es decir, la Eucaristía. Melacton (1497-1560), discípulo directo de Lutero, enseñaba: “No hay más que un sacramento: Jesucristo; y tres signos sacramentales: el Bautismo, la Penitencia y el pan” (*Loci communes*, 143, 1, 29). De los tres sacramentos que todavía conserva Lutero, los actuales protestantes han dejado caer el de la Penitencia, y conservan tan sólo el del Bautismo y la Santa Cena. Lutero mantuvo la confesión de los pecados, en la cual encontraba mucho consuelo espiritual: “No hay duda de que la confesión de los pecados es necesaria —dice él— y mandada por Dios (Mt 3, 6)... La confesión secreta, como se usa hoy, aunque no puede probarse por la Escritura, me agrada muchísimo, y la estimo útil y necesaria y no quisiera que fuese suprimida, antes me alegro de que exista en la Iglesia de Cristo, siendo como es, remedio de las conciencias afligidas...” (*de Capt. Babyl.* W. A. VI, 548).

El protestante cree que si acepta los sacramentos —su acción salvífica efectiva— vendría a negar o a disminuir el carácter único de la salvación de Cristo. El cree que cuando el católico afirma que el Bautismo salva —y lo mismo respecto de los otros sacramentos— lo hace en detrimento de Cristo que es el único que salva.

Aquí tiene lugar además aquello que ya en su tiempo notaba un gran protestante inglés convertido al catolicismo, el célebre cardenal Enrique Newman:

“El protestante se opone no a los principios o doctrinas del catolicismo, sino a lo que él se imagina que son los principios o doctrinas del catolicismo”<sup>31</sup>.

En nuestros mismos días, saliendo también de las filas del protestantismo, nos dice Uta Ranke-Heinemann: “El desconocimiento de la fe católica es precisamente un elemento estructural esencial del protestantismo; lo que los evangélicos consideran doctrina católica es con frecuencia sólo su caricatura”<sup>32</sup>.

### Cristo y los sacramentos

La doctrina católica, lejos de querer sustituir a Cristo por los sacramentos, lejos de atribuir a los sacramentos lo que sólo a Cristo corresponde, afirma que los sacramentos son acciones de Cristo Salvador.

Con la misma vehemencia que el hermano evangélico, nosotros católicos afirmaremos, recogiendo la frase de san Juan, que es tan sólo “*la sangre de Cristo la que nos limpia de todo pecado*” (Cf. 1Jn 1, 7b). Pero no daremos por terminada con eso nuestra investigación. Sino que nos preguntaremos —porque la Biblia nos invita a ello—: “¿Dónde puedo encontrar la sangre de Cristo?”.

La sangre de Cristo se derramó en el Calvario, y hace nada menos que veinte siglos. ¿Cómo puedo colmar esa lejanía, espacial y temporal, que me distancia de la sangre de Cristo?

31. Card. Newman, “*The present position of catholics in England*” citado por C. Crivelli: “*Los protestantes y la América Latina*”, Isola del Liri, 1931, p. 126.

32. *El protestantismo, naturaleza y evolución*. Traducido de la segunda edición alemana, Ed. Studium, Madrid, 1971, p. 27.

Aquí es donde me sale al paso san Pablo y, en forma apremiante, me responde:

“El cáliz de bendición que bendecimos,  
¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?  
El pan que partimos,  
¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo?”  
(1Co 10, 16).

Y así hemos dado con el sacramento de la Eucaristía, el sacramento por excelencia y, claro está, con la presencia de Cristo. Buscábamos para nosotros la sangre de Cristo y la hemos hallado en el sacramento.

El concepto de sacramento debe ser, por tanto, aclarado desde el principio. No se trata de un rito vacío o de un mero rito externo. La condenación de la eficacia sacramental por parte de nuestros hermanos protestantes, suele formularse en tono iracundo con la frase siguiente: “No se gana la salvación con ritos externos”.

Para salvaguardar la mediación única de Cristo han rechazado en forma terminante la mediación del culto, que entre ellos se ha empobrecido sobremanera, hasta quedar reducido casi tan sólo a la proclamación de la Palabra<sup>33</sup>.

Han rechazado la mediación de la materia: el agua, el aceite, el vino, el pan... Pero olvidan, en cambio, que han establecido —y con un énfasis singular— la mediación del Libro y la mediación de la Palabra.

33. Con toda razón dice L. Bouyer, protestante asimismo convertido: “Sus templos vienen a ser escuelas de enseñanza religiosa por el puesto casi absorbente de la Palabra”. El culto mismo —escaso ciertamente— está centrado en la lectura y explicación de la Biblia (L. Bouyer, *Palabra, Iglesia y sacramentos en el protestantismo y el catolicismo*, DDB, 1966). Los testigos de Jehová, en esto como en tantas otras cosas, han llevado hasta el extremo la aplicación de estos principios del protestantismo; ni siquiera tienen templos sino “Salones del Reino”. El acto del culto —La Santa Cena que los protestantes celebran cada mes—, los testigos no lo celebran sino una vez al año con el nombre de “memorial”, y en él de hecho toman parte pocas personas, cuantas menos mejor, porque es privilegio de los 144.000, de los cuales quedan en la tierra ya muy pocos...

## La Biblia y el protestante

Son varios los autores que han hecho notar esta contradicción del sistema teológico y doctrinal del protestantismo. Ellos quisieran ir, con el más depurado anhelo, directamente a Cristo, sin intermediario alguno. Pero continuamente invocan como camino para Cristo, la Biblia, Libro Sagrado, pero al fin, libro material. Recurren a la Palabra de Dios que hallan en ese Libro Santo, pero que es la Palabra de Dios expresada en palabras humanas, cristalizada en sonidos del lenguaje humano, en un idioma concreto, escrito por un autor, o mejor dicho muchos autores humanos de épocas diversas, de culturas distintas y de variadas psicologías.

¿Se ha reflexionado suficientemente en lo que significa que Dios haya asumido la *palabra humana* para que sea *Palabra de Dios*? Al fin y al cabo, la Biblia no ha caído del cielo ni ha sido escrita directamente por Dios.

La palabra del hombre —Isaías, Moisés, David, Pablo, Juan— es ahora Palabra de Dios. La Palabra hablada del hombre —sonido, vibración de aire, en su más pura realidad— que golpea los oídos de otros hombres, es Palabra de Dios. La Palabra escrita —trazos materiales hechos sobre el papiro o el pergamino, o el papel, con tinta material— es ahora Escritura, Palabra de Dios.

La palabra humana, asumida a ser Palabra de Dios, anticipa la Encarnación del Hijo de Dios en carne mortal: Dios verdadero y hombre verdadero. Sacramento de Dios en el mundo. Anticipa también los sacramentos de la Nueva Alianza: realidades externas, materiales, pero convertidas, por el querer de Dios, en vehículo de los bienes sobrenaturales.

Ese libro que no ha caído de los cielos, sino que ha surgido en las manos de los hombres —bien que inspirados por Dios— se ha convertido para nuestros hermanos protestantes en el instrumento de salvación. Ese libro es el verdadero “sacramento” del protestante<sup>34</sup>.

34. “La Palabra de Dios —dice Lutero— es el Santuario que está por encima de todos los demás; de hecho, el único santuario del cristiano... La palabra de Dios es el tesoro que santifica todas las cosas. Una persona que en cualquier momento hace uso de la Palabra de Dios, la predica, lee, escucha o medita..., puede decirse que en aquellos instantes queda santificada” (*Catecismo mayor*, III, 91).

Porque, ¿qué es un sacramento? Es ante todo una cosa externa, una cosa material, pero orientada hacia una eficacia salvadora que en esa cosa externa se representa y se significa. El *agua* convertida en símbolo de purificación interior, no es puro símbolo sino que tiene la capacidad *de lavar, no las manchas corporales sino de obtenernos de Dios una conciencia pura*, tal como nos enseñó san Pedro que era el Bautismo (Cf. 1P 3, 20-21).

## El culto externo

Nuestros hermanos protestantes suelen repetir a cada paso el texto de san Juan que habla de “adorar al Padre en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23).

Y creen, siguiendo no a los Apóstoles sino a Calvino, que eso significa despojar el culto de sus elementos externos, negar los sacramentos, eliminar las imágenes y quedarse sólo con la Biblia. Los Apóstoles, repetimos, y los primeros cristianos no lo entendieron así.

Eso iría contra la naturaleza misma del hombre. El ser humano —dotado de materia y espíritu, compuesto de cuerpo y alma— necesita de las cosas materiales para subir a lo más espiritual; no puede prescindir de las cosas que llegan por los sentidos corporales, sino que son éstas precisamente el camino de las cimas más altas de espiritualidad que quiere alcanzar.

A esto se añade que si la religión y el culto tributado a Dios han de ser la entrega que el hombre haga de todo su ser al Hacedor de todo, necesita poner al servicio de Dios también las cosas materiales. El, como rey de la creación, presta una voz a todo y es capaz de recogerlo todo en sus manos para ponerlo al servicio de Dios y volcarlo como un homenaje total ante el Creador.

## La ley de la encarnación

Este es el significado pleno del cristianismo: que es la religión del *Verbo hecho carne* y de los hombres, no la religión de los ángeles sin cuerpo ni materia.

Por eso el mismo protestante, si quiere permanecer en la tierra, no ha podido prescindir del concepto de sacramento, y ha hecho del Libro Sagrado su gran sacramento de salvación<sup>35</sup>.

35. Repitémoslo: sacramento es un don divino de salvación, otorgado a través de una forma visible y palpable que concretiza este don. Por eso, decimos

Cristo, al asumir la materia y hacerse hombre, ha dignificado la materia hasta el punto de convertirla en el vehículo de su redención. Ya no es posible, entonces, prescindir de la materia, ni siquiera para la salvación.

Si esto escandaliza al protestante, es tan sólo porque no se ha puesto a reflexionar a fondo sobre la maravilla de transformación que sobre el mundo ha traído Jesucristo, el Hijo de Dios, por medio de su Encarnación.

En Cristo Jesús, la humanidad del Verbo —sí, esa humanidad material, hecha de carne, huesos, sangre, nervios— era el instrumento de la divinidad.

### Los milagros de Cristo

Así su voz, voz articulada y material, obraba milagros y sanaba. Jesús dice al funcionario que aboga por su hijo: “*Vete, que ya tu hijo está sano*” (Jn 4, 50)... y a la misma hora en que Jesús pronunciaba esa palabra, sanaba el niño por cuya salud había intercedido el padre del enfermo (Jn 4, 51-53).

¿Hemos reflexionado que Dios no tiene voz y que, por tanto, la voz de un hombre había obrado este milagro?<sup>36</sup>. Pero sigamos.

El contacto de sus manos devolvía la salud; solía tocar a los enfermos para sanarlos, y así pondera el Evangelio “*esos grandes*

que para nuestros hermanos protestantes, el Libro Sagrado, la Biblia, es un *sacramento*, en todo el rigor del término. Es un signo sensible, porque el Libro —incluso la palabra— es algo material, perceptible y externo; pero en este caso está dotado (por Dios) de una eficacia intrínseca sobrenatural, para iluminar, para convertir, para salvar. Si esto no es un “sacramento”, ¿qué es entonces? Oscar Cullmann, protestante luterano, lleno de entusiasmo exclama: “¡La palabra divina y los sacramentos; los dos grandes milagros presentes entre nosotros, hoy, en la Iglesia de Cristo!” (“*Estudios de Teología Bíblica*”, Ed. Studium, Madrid, 1973, p. 204). El gran autor ha percibido también el gran paralelismo entre la Biblia, Palabra de Dios, y los sacramentos de la Iglesia... ¡Qué difícil es esperar esto de nuestros protestantes de por acá!

36. Sí, no olvidamos que la humanidad de Cristo está “asumida” por el Verbo de Dios, y que en Jesucristo, aunque hay dos naturalezas, humana y divina, no hay sino una sola Persona del Verbo y a El se atribuyen todas las acciones. El es el único sujeto de atribución de éstas. Pero no, por eso, es menos real la naturaleza humana de Cristo. Jesucristo es, como afirmó Calcedonia, “perfecto Dios y perfecto hombre”.

*prodigios obrados por sus manos*” (Mc 6, 2). Mientras que Dios no tiene manos, ni cuerpo, ni puede tocar.

Su saliva, que era saliva auténtica, de hombre, sirvió para dar vista al ciego (Jn 9, 6-7), y también para darle voz y oído al sordomudo (Mc 7, 33-35); no vamos a pensar que se tratase de una saliva con nuevos componentes químicos dotados de especial eficacia curativa. Era simplemente que el Hijo de Dios la usaba como instrumento para conferir a los hombres sus beneficios.

### La sangre de cristo

Finalmente su sangre, verdadera, material; la sangre que recibiera de su Madre Santísima, la sangre que venía de generaciones, desde Abrahán y David, esa sangre fue la que nos redimió, la que nos purificó, la que nos santificó. Ahí están los textos de la Biblia, particularmente abundantes sobre este tema:

\* Dios “aplacado por la sangre de su cruz”  
(Col 1, 20).

\* “La sangre de su Hijo nos purifica de todo pecado”...  
(1Jn 1, 7).

\* “La sangre de Cristo purifica nuestras conciencias”  
(Hb 9, 14).

\* “El que nos ama y nos rescató de los pecados con su sangre”  
(Ap 1, 5).

¿Cómo, pues, asustarnos o extrañarnos de que Cristo haya querido prolongar esta elevación del mundo material dando al agua sacramental, por ejemplo, y a los demás símbolos sacramentales, un poder inaudito, haciéndolos vehículos de la salvación sobrenatural?

Hay, en consecuencia, un paralelismo impresionante entre los milagros que Cristo obró en su vida mortal y los sacramentos eficaces que El, ahora glorificado, confiere a los hombres para su salvación. Los sacramentos también son acciones de Cristo Salvador.

## El mundo material

Una vez aceptada la Encarnación, esta consecuencia fluye espontánea. Sólo quien no comprenda lo que es la Encarnación podrá rechazar esto. El Verbo de Dios, al asumir la naturaleza humana y hacerse hombre verdadero y perfecto, ha elevado la naturaleza material. También aquí se ha obrado la Redención. Los elementos materiales, que habían sido sojuzgados por el pecado del hombre, son ahora paulatinamente liberados por la Redención de Cristo, según nos explica san Pablo.

“Porque la creación quedó sujeta a la vanidad, no voluntariamente, sino a causa del que la sometió; pero con una esperanza: ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloria de los Hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera gime y sufre como con dolores de parto... anhelando que se realice la redención de nuestro cuerpo...”  
(Rm 8, 20-23).

## La redención de la materia

Hay ahora, con la Redención de Cristo —desde su misma Encarnación, pero sobre todo a partir de la Resurrección y del don del Espíritu Santo—: una vibración que estremece la naturaleza; un viento de renovación la sacude, porque ha entrado en una nueva fase la de su transformación o nueva creación<sup>37</sup>.

37. En un hermoso prefacio de Navidad canta la Iglesia:  
“En el misterio santo que hoy celebramos,  
Cristo, el Señor,  
sin dejar la Gloria del Padre,  
se hace presente entre nosotros de un modo nuevo:  
el que era invisible por su naturaleza  
se hace visible al adoptar la nuestra;  
el Eterno, engendrado antes del tiempo,  
comparte nuestra vida temporal  
para asumir en sí todo lo creado,  
para reconstruir todo lo que estaba caído

Dios y lo divino han invadido hoy a la humanidad: eso ha sido la Encarnación; de tal modo que su contacto material (aun el de la orla de su manto: Mc 5, 27-29), es fuente de bienes; y su sangre —¡Sangre de Dios!— nos redime y nos salva: ésa es la Redención.

Dios y lo divino invadiendo la materia y poniéndola al servicio de su Redención: eso son los sacramentos instituidos por Cristo.

Por eso ya no nos extrañaremos de que el agua, sí, el agua material, de pronto reciba atributos inesperados en el Bautismo:

“Y ahora, ¿qué te detiene?  
Bautízate y lava tus pecados”  
(Hch 22, 16),

se le dice a san Pablo.

Y san Pedro no retrocederá ni siquiera ante la expresión “*el bautismo ahora os SALVA*” (1P 3, 21). Esta es la expresión que escandaliza al protestante. El nos repetirá hasta la saciedad: sólo Dios salva. Pero lo que está en la Biblia no lo podemos borrar sólo porque no se acomode con nuestros prejuicios.

La creatura ha quedado asumida como colaboradora de Dios. Sí, es Dios, es Cristo, el único que salva. No lo vamos a negar; pero para ser coherentes con la totalidad de la enseñanza bíblica, diremos que “Cristo nos salva por medio del Bautismo”, según lo formula san Pablo (Tt 3, 5); que Dios ha querido salvarnos por medio de los sacramentos. Que no se trata de forjarnos una religión a nuestro gusto, sino de aceptar la religión como Cristo la ha hecho. Es la religión de Cristo la que nos hace cristianos, no nuestras teorías religiosas.

La humanidad de Cristo fue el instrumento de la Redención; por eso ha de ser considerada como el gran Sacramento; pero también están ahí los humildes granos de trigo, las gotas de agua, el vino, el aceite, que sirven —porque Dios así lo ha dispuesto— para nuestra purificación y renovación espiritual.

y restaurar de este modo el universo,  
para llamar de nuevo al Reino de los Cielos  
al hombre sumergido en el pecado”  
(*Prefacio de Navidad, II*).

## La Iglesia Sacramento de Cristo

Pero entre estas dos realidades, a saber, Cristo Redentor — Hombre verdadero y Dios verdadero— y los sacramentos —pobres símbolos materiales asumidos para ser instrumentos de la salvación comunicada a los hombres— se sitúa otra gran realidad complementaria. Es en el cuerpo místico de Cristo en donde los hombres, como miembros, forman esa maravilla de un organismo único y singular en el que Cristo es la cabeza:

“Vosotros sois el cuerpo de Cristo  
y miembros suyos cada uno por su parte”  
(1Co 12, 27),

con todo el hermoso comentario, vivo, realista, que precede en el texto sagrado a esta afirmación sintética (1Co 12, 12-27).

O, como dice brevemente en otra parte:

“Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros,  
pero ninguno de éstos tiene idéntica función,  
así, nosotros, aun siendo muchos,  
somos un solo cuerpo en Cristo;  
pero, por lo que a cada uno respecta,  
los unos somos miembros de los otros”  
(Rm 12, 4-5).

Esta noción corporativa de nuestro ser de cristianos nos hará entender cuál es nuestra relación con Cristo, y nos indicará también cuál es nuestro modo de unión con El.

“Cristo es el Salvador de su Cuerpo,  
que es la Iglesia”  
(Ef 5, 23).

“El es la Cabeza del Cuerpo suyo,  
que es la Iglesia”  
(Col 1, 18).

El gran instrumento de salvación dejado en el mundo por Cristo Salvador es su Iglesia, como continuación suya, según ya dijimos en

un capítulo anterior. El llega al África y al Japón y a la India y a América, pero por los pies de los misioneros. El bautiza, pero por la mano de sus cristianos y sacerdotes. El perdona, sí, El mismo, pero por los labios y los gestos de sus sacerdotes.

El gran sacramento de salvación es su Iglesia. Tal como lo pregonará san Pablo en estas dos frases complementarias:

“Todo es obra de Dios,  
el cual nos reconcilió consigo por medio de Cristo;  
y a nosotros nos ha confiado el ministerio de la reconciliación”  
(2Co 5, 18).

No le quitamos nada a Dios si la salvación y la reconciliación, que sólo Dios otorga, pasa ahora a través de los hombres, a través de la Iglesia de Cristo. Los hombres son los instrumentos de la salvación en el plan de Dios.

Por eso en san Pablo encontramos esta frase dirigida a su discípulo Timoteo, ahora obispo de Asia Menor:

“Si así procedes —le dice—,  
te salvarás tú (gr. *seauton sôseis*)  
y salvarás a los que te escuchan”  
(1Tm 4, 16).

Ya entendemos lo que el apóstol quiere decir. Pero frente a quienes, para negar toda colaboración humana, nos repiten hasta la saciedad que “sólo Cristo salva”, no está por demás hacer oír estos textos hermosos de la Palabra de Dios que nos muestran que Cristo mismo ha querido asociar a los hombres como colaboradores suyos en la gran empresa de salvar a los hombres.

Tal es, en efecto, la fórmula que emplea el mismo san Pablo:

“Somos colaboradores de Dios,  
al paso que vosotros sois la labranza de Dios  
y el edificio de Dios”  
(1Co 3, 9).

No hay remedio: si queremos aceptar la **Biblia completa**, la Biblia de Dios en su integridad, tenemos ahí esas claras verdades que jamás debemos desechar.

Cristo, el único Salvador

Pero, para no hacer a la Escritura incoherente, debemos tratar de organizar todos estos datos: Cristo el único Salvador, sacramentos que salvan, hombres que salvan.

Ahí es donde aparece luminosa la doctrina católica: no reconoce sino un Salvador: Cristo, y, en esto, con el mismo énfasis que el hombre evangélico, recogerá la enseñanza que le ha dejado el apóstol san Pedro:

“Que no existe bajo la capa del cielo  
ningún otro Nombre por el cual podamos salvarnos”  
(Hch 4, 12),

sino tan sólo el Nombre bendito de Cristo.

Pero ve en la Iglesia, sí, en esta Iglesia de hombres, el gran instrumento de salvación ideado por Cristo. La Iglesia, prolongación de Cristo a través de los siglos, que merece llamarse por igual “*Iglesia de Dios*” (Cf. Hch 20, 28) y también “*Iglesia de Cristo*” (Cf. Mt 16, 18). Cristo y la Iglesia inseparables, como son inseparables el cuerpo y la cabeza (Col 1, 18; 2, 19; Ef 4, 15ss.). La Iglesia, así como es ahora, con sus defectos y todo (Mt 13, 40-44. 47-50); pero destinada a presentarse un día ante su Esposo, Cristo, “*sin mancha ni arruga*” (Ef 5, 27), “*vestida del lino brillante, puro, que son las obras justas de los santos*”, según la grandiosa visión del Apocalipsis (Ap 19, 7-8).

Las acciones santificadoras de la Iglesia, mediante las cuales cumple su misión ante los hombres, no son tan sólo la predicación y la palabra. Hemos de reconocer además que toda la vida cristiana gira en torno a los sacramentos<sup>38</sup>.

38. Nos enseña el Concilio Vaticano II: “Tal como Cristo fue enviado por el Padre, así también El envió a los Apóstoles” (Jn 20, 21; 17, 18), llenos del Espíritu Santo; no sólo para que, “predicando el Evangelio a toda creatura” (Cf. Mc 16, 15) anunciaran que el Hijo de Dios, con su muerte y Resurrección, nos ha librado del poder de Satanás (Cf. Hch 26, 18), y de la muerte nos ha trasladado al Reino del Padre, sino también para que, por medio del sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica, realizaran la obra de salvación que pregonaban” (S.C., n. 6).

Las obras de Cristo

Los sacramentos son, al mismo tiempo, las obras santificadoras que El realiza por medio de su Iglesia, por medio de los hombres que El mismo ha escogido (Ef 4, 11.12), a los que El mismo ha investido de sus poderes (Mt 28, 18-20; Mc 16, 10-16).

Los sacramentos prolongan, en la etapa de la Iglesia —el tiempo de la Iglesia va entre la Ascensión de Cristo y su segunda venida— los milagros de Cristo; pero elevados al orden sobrenatural, para comunicar la salvación que Cristo realizó. Por eso decimos: ahora la Iglesia es el rostro de Cristo ante los hombres, o bien, la Iglesia es el gran instrumento de salvación del cual ahora se sirve Cristo para hacer llegar a los hombres su Redención.

Los sacramentos, por tanto, lejos de separarnos de Cristo, nos ponen más bien en contacto con El. Cristo quiere ahora obrar en nosotros precisamente por medio de los sacramentos. Durante su vida mortal tocó a los enfermos con sus manos, con su saliva, con su cuerpo. Ahora toca a los hombres por medio de los sacramentos sirviéndose de los que son miembros suyos (Cf. 1Co 12, 27; Rm 12, 5).

Resumiendo y completando el panorama total diremos:

Cristo sacramento de Dios

En la revelación trinitaria —cumbre del Nuevo Testamento— el Hijo es la imagen del Padre. Como dijo san Pablo: “*El es la imagen de Dios invisible*” (Col 1, 15) y, con expresión similar, el autor de la Carta a los hebreos: “*Resplandor de su gloria, impronta de su esencia*” (Hb 1, 3). Los términos son un tanto abstractos; valdrá la pena recurrir a otra traducción, en busca de un suplemento de luz. La traducción ecuménica dice que el Hijo es “*el reflejo de su Gloria, impronta de su ser*”... Fuenterrabía: “*Irradiación de su Gloria, imagen de su ser*”.

En cualquier traducción, lo que estas expresiones quieren es subrayar que el Hijo de Dios es la reproducción exacta de Dios Padre, y su manifestación exterior, como una imagen, como un espejo (irradiación reflejo, imagen); o como cuando un sello se imprime y deja una impronta. En este sentido, siendo externo y manifestación de un bien interior o invisible, con razón se dice que el Hijo es el sacramento de Dios Padre<sup>39</sup>.

39. Ya se entiende que con esto no queremos añadir más sacramentos a los siete que conocemos. Cuando decimos que Cristo es el *Sacramento el Padre*

El nos da a conocer al Padre invisible y por eso El es el sacramento de la revelación de Dios, porque,

“a Dios nadie le ha visto jamás,  
pero el Dios Unigénito que está en el seno del Padre,  
El nos lo ha dado a conocer”  
(Jn 1, 18).

Tanto que Cristo decía a sus Apóstoles:

“El que me ve a mí ve al Padre”  
(Jn 14, 9).

Por eso conocer a Cristo es conocer al único Dios verdadero y eso constituye la vida eterna (Cf. Jn 17, 3).

Y no sólo la revelación. Cristo es además el sacramento del amor de Dios. El es, en efecto, la manifestación externa, visible, de este amor que es de suyo un don invisible. Así nos dirá:

“Tanto ha amado Dios al mundo  
que le ha dado a su Hijo único”  
(Jn 3, 16).

“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene:  
en que Dios envió a su Hijo único  
para que vivamos por medio de El”  
(1Jn 4, 9).

Sobre todo, Cristo en la cruz es el monumento más deslumbrador del amor de Dios a los hombres:

o que la Iglesia es el *Sacramento de Cristo*, lo que queremos subrayar es que la fuente u origen de todos los sacramentos de la Iglesia está en Dios y en Cristo Salvador; pero que la salvación que Cristo nos da pasa —porque El así lo ha querido— por la Iglesia. La Iglesia es la manifestación externa de la voluntad salvadora de Cristo; tal como Cristo y su sacratísima humanidad es la manifestación externa y el vehículo de salvación que Dios quiere procurar a los hombres. Por eso suele decirse que Cristo es el *Gran Sacramento*, o el sacramento primordial, y la Iglesia el *Protosacramento*, de donde derivan los siete sacramentos que conocemos.

“Lo que más hace brillar el amor de Dios para con nosotros es que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros”  
(Rm 5, 8).

Cristo es, por tanto, el sacramento del amor de Dios. A través de Cristo llega hasta los hombres el amor de Dios, ese amor que colmaba al Hijo desde antes de la fundación del mundo (Cf. Jn 17, 24), es el mismo que se manifiesta en Cristo y llega, por medio de El, hasta nosotros.

“Para que el amor con que me has amado  
esté en ellos, como yo estoy en ellos”  
(Jn 17, 26).

Así podríamos seguir enumerando. Pero ya sabemos: los bienes de Dios a los hombres, la gracia, la fe, el perdón, la salvación, la vida eterna, se manifiestan en Cristo y llegan a los hombres a través de Cristo. El es el único camino entre Dios y los hombres:

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida:  
nadie puede ir al Padre sino por mí”  
(Jn 14, 6).

De Cristo a la Iglesia

De este mismo modo la Iglesia es ahora el sacramento de Cristo: es una manifestación externa; porque es su cuerpo, y es también el vehículo por donde a los hombres llega la gracia, el amor, la verdad, el perdón, la justificación y la Redención de Cristo.

\* “Tal como mi Padre me envió a mí,  
así yo os envío a vosotros”  
(Jn 20, 21);

\* “El que a vosotros oye, a mí me oye,  
el que a vosotros rechaza, a mí me rechaza,  
y el que me rechaza a mí, rechaza a Aquel que me envió”  
(Lc 10, 16);

\* A quienes perdonéis los pecados,  
les quedan perdonados  
y a quienes los retengáis,  
les quedan retenidos”  
(Jn 20, 23).

Los sacramentos de la Iglesia son las acciones salvadoras que Cristo ejecuta por medio de su Iglesia en favor de los hombres, para hacer que hasta ellos llegue su gracia, su Redención.

### La presencia de Cristo

Vale la pena destacar la presencia de Cristo en los sacramentos, porque es necesario que todos los que nos llamamos cristianos comprendamos que Cristo será encontrado en los sacramentos, que con Cristo nos unimos por medio de los sacramentos. Tal es la enseñanza de la Biblia.

Ya hemos citado el texto, enfático y decisivo, de san Pablo, en que hablando de la Eucaristía nos dice:

“El cáliz de bendición que bendecimos,  
¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?  
El pan que partimos,  
¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo?”  
(1Co 10, 16).

La enseñanza es clara y terminante: el encuentro con la sangre de Cristo que me ha de purificar y salvar se realiza, para mí, en el sacramento de la Eucaristía. El encuentro, si se quiere, la unión (o comunión) con el cuerpo de Cristo, para que sea yo miembro suyo y forme una sola cosa con El, se realiza para mí en la Eucaristía o pan eucarístico.

Jesús nos ha enseñado que: “Separados de El no podemos hacer nada” (Jn 15, 5), con frases de una fuerza y exclusivismo tajantes:

“El que no permanece en mí, es arrojado fuera,  
como el sarmiento, y se seca;  
los reúnen y echan al fuego, y se queman”  
(Jn 15, 6).

Si hemos de dar algún fruto, ya sabemos que la condición indispensable es estar unidos a Cristo:

“Permaneced en mí como yo en vosotros;  
como el sarmiento no puede dar fruto  
por sí mismo,  
si no permanece en la vid,  
así tampoco vosotros,  
si no permanecéis en mí”  
(Jn 15, 4).

Pero es el propio Jesús quien nos ha enseñado que esta unión se realiza en el sacramento. Allí es donde encontramos a Cristo para unirnos y permanecer en El y lograr estos frutos prometidos:

“El que come mi carne y bebe mi sangre,  
en mí permanece y yo en él.  
Como yo vivo del Padre...  
así el que me come, también él, vivirá de mí”  
(Jn 6, 56-57).

No lo podemos dudar: la vida divina viene a nosotros mediante el sacramento. El modo de unirnos a Cristo y permanecer en El es la Eucaristía. Ella realiza la maravilla de hacer que Cristo venga a nosotros y permanezca en nosotros.

### La muerte de Cristo

Sabemos que sólo la muerte y resurrección de Cristo nos salvan. Querer atribuir la salvación a otro distinto de Cristo, sería agraviarlo a El. Poner nuestra confianza para la salvación en cualquier otra “cosa distinta” de Cristo, sería renegar del verdadero cristianismo. En esto tiene plena razón el hermano protestante —hemos de repetirlo con toda lealtad— al subrayar este aspecto.

Pero, por lo visto, el protestante parece ignorar que los sacramentos me acercan y ponen a mi alcance esa muerte salvadora de Cristo. Así nos lo dice san Pablo a propósito del Bautismo:

“O ¿es que ignoráis  
que cuantos fuimos sumergidos  
por el bautismo en Cristo Jesús,

fue en su muerte donde fuimos sumergidos?  
Pues, por medio del bautismo,  
fuimos juntamente con El sepultados  
en su muerte...”  
(Rm 6, 3-4).

No nos proponemos recoger todos los textos que nos hablan sobre el Bautismo en el Nuevo Testamento, que son abundantes, tratándose de un tema capital de la religión cristiana. Tampoco nos proponemos enumerar todos los efectos y las excelencias del Bautismo; pero para mostrar que es por medio del Bautismo como el cristiano se une a la muerte de Cristo y a Cristo mismo, ahí está el texto transcrito.

Se podría añadir el texto del mismo Pablo sobre el cuerpo místico de Cristo:

“Todos hemos sido bautizados  
en un mismo Espíritu  
para no formar más que un cuerpo...  
Vosotros sois el cuerpo de Cristo  
y miembros suyos cada uno por su parte”  
(1Co 12, 13.27).

Pero hay un texto especial en el mismo Pablo, que establece una aproximación entre la muerte de Cristo y el sacramento.

Si Cristo ha muerto, ha sido para salvarnos con esa muerte redentora que para el cristiano constituye la seguridad y la confianza total. San Pablo da un giro particular al problema y nos dice que si Cristo se entregó a la muerte fue para poder purificar a su Iglesia en el Bautismo. Esos dos acontecimientos distantes (Muerte de Cristo - Bautismo cristiano), aproximados aquí en esta forma por san Pablo, nos dan la explicación más profunda de lo que es un sacramento: lo que hizo Cristo Salvador con su muerte, a mí ahora me llega mediante el sacramento.

“Cristo amó a su Iglesia  
y se entregó por ella,  
para santificarla,  
purificándola con el baño del agua,  
por la palabra”  
(Ef 5, 25-26).

El perdón de los pecados

Esta misma aproximación de los términos distantes realizada por el sacramento, la encontramos también a propósito del sacramento del perdón.

El suceso de Cristo, en la cruz, reconciliando al mundo con Dios, es de las cosas más grandiosas y sublimes. La frase paulina es, a este propósito, maravillosamente sugestiva y, como si lo hubiera realizado un gran pintor, nos pone ante un cuadro de severo colorido pero de potente evocación gráfica; así lo ve Pablo:

Cristo en la cruz, con los brazos extendidos, constituido en el “monumento de expiación” (Cf. Rm 3, 25):

“Dios estaba en Cristo  
reconciliando al mundo consigo...”  
(2Co 5, 19).

La reconciliación del hombre con Dios no es ya una abstracción, sino que se concretiza en esta realidad tangible que es Cristo en la cruz, realidad histórica y visible.

Pero ahí mismo está la frase que realiza el acercamiento a nosotros:

“Todo es obra de Dios,  
el cual nos reconcilió consigo por medio de Cristo,  
pero a nosotros nos ha confiado el ministerio de reconciliación”  
(2Co 5, 18).

El texto griego original tiene una fuerza especial al juntar, en una construcción paralela, dos participios en el mismo tiempo (aoristo), las dos acciones de Dios.

Dios que nos reconcilia...  
Dios que nos da el ministerio de reconciliación.

Ya sabemos que el primero pertenece al pasado: es la cruz de Cristo, y el segundo al presente: la actividad de la Iglesia frente al mundo... Pero el puente es precisamente el sacramento de la Iglesia que acerca para mí y pone a mi alcance la reconciliación que obró Cristo en la cruz. La Iglesia es el signo visible de la gracia, de la reconciliación presente en el mundo. La Iglesia es hoy, para todos los siglos, la presencia activa de la salvación y del perdón en el mundo. Porque Cristo dio a los suyos tal poder:

“A quienes perdonéis los pecados  
les quedan perdonados,  
a quienes se los retengáis,  
les quedan retenidos”  
(Jn 20, 23)<sup>40</sup>.

O como dijo el mismo Cristo con fórmula semejante:

“Todo lo que atéis en la tierra,  
quedara atado en el cielo,  
y lo que desatéis en la tierra,  
quedara desatado en el cielo”  
(Mt 18, 18).

Dios se compromete a dar por bueno en el cielo aquello que su Iglesia (sus ministros) dictamine aquí en la tierra. Aquí las distancias también se borran entre el cielo y la tierra mediante el sacramento.

La Iglesia (el sacramento) ha hecho el prodigio de acercar para mí el juicio, la sentencia (de salvación y perdón) de Dios.

Nos hemos detenido en tan sólo tres sacramentos. Podríamos también sobre los otros sacramentos hacer el mismo análisis teológico. Pero no hace falta; sobre todo si tenemos en cuenta que la doctrina de la Iglesia no atribuye una misma importancia a todos los sacramentos, al igual que tampoco la Biblia les da la misma importancia<sup>41</sup>.

40. Da pena escuchar en la HCJB a individuos como Francisco Cook, y a otros, frente a este texto de nuestro *Señor Jesucristo que afirma*, oponer la frase de los fariseos que niegan: “¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?” (Mc 2, 7; Lc 5, 21). De modo que ellos, entre la negación de los fariseos y la afirmación de Cristo, escogen el rechazo y la negación de los fariseos. En el mismo episodio evangélico, que es el de la curación del paralítico de Cafarnaúm, san Mateo nos enseñó a concluir esta narración “*alabando a Dios porque ha dado esta potestad a los hombres*” (Mt 9, 8).

41. La Iglesia nos enseña que los sacramentos más importantes son dos: el Bautismo y la Eucaristía, los mismos que san Juan simbolizaba cuando nos dice que del costado del Señor, herido por una lanza, brotó *sangre y agua*. El *agua* alude al Bautismo; la *sangre* a la Eucaristía (Cf. Jn 19, 34). Protestante es Culmann, pero no tiene dificultad en subrayar en este pasaje de san Juan los dos sacramentos. Igual interpretación da Bultmann y también Goguel. Los tres son protestantes. Hemos de indicar asimismo que todos los sacramentos se ordenan a la Eucaristía (Véase, Sto. Tomás, *Sum. Theol.* III, q. 65, a. 3).

Después de esta presentación general, creemos tener derecho a calificar de fútiles y superficiales los argumentos que ordinariamente alegan nuestros hermanos protestantes para negar la eficacia de los sacramentos o la mediación (sacramental) de la Iglesia.

La fe y las obras

A veces encontramos en ellos el tema de *la fe y las obras* aplicado a los sacramentos. Esto quiere decir, según ellos, que es la fe en Cristo la que salva y no los sacramentos. Pero esto es desconocer la recta doctrina (católica) de los sacramentos. Porque precisamente los sacramentos son acciones de fe.

Los sacramentos no son ritos mágicos, sino acciones que se basan en la fe. Aislados de la fe carecen completamente de eficacia. El más grande e importante de los sacramentos, el sacramento de la Eucaristía —llamado a veces el Santísimo Sacramento— es designado también con el nombre de “misterio de fe”.

Cuando Cristo habló de él ante los judíos, cuando lo expuso en su discurso del Pan de Vida, “*predicando en la sinagoga de Cafarnaúm*, (Jn 6, 59), su exposición comprendió dos partes: la primera en torno al misterio de su *Encarnación* y su origen celeste, y exigió *la fe* como indispensable condición. Sólo mediante la fe uno podía acercarse realmente a El. Muchos estaban a su alrededor; sólo los que tenían fe y creían en El se habían acercado en verdad: a ellos Cristo les prometía la vida eterna (Jn 6, 35-47).

Pero luego, dando un paso más, mostraba cómo la Encarnación no llegaba a su plenitud salvadora para los hombres sino mediante el sacramento de la *Eucaristía*: sobre la base de creer y de recibirle por la fe, había “que comer su carne y beber su sangre para tener vida”:

“Si no coméis la carne del Hijo del Hombre,  
si no bebéis su sangre,  
no tenéis vida en vosotros”  
(Jn 6, 53).

La fe entonces era tan sólo el camino, el paso previo, que conducía al sacramento (Jn 6, 51-58).

Igual cosa a propósito del Bautismo, puerta de todos los sacramentos y de la vida cristiana:

“Id por todo el mundo  
y predicad el Evangelio a toda creatura.  
El que creyere y se bautizare se salvará;  
pero el que no creyere, se condenará”  
(Mc 16, 15-16).

Mientras que para la salvación el protestante cree poder contentarse con la fe, Cristo nuestro Señor pone dos requisitos: *la fe y el sacramento*, el creer y el Bautismo.

Sí, el protestante cree aquí poder triunfar, porque los niños que en la Iglesia Católica se bautizan no pueden todavía creer, y, según la exigencia de Cristo, hace falta primero creer antes de recibir el Bautismo. De momento contentémonos con haber asentado que la fe, también aquí, es paso previo para el sacramento:

“El que creyere y se bautizare, se salvará”.

En el sacramento no obran fuerzas impersonales: es la fe misma la que se realiza y llega a su plenitud. Porque el sacramento es el lugar del encuentro con Cristo. La fe es la actitud vital, existencial, que totaliza la actitud religiosa del hombre frente a Dios.

Desfigura el sacramento quien no ve en él el punto de encuentro con Cristo Salvador. Así lo ha querido El, asumiendo la naturaleza material para hacerla vehículo de su gracia y redención.

Por eso el tema de *la fe y las obras* que trató san Pablo en sus epístolas no tiene nada que ver aquí. San Pablo contraponía las *obras legales* del judaísmo, con la *fe cristiana*, y para El era otro modo de decirnos que no es el judaísmo (la ley) el que salva, sino Cristo (el cristianismo, la fe cristiana). Subrayaba también la justificación gratuita, obra exclusiva de Dios (Rm 3, 27; 4, 4s.; 1Co 1, 30s.; Ga 6, 14; Ef 2, 8s.).

El sacramento frente a las obras

Hay incluso un pasaje notable, del propio san Pablo, que dice en forma explícita: Dios nos ha salvado, no por las obras, sino por medio del Bautismo. El Bautismo, “*el lavamiento de regeneración*”, es precisamente la manifestación más deslumbrante de la *gratuidad de la salvación*. Véase el texto:

“Dios nuestro Salvador,  
en su amor por la humanidad,  
nos ha salvado,  
no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho,  
sino según su misericordia,  
por medio del baño de regeneración  
y renovación del Espíritu Santo”  
(Tt 3, 4-5).

Este era el gran concepto que tenía san Pablo; desde entonces se ve bien distinto del que alegan nuestros hermanos protestantes. De paso, san Pablo nos habla del nuevo nacimiento (o regeneración), atribuyéndolo, como en san Juan, al Bautismo.

“El que no naciere del agua y del Espíritu  
no puede ver el Reino de Dios”  
(Jn 3, 5).

El agua y el Espíritu Santo

Nos dice asimismo que al nuevo nacimiento sigue la renovación interior que obra en el alma el Espíritu Santo. Es, precisamente, el Santo Espíritu el que hace que el Bautismo sea cristiano y produzca los efectos salvadores de transformación. Sólo el agua no es Bautismo; sólo el Espíritu tampoco; el agua más el Espíritu Santo, eso es el Bautismo cristiano<sup>42</sup>, y el nacer del Espíritu es lo que nos hace hijos de Dios y nos obtiene la salvación, al como afirma san Pablo en este texto: “Dios nos ha salvado mediante el Bautismo” Es bondad suya, es misericordia suya, y procede de Jesucristo nuestro divino Salvador; así “quedamos justificados por su gracia y llegamos a ser herederos de la vida eterna” (Tt 3, 6-7).

42. El término de *baño o lavamiento*, aplicado al Bautismo, se encuentra también en Ef 5, 26. En otros pasajes aparecen términos análogos, como en 1Co 6, 11: “Fuisteis *lavados*..., fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”. Y ya hemos encontrado el célebre texto sintético: “*Bautízate y lava tus pecados...*” (Hch 22, 16). Por eso rechazaremos, como una deformación de la sana doctrina del Evangelio, la afirmación de Luis Palau que nos dice: “El bautismo sólo moja el cuerpo”. No; el agua sólo moja el cuerpo, sí. Pero el *Bautismo*, el Bautismo cristiano, mojando el cuerpo, lava el alma y transforma el ser, mediante la acción del Espíritu Santo.

Los principales efectos del Bautismo quedan así nítidamente destacados por san Pablo, encuadrados dentro de la actividad salvadora de las tres divinas Personas. El Bautismo es esencialmente la consagración trinitaria del cristiano:

Dios (Padre) nuestro Salvador... nos ha salvado (v. 4),  
por medio del baño de... renovación del Espíritu Santo (v. 5),  
que derramó por medio de Jesucristo, nuestro Salvador (v. 6).

Concluimos, pues, que el tema de la fe y las obras no viene al caso aquí. Incluso la gratuidad del sacramento es precisamente una aplicación, si se quiere, de esta doctrina.

La salvación que viene de Dios

El protestante quería subrayar que la salvación no es obra mía sino obra de Dios. Tiene toda la razón. Pero ahí está el sacramento que todo él es obra de Dios<sup>43</sup>. Don gratuito concedido a los hombres. El sacramento en ningún caso puede ser considerado como obra mía. En cambio, puede y debe ser considerado como obra de Dios y de Cristo Salvador. Puede y debe considerarse también como obra de la Iglesia, en cuanto la Iglesia es el instrumento de salvación establecido por Cristo, el Cuerpo de Cristo que prolonga a través del tiempo y de los siglos, a través del mundo, la salvación de Cristo.

El sacramento presentado como obra mía sería una deformación de la doctrina de la Iglesia. Sí, se requiere la fe: pero ya sabemos que ésta no es sino el paso previo, aunque indispensable. Se requieren ciertas disposiciones, pero éstas no son todavía el don salvador exclusivo de Dios que, como soberano, da gratuitamente por medio de la Iglesia, suprema mediación suya.

43. Esto era lo que quería indicar la teología católica cuando hablaba de la eficacia de los sacramentos "*ex opere operato*". Los protestantes reaccionaron contra este concepto que parecía que dejaba a Dios a merced y disposición del hombre, encerrado en un sistema ritual del cual podían disponer los sacerdotes a su arbitrio contra moneda contante (Cf. L. Bouyer, *Palabra, Iglesia y Sacramentos*, DDB, 1966). Pero no tenían razón: con esa fórmula se quería tan sólo subrayar la gratuidad del beneficio de Dios y en eso estábamos de acuerdo con los reformados.

## Capítulo X

# FUNDAMENTOS DOCTRINALES DEL CULTO A MARIA

## 1. Introducción

Un teólogo contemporáneo, al hablar de la Virgen Santísima comienza su exposición con esta gozosa fantasía.

“Supongamos que un hombre de Nazaret hubiera detenido, en la callejuela que conducía a la fuente, a una de esas jovencitas, portadoras de ánforas y le hubiera dicho: «¿Ves a esa mujer, María, a quien tú conoces, la esposa de José, el carpintero? Pues bien, yo te garantizo que es la criatura humana más amada de Dios. Después de su muerte, será la Reina del cielo. Dentro de algunos siglos, millones de hombres, discípulos de su Hijo, le suplicarán de rodillas. En el mundo entero habrá templos construidos en su honor, millones de hombres la invocarán llamándola ‘Madre mía’ y la amarán más que a su propia madre».

La joven nazarena, portadora del ánfora, habría abierto grandes ojos de sorpresa e incredulidad. Y naturalmente se habría convencido de que quien así le hablaba era un loco, y después de reírse con risa franca e ingenua, la portadora del ánfora habría continuado su camino hacia la fuente”<sup>44</sup>.

44. SALET GASTON, *Les richesses du Dogme chrétien*, traducido del francés: *Las riquezas del dogma cristiano*, Ed. Paulinas, Madrid, 1958, p. 183.

Sí, es una fantasía. Pero esta fantasía puede ilustrarnos muy bien acerca de lo que fue María: una humilde mujer del pueblo, en poco o en nada diferente a las demás mujeres de Israel. Pero entonces se agranda la paradoja al verla ahora encumbrada en la gloria. El poco espacio que ocupó en este mundo en su vida terrena y la ancha e inconmensurable posición que tiene en el cielo y en la Iglesia santa de Dios.

Bien sabemos que Dios tiene otros parámetros para valorar las cosas, y ya Pablo nos amonestó a pensar así:

“Lo necio del mundo lo escogió Dios, para humillar a lo sabio; lo débil del mundo lo escogió Dios, para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, lo escogió Dios; y lo que no existe, para anular lo que existe: de modo que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios”  
(1Co 1, 27-29).

Este es el proceder ordinario de Dios. Pero a nosotros nos cuesta habituarnos a él, aunque a cada instante a lo largo de los siglos lo veamos repetido en mayor o menor grado.

Convocados aquí para reflexionar sobre María y sobre el puesto que ocupa en nuestro cristianismo, debemos detenernos ante esta paradoja. Debemos también preguntarnos cómo junto a la fe desbordante de nuestro pueblo, hay actitudes de distanciamiento o incluso de rechazo que otros oponen a nuestra devoción a María.

## 2. La crisis que ha sobrevivido

Desde dos campos han llegado las arremetidas contra la devoción mariana, sobre puntos convergentes a veces, a veces diversos.

El primero y más claro es evidentemente el ataque protestante. El exclusivismo con que ellos proclaman: “Sólo Cristo”, tiene la punta de agresividad vuelta no solamente hacia la Iglesia, sino abiertamente hacia María. El protestante está persuadido de que todo lo que se da a María está robándose a Cristo. Añádase a esto que el exclusivismo bíblico, en que normalmente se encierra el protestante, parece eliminar también a la Virgen Santísima del horizonte teológico y del horizonte mismo de su vida cristiana.

Para completar esto, se alegrará el texto de 1Tm 2, 5 en que Pablo, manifiestamente se diría, excluye cualquier mediación que no sea la de Cristo:

“Ya que no hay sino un Dios,  
y uno es asimismo el mediador entre Dios y los hombres:  
el hombre Cristo Jesús”  
(1Tm 2, 5).

Casi no hace falta mencionar cómo a nivel popular el protestantismo desciende en la pendiente más bajo todavía y lastimosamente se dedica a denigrar cuanto puede a la Virgen Santísima: el elemento más socorrido seguramente es el de *los hermanos de Jesús*, mencionados en el Nuevo Testamento, que al protestante le da pie para negar la perpetua virginidad de María. Vendrá también el tema de las imágenes vedadas por Dios a los israelitas en el Antiguo Testamento, que les sirve igualmente de pretexto para negar la legitimidad del culto tributado a María.

Pero no todo ha venido de fuera. Dentro de la misma Iglesia se han alzado voces, si no precisamente contra la devoción y el culto de la Virgen, sí ciertamente contra ciertas manifestaciones del mismo. ¿No se incurría a cada paso en excesos y exageraciones encomiásticas? ¿No se superaban los límites razonables con alegorías de todo tipo? El culto de la Virgen ¿no estaba hecho tan sólo de sentimentalismo? ¿No era la devoción a María refugio de todas las frustraciones de un infantilismo raquíptico, cuando no de un celibato exacerbado?

¿No se había separado el culto a María de su centro natural y de su razón de ser que es Cristo, dándole un carácter autónomo y válido por sí mismo?

A estos problemas quiso dar solución el texto del Concilio Vaticano II en lo que ahora forma el capítulo VIII de la *Lumen Gentium*.

En busca de su cercanía

Nuevas tendencias culturales en el mundo han creado una crisis en el culto a María. “Al cambiar las concepciones antropológicas entran en crisis los modelos y los esquemas representativos anteriores para crear otros nuevos en correspondencia con el nuevo horizonte cultural”, nos dice el papa Paulo VI.

¿Cómo negar que la devoción a la Virgen ya no atrae como antes y ya no significa para los fieles aquello que había significado en el pasado? Junto a núcleos de fieles apegados a sus formas tradicionales de devoción que no toleran que se les arrebatase lo que siem-

pre han tenido, surgen otros que cuestionan el pasado y quieren una revalorización más viva del puesto de María en el culto y una fundamentación más sólida de un tesoro que presienten que se les escapa de las manos.

Creemos que, tras ese eclipse que se produjo en la década de los años 60-70, se está produciendo como un redescubrimiento de María. Valores nuevos que antes no se habían destacado, ocupan ahora el primer plano en su devoción. Una atención que ya no se detiene tanto en los privilegios de que fue colmada y atiende más a su cercanía para con los hombres, subrayando su ser de mujer y de humanidad total como modelo que nos abre el camino en la peregrinación de la fe que corresponde a todos los creyentes.

Nuestro deseo sería hacer descender a María de la peana de honor en que la devoción popular la ha colocado y ponerla con toda reverencia a pisar la tierra e invitarla a caminar. Y entonces poder nosotros contemplarla en los múltiples caminos que recorrió en su vida como un ser vivo. Y poder entonces suplicarle que sea para nosotros un ejemplo de cercanía y que nos enseñe cómo recorrer nuestros caminos polvorientos, los caminos vecinales y los caminos provinciales; pero sobre todo los caminos del espíritu: los caminos de la política y la honradez; los caminos de la escuela y el respeto a la niñez; los caminos de la oficina, el taller, la fábrica y los caminos del esfuerzo y del trabajo. Los caminos del hogar y los caminos de la responsabilidad compartida y la educación de los hijos. Tal como ella lo hizo en su vida de Nazaret y Belén, Jerusalén y Egipto. Percibir su cercanía y su cotidianidad para que su voz resuene en nuestros oídos y la veamos real entre nosotros, mujer, hija de los hombres. Tal como vivió en Israel y tal como desfila por las páginas del Evangelio.

#### Relación con Cristo y con la Iglesia

Cuando queremos investigar a profundidad los fundamentos de la devoción a María, se nos presentan dos líneas de relación que la justifican, a saber: la relación que existe entre Cristo y María, y no menos la relación que existe entre María y la Iglesia.

Si el cristiano ama a Cristo, si sabe que El es su Maestro y Redentor hasta el punto que toda su vida cristiana depende de El, ¿cómo podría descuidar a quien El mismo escogió por Madre? ¿Cómo se podría prescindir de aquella mujer privilegiada que, históricamente

en la *plenitud de los tiempos* y en el centro de la historia, entregó a los hombres el Salvador del mundo?

El Concilio presenta la devoción mariana como una normal floración de la fe cristiana. Quien vive con seriedad su fe en Cristo, encuentra necesariamente a María y descubre el puesto que Cristo mismo le ha otorgado en la Historia de la Salvación.

Precisamente, porque amamos a Cristo nos interesamos por todo lo que tiene relación con El, y nadie jamás ha tenido una más íntima relación con el Señor Jesús que María, que fue realmente Madre suya y lo educó y crió y vivió en contacto con El por treinta años.

### 3. La Virgen María en la Biblia

Puede, entonces, extenderse el Concilio mostrándonos el papel que desempeña María prefigurada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, desempeñando una función innegable en aquella obra renovadora del mundo y de la historia que es la salvación que trae Cristo a la humanidad.

Florecen inesperadamente así en el texto conciliar algunos títulos ofrendados a la Virgen María que no se conocían en la piedad popular y que aun la mariología tradicional sólo esporádicamente había recogido. Títulos que un estudio bíblico reciente ha ido descubriendo a través de las páginas del Evangelio.

#### Hija de Sión

El Concilio llama a María “excelsa Hija de Sión”. Título frecuente en los profetas para designar a Jerusalén, ciudad asentada sobre el monte Sión. El título se extiende a veces al Pueblo todo de Israel, es decir, a la nación israelita en su conjunto. Así dirá Sofonías:

“Alégrate, hija de Sión,  
grita de júbilo, Israel,  
alégrate y gózate de todo corazón:  
el Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti...”  
(So 3, 14-16).

Del mismo modo el profeta Zacarías:

“Alégrate y goza, hija de Sión,  
que vengo a habitar dentro de ti, dice Yavé”  
(Za 2, 14).

Son anuncios que por siglos venían resonando, hasta que un día, en vez de ser mero anuncio y profecía proyectados hacia el porvenir, hiciéronse de pronto realidad actualizada en el presente, al vibrar en el aire estremecido de Nazaret el anuncio con que Gabriel saludaba a la Virgen María:

“Alégrate, llena de gracia,  
el Señor está contigo... No temas, María;  
en tu seno concebirás un hijo;  
será grande;  
el Señor Dios le dará el trono de David, su padre;  
reinará para siempre...”  
(Lc 1, 28-33).

La Palabra de Dios no se dirige aquí a la nación entera sino a la Virgen de Nazaret. Los siglos enteros de elegidos de Dios se condensan en una sola figura, porque ella sola personifica ahora al Pueblo de Dios. Como dice muy bien R. Laurentin: “La hija de Sión, personificación abstracta de Israel, viene a actualizarse en la persona de María que acoge la promesa mesiánica en nombre de Israel. La residencia de Yavé en la hija de Sión se actualiza en el misterio de la concepción virginal”<sup>45</sup>.

María acumula y condensa la esperanza de los siglos. María es la síntesis de todo el Antiguo Testamento. Condensando en su persona esta representación comunitaria, se convierte María en la fuente llena que devuelve a todos lo que en nombre de todos ha recibido.

Podemos decir que así lo ha entendido san Lucas y así nos ha querido presentar a María en su *Evangelio de la infancia* (Lc 1-2).

#### Arca de la Alianza

Ha dado un paso más y, después de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno purísimo de María, el autor sagrado se empeña en trasladar a María los elementos más sacrosantos del Pueblo de Israel,

45. *Structure et Théologie de Luc I-II*, Gabalda, París, 1957, p. 67.

como es el concepto mismo de Arca de la Alianza. “*Foederis Arca*” dice nuestro pueblo en las letanías lauretanas o, traducido al castellano, “Arca de la Alianza”, casi sin entender el profundo significado que en tal invocación se contiene.

El Arca era, como sabemos, el Santuario portátil de los hebreos en el desierto, en los tiempos de Moisés, y constituía para los israelitas peregrinantes en busca de la tierra prometida, el signo visible de la presencia de Dios (Nm 10, 35ss.; 1S 4, 3-7). Salomón con el grandioso templo que edificó para Dios hizo un albergue suntuoso y bello donde alojarla. Y allí quedó en lo más recóndito del santuario, en el Santo de los Santos, meta indispensable de los más solemnes sacrificios, símbolo palpable de lo que los rabinos judíos denominaron la “*shekináh*” o presencia de Dios en medio de su Pueblo.

\* \* \*

Podía el israelita gloriarse con razón:

“¿Hay alguna nación tan grande  
que tenga sus dioses tan cercanos  
como lo está Yavé, nuestro Dios,  
siempre que le invocamos?”  
(Dt 4, 7).

¿Qué diremos del Pueblo cristiano a quien Jesús, en el momento mismo de ausentarse, le decía:

“Y mirad que yo estoy con vosotros  
todos los días hasta el fin del mundo”  
(Mt 28, 20).

Y ¿no nos había dicho san Juan al hablarnos precisamente de la Encarnación:

“El Verbo se hizo carne  
y plantó entre nosotros su tienda  
y nosotros hemos visto su Gloria,  
Gloria que recibe el Unigénito del Padre”  
(Jn 1, 14).

Pues, ¿qué diremos sobre todo de María quien recibe en su seno al Hijo de Dios y se convierte en Santuario de la Divinidad?

San Lucas así lo ha entendido y, prolongando el lenguaje del Antiguo Testamento, nos presenta a María convertida ahora en el Arca de la Alianza, morada del Dios verdadero, encarnado en sus entrañas. Por eso nos dice que

“el Espíritu de Dios descansa sobre ella  
y el poder del Altísimo es como una nube que la cubre”  
(Cf. Lc 1, 35),

exactamente como

“la nube cubrió con su sombra el Tabernáculo y la Gloria  
de Yavé llenó la morada”  
(Ex 40, 35).

María queda consagrada y es ahora el Tabernáculo en que definitivamente se alberga la presencia de Dios entre los hombres.

\* \* \*

María corre presurosa a las montañas de Judea. Es el amor quien la empuja y el afán de servicio el que la lleva a casa de Isabel para servir a su anciana pañiente. Pero san Lucas teje un sinnúmero de alusiones con el vocabulario que empleaba el Antiguo Testamento cuando narra el traslado que del Arca hizo hacia las montañas de Judea el rey David. Gritos de júbilo, danzas, alegría, acompañan el Arca santa de Dios. María es igualmente acompañada por el gozo, la alegría y las exclamaciones de júbilo en casa de Isabel.

David, en el último instante, lleno de temor reverencial, no se atrevió a llevarse a su casa el Arca de Yavé, con la humilde exclamación:

“¿Cómo puede ser que el Arca del Señor  
venga a mi casa?”  
(2S 6, 9).

Isabel se hará eco del mismo sentimiento de humilde penetración del misterio y, con la misma actitud de reverencia, exclamará:

“¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor  
venga a mi casa?”  
(Lc 1, 43).

El Arca de la Alianza fue, en consecuencia, a casa de Obededón y permaneció allí tres meses (2S 6, 11). San Lucas aprovecha este dato, al parecer anodino, para lograr un paralelismo más con el caso de María y subrayar, una vez más, que María es ahora el Tabernáculo de la presencia de Dios entre los hombres y el Arca portadora de bendiciones para quienes la reciben:

“María permaneció con ella  
unos tres meses”  
(Lc 1, 56).

¿Queríamos saber quién es María? Pues ya lo sabemos. Guiados por la misma Palabra de Dios lo vamos descubriendo. Los textos bíblicos van ante nosotros desgranando ese rosario de elogios o, mejor, de profundas verdades sobre la Madre de Dios y nos dicen con cuánta razón hemos colocado a la Virgen de Nazaret en ese sitio de honor de nuestro corazón y en el culto de la Iglesia.

El saludo de María estremece a Juan en las entrañas de su madre Isabel (Lc 1, 44), y en ese instante Juan queda lleno del Espíritu, tal como de él había anunciado el ángel a Zacarías su padre (Lc 1, 15), y es María la portadora de esta bendición.

Me detengo a transcribir las palabras de un autor protestante que con ojos lúcidos ha escrutado las palabras de la Biblia y ha comprendido los misterios de Dios que aquí se desarrollan y nos hace este bello comentario:

“María, Hija de Sión, Virgen de Israel, Morada de Dios, Arca de la Alianza. Estos títulos se recubren para significar que María es el lugar donde se realiza la visita final y definitiva de Dios a su Pueblo....

María, resumen de la Iglesia, Hija de Sión y Morada de Dios en el día de la Encarnación, ocupará su lugar en el seno del Pueblo de Dios y después de haber sido el Arca de la Alianza para llevar dentro de sí físicamente al Hijo de Dios, vendrá a ser, como miembro del Cuerpo Místico de este Hijo suyo, de la Iglesia, la Morada de Dios que lo lleva espiritualmente en su corazón”<sup>46</sup>.

46. THURIAN, Max, *Marie, Mère du Seigneur, figure de L'Eglise*, Taizé, 1963, pp. 75-78.

Sí, María sigue recorriendo el mundo y realizando ahora el mismo papel que hizo entonces. Portadora de Cristo, es también ahora portadora de salvación.

### Causa de nuestra alegría

Dentro de la misma línea, es en los brazos de María donde así los pastores como los magos encuentran al Salvador del mundo.

El Evangelio de la infancia, sobre todo en san Lucas, se llena de alegría y los términos que la expresan aparecen aquí y allá en diversas formas:

“Os traigo una buena noticia, que será de grande alegría para todo el pueblo”  
(Lc 2, 10),

es como el resumen que dan los ángeles en el mensaje a los pastores en la noche de Belén. La Venida del Mesías, al disipar la noche de siglos que pesaba sobre el mundo, aporta la alegría definitiva y duradera. Pero es María quien, con su parto virginal, vuelca sobre el mundo la alegría y es saludada por el pueblo cristiano como “causa de nuestra alegría”, *causa nostrae laetitiae*.

Es la misma alegría que se desborda de los versos inspirados del *Magnificar*: porque el alma de María *se alegra en Dios*, su *Salvador*; *porque ha hecho obras grandes* por ella, y porque ella misma en profecía prevé cómo a lo largo de los siglos *las generaciones venideras la llamarán bienaventurada* (Lc 1, 46-49).

Es la misma alegría que inunda a los magos cuando, tras el eclipse momentáneo de la estrella que hasta entonces los guiara, la ven nuevamente brillar serena y resplandeciente en el cielo de su itinerario, y posarse finalmente en la mansión donde encuentran al recién nacido Rey de Israel y llenos de júbilo le presentan el homenaje de su rendida adoración.

Es la misma alegría con que la Iglesia naciente (Lc 24, 52) se reúne en Jerusalén para esperar la venida del Espíritu Santo, junto con María en el Cenáculo (Hch 1, 13-14), antes de comenzar la evangelización del mundo.

### Peregrina de la fe

El papa Juan Pablo II ha querido, en su encíclica sobre el Año Mariano “*Redemptoris Mater*”, detenerse largamente en un título que cada vez se va extendiendo más y que procede del Concilio: María es “*peregrina de la fe*”.

Se recoge, casi como un nombre nuevo atribuido a María. Isabel, llena del Espíritu Santo, le dirige en la escena de la Visitación este elogio:

“¡Dichosa tú por haber creído!”  
(Lc 1, 45).

Sí, María es dichosa por su fe. La fe fue para ella como una luz indeficiente que guió todos sus pasos. Se debe reconstruir todo el itinerario de su vida terrena para verla siempre guiada por esta luz y precediendo de este modo a todos los creyentes.

Con qué profundidad se han recolectado y se han hecho revivir los textos patrísticos que nos decían que *María primero concibió por la fe* y luego, con su cuerpo, recibió en sus entrañas al Hijo de Dios.

El itinerario de la Madre de Dios se inicia con un maravilloso acto de fe. Y antes de recibirlo fisiológicamente en sus entrañas, ya lo ha recibido en su alma y en su corazón por la fe. Esa es la grandeza de María: toda espiritual. “La peregrinación de la fe indica la historia íntima, es decir, la historia de las almas”<sup>47</sup>. Y en este orden, María no sólo se alza ante nosotros como el modelo de una fe ilustrada, sino que, al entablar con Dios su diálogo de fe, cree que puede exponer sus preguntas y recibir las correspondientes respuestas.

Al ángel de la Anunciación, María expone libremente:

“¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?”  
(Lc 1, 34).

Y a su mismo Hijo ella, con los derechos que le confiere su ser de madre, puede asimismo interrogarle:

“Hijo, ¿por qué nos ha hecho esto...?”  
(Lc 2, 48).

47. *Redemptoris Mater*, n. 6.

Por otra parte, Dios, respetuoso de la libertad humana, aclara a María las dudas que se le presentan, y así como en la Anunciación le expone los planes de grandeza que se le destinan al Hijo que ella va a concebir, del mismo modo en la Presentación en el templo, por la voz del profeta Simeón, descubre ante ella el velo del futuro y le hace entrever el trágico destino que le aguarda en el Calvario, y la participación que ella misma ha de tener cuando “*una espada de dolor vendrá a traspasar su alma*” (Lc 2, 34-35).

### La noche oscura

Esta vida de fe tendrá momentos de prueba y oscuridad y serán aquellos episodios que, con vocabulario de san Juan de la Cruz, llamaremos “la noche oscura del alma”; como cuando Jesús inexplicablemente se perdió en el templo, y María y José, atribulados y llenos de dolor, por tres días le buscaron.

Pero sabemos que la vida de fe constituye simplemente el clima en que se desenvuelve la vida cristiana. Y la vida de María no fue sin tropiezo. Aquí tenemos la creatura más alta y más pura que ha pasado por nuestro mundo, objeto de todas las predilecciones del cielo; aunque su vida no fue, sin embargo, una senda de rosas. Las varias circunstancias de su vida fueron más bien una prueba continua para su fe.

Según los parámetros habituales en que nosotros nos movemos, hubiéramos podido creer que el cielo y la tierra habrían rivalizado para ahorrarse a la mujer más bella y gloriosa toda molestia y dificultad. Angeles y hombres hubieran debido colmarla, en competencia, de todas las atenciones. Pero no fue así.

Vio nacer a su Hijo, lejos del hogar, en extremada pobreza. Pero ella, serena en su fe, aceptaba los planes de Dios. Poco después, ante la inexplicable persecución de Herodes<sup>48</sup>, ha de salir a probar la vida del desterrado y del refugiado; pero ella, no sólo resignada sino alegre, no consiente que su gozo se vea enturbiado ni que su paz sea alterada, porque la sostiene su fe.

Vive habitualmente las privaciones cotidianas propias de las casas de los pobres; pero en el hogar de Nazaret no se pone nunca el sol de la familiaridad y el amor. La armonía de la Sagrada Familia no es sino el reflejo de su fe.

48. “*Non eripit mortalia / qui regna dat caelestia*” protestará con razón la liturgia de la Iglesia.

Cuando el novel profeta, abandonando el escoplo, la sierra y el martillo, se lanza por los caminos de Galilea y Judea en una vida errante de predicador y maestro, a veces es aclamado, pero a veces también le rechazan y persiguen. Todo esto traspasa el corazón de la Madre; pero ella ha aprendido a aceptar los planes de Dios en vida íntima de fe.

Ella fue realmente la peregrina de la fe. Modelo y realización práctica de la vida cristiana.

La cruz del Calvario y la Pasión de su Hijo, como poderoso vendaval, se ciernen también sobre la Madre y la arrebatan como las hojas secas que remueve de aquí para allá el crudo otoño. Pero su espíritu, anclado en la fe, permanece inmovible, porque atiende tan sólo a los planes de Dios.

Esta es María y ésta es su peregrinación de fe. No siempre lo entendía todo, pero podía ella repetir lo que un día diría san Pablo:

“Yo sé de quien me he fiado  
y estoy seguro...”  
(2Tm 1, 12).

Con razón se ha dicho que si Lucas es “el historiador de María”, san Juan, que escribe al final de la era apostólica, fue “el teólogo de María”. Claramente advertimos un avance. Ya Bultmann había hecho notar que, si observamos los textos del Nuevo Testamento en su conjunto, se puede apreciar en forma evidente que en la Iglesia primitiva “era ya vivo un honor especial hacia la Madre del Señor”<sup>49</sup>.

Más aún, en los varios libros del Nuevo Testamento podemos recoger el testimonio de un progresivo descubrimiento de María que fue realizándose paulatinamente en las primitivas comunidades cristianas. Las etapas de este itinerario que escalonan Pablo, Marcos, Mateo y Lucas culminan evidentemente en san Juan.

Sólo dos episodios sobre María en el cuarto Evangelio, pero estratégicamente colocados uno al principio, al comenzar la vida pública y el comienzo de los milagros, y el otro al terminar el curso de la vida terrena de Jesús, cuando María lo acompaña al pie de la cruz. Así se tiende un arco glorioso entre el principio y el final, y forma lo que los antiguos preceptistas literarios denominaban una *inclusión*.

49. BULTMANN, R. *Das Evangelium des Johannes*, Goettingen, 1950, p. 11.

## Nuestra intercesora

Pero, analizado de cerca el episodio de las Bodas de Caná éste sólo puede decirnos que Cristo acepta como válida y eficaz la mediación de su Madre; que no podemos dudar que María tiene esta capacidad y que a boca llena podemos recurrir a la poderosa intercesión de María, porque está respaldada por la misma Palabra de Dios de forma que no podemos negarla (Jn 2, 1-11).

Podremos y deberemos, como hace el Concilio, matizar y precisar la mediación de María declarándola subordinada y dependiente totalmente de la mediación de Cristo, pero no podemos negarla, si nos atenemos estrictamente a los datos de la Palabra de Dios<sup>50</sup>.

El doble movimiento de la mediación se realiza en el caso de María, puesto que ella se acerca a Cristo con las necesidades de los hombres, cuando le dice: “*No tienen vino*” (Jn 2, 3). Es la *mediación ascendente*. Pero luego vuelve de Cristo hacia los hombres y les dice:

“Haced todo lo que El os diga”  
(Jn 2, 5).

Es la *mediación descendente*.

## Nuestra Madre

La escena del Calvario merece, como todos sabemos, un tratamiento especial. No es tan sólo la desoladora escena de la Madre dolorosa que contempla la Pasión de su Hijo. No es tan sólo la Madre que comprendiendo los planes de Dios pliega dócilmente su voluntad y acepta, sino que, unida en todo a Cristo, ofrece como madre el sacrificio de su Hijo. Ofrece como Iglesia el sacrificio del Redentor. Es sobre todo María quien, invitada a participar de la Pasión del Señor, recibe allí de Cristo la gran encomienda de cuidar del

50. “La misión de María para con los hombres no oscurece y disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (LG n. 60).

discípulo a quien Jesús ama. En el texto sagrado no se menciona el nombre de María: se la llama simplemente “*la Madre*”. No se menciona el nombre de Juan: se dice simplemente “*el discípulo*”. Porque Juan no viene como hijo del Zebedeo sino como “*el discípulo a quien Jesús ama*”. De tal manera que todo discípulo tiene que comprender la palabra de Jesús como dicha para él. Todo discípulo tiene que acoger a María en su casa: recibir a María como suya, como madre. Ella, por su parte, en el trance supremo del Calvario, dilata sus entrañas maternas y acoge a todos los discípulos de su Hijo, a todos los redimidos con la sangre de Cristo, como Hijos suyos. Si era ya la Madre de la Cabeza, Cristo, ¿cómo no iba a ser la Madre igualmente de los que son miembros de Cristo, Cuerpo suyo?

## El cántico de los pobres

Digamos unas pocas palabras sobre el cántico del *Magnificat*. Este constituye junto con el relato de la Anunciación, el trozo más largo que los Evangelios dedican a María (Lc 1, 46-55). El pueblo cristiano tiene especial devoción a este cántico y lo usa frecuentemente en varias circunstancias de su vida, y hasta le atribuye virtudes maravillosas.

Ultimamente han dado con él los seguidores de la teología de la liberación y todos los que propugnan cambios, los urgentes cambios sociales que el mundo necesita para que se establezca en el mundo la justicia social.

Ciertamente, el *Magnificat* no es un canto de revolución, ni siquiera un “canto de protesta”. Es el canto de la alegría y es el canto de la alabanza a Dios. María despliega y expande en él su alma agradecida y hasta llega a profetizar el culto que todas las generaciones sucesivas de los siglos le rendirán, “*porque ha hecho obras grandes en ella el Todopoderoso, cuyo nombre es santo*” (Lc 1, 49).

Es el canto de la inserción en la historia, porque María se siente parte de su Pueblo, y ve pasar la historia de la salvación ante sus ojos con todos los antiguos patriarcas que formaron el Pueblo de Israel, a partir de Abrahán y su descendencia.

Es también el canto del amor preferencial por los pobres, los oprimidos y los marginados, frente a los cuales se yerguen los insolentes y potentados, los ricos y los magnates.

María es pobre y se siente pobre, no tanto por su pobreza material cuanto por su actitud espiritual. La pobreza, que Cristo declarará bienaventurada, es *una actitud del corazón*. María se inscribe de lleno en ese movimiento espiritual que había florecido en Israel y que llamamos el de “los pobres de Yavé”.

Los ojos lúcidos de aquella virgencita humilde y pobre, toda llena de la gloriosa espiritualidad de los *anawim* o “pobres de Yavé”, han descubierto los atroces contrastes que su mundo presentaba entre pobres y ricos; poderosos ensoberbecidos con su prepotencia frente a los humildes y despreciados de este mundo. Ella sabe que Dios no aprueba estos desniveles y enfrentamientos y sabe que un día se propone Dios trastornar los tronos e invertir la suerte de los que así han estado colocados por siglos. Con su cántico, María abiertamente prelude y anticipa las bienaventuranzas de Jesús:

“Bienaventurados los pobres...  
bienaventurados los que tienen hambre...  
bienaventurados los que lloran...”  
(Lc 6, 20-21),

no menos que las maldiciones que Cristo lanzará en su célebre sermón:

“Ay de vosotros los ricos...  
ay de vosotros los que estáis hartos...  
ay de vosotros los que reís...”  
(Lc 6, 24-26).

El cántico de María cobra de pronto una inesperada actualidad... Parece escrito en nuestro tiempo y para nuestro tiempo. Pero en rigor no es un cántico de profecía, sino un cántico que nace de la vivencia real de su propio tiempo.

Pero se trata de esto... de devolver a María a su propio tiempo, para que se nos vuelva una persona viva y así pueda hablar también a nuestro tiempo. A fuerza de ser viva en su época, que se vuelva actual para la nuestra.

## El giro antropológico

Por mucho tiempo hemos estado acostumbrados a considerar los privilegios de María en abstracto y desligados de toda consideración temporal. No se insertaban en el tiempo de María y tampoco se insertaban en las realidades de nuestro tiempo.

La encíclica *Marialis cultus* de Paulo VI proponía una metodología diferente, invitándonos a tomar en cuenta y a examinar críticamente los “esquemas representativos de las distintas épocas culturales” y “las peculiares concepciones antropológicas subyacentes a ellos”<sup>51</sup>.

Muchos de los elementos que forman la devoción mariana están anclados en supuestos culturales y antropológicos y factores sociales del pasado, que ya no dicen nada al hombre de nuestro tiempo. Es necesario aislar cuidadosamente la imagen evangélica de María y sus valores permanentes, separándolos de sus adherencias caducas y de sus plasmaciones socioculturales superadas. Hay que emprender al mismo tiempo una labor indispensable que muestre, en la figura de María, el espejo que refleja en su ser “las expectativas del hombre de nuestro tiempo”, para superar “el malestar que se advierte en el campo del culto a la Madre del Señor; el contraste de algunos de sus contenidos con las actuales concepciones antropológicas y con la realidad psicológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo”<sup>52</sup>.

Ahora nos complace contemplar en María la manera más eximia de la realización cristiana, es decir, la idea cristiana del hombre en su más bella y plena actuación. Eso es esencialmente María. La suprema revelación de las posibilidades que la gracia ofrece a la humanidad. En María el hombre recibe la fulgurante iluminación de lo que es en sí y de las posibilidades que la gracia le ofrece de realizarse en plenitud.

Nos hemos acostumbrado a “contemplar más la acción de Dios en ella, que a ella misma y su historicidad”, como dice un teólogo moderno<sup>53</sup>.

## La virginidad consagrada

Es evidente que en la Edad Media, cuando se despreciaba la sexualidad y hasta se la declaraba pecaminosa en todas sus manifestaciones, era más comprensible la exaltación que, a la par, se

51. *Marialis cultus*, n. 36.

52. *Marialis cultus*, n. 37 y 34.

53. FIORES, Stefano di, art. *Mariología en el Nuevo Diccionario de Teología*, T. I., Cristiandad, 1982, p. 1002.

hacía de la virginidad sin restricción alguna. Pero en nuestro tiempo, con un exceso contrario al medieval, se tiende a despreciar la virginidad como algo negativo, como una carencia y privación. Bien vemos que ahora se han podido rescatar valores olvidados del matrimonio, y el carácter positivo de la sexualidad se ha podido poner igualmente de relieve dentro de la más sana antropología cristiana.

Esto nos ha permitido ver en la virginidad valores de una afirmación superior mediante “la opción personal de un amor amplio y de un don reservado a quien se ama para siempre”<sup>54</sup>.

Por eso, ahora en la virginidad de María queremos superar esa visión empobrecedora, que sólo se paraba a exaltar el prodigio obrado por Dios en María y nos detenemos más bien en la opción realizada por María de Nazaret.

María, al consagrar a Dios su virginidad, ha dado un paso trascendental en la historia humana. En su pueblo no se usaba. La virginidad era objeto de desprecio y la infecundidad objeto de lástima. Toda mujer israelita aspiraba, no sé si precisamente a ser la madre dichosa del Mesías, pero sí a acrecentar los hijos del Pueblo de Dios con un matrimonio que Dios bendijera con numerosa prole.

María, con sencillez sobrenatural, se ha consagrado totalmente a Dios en cuerpo, alma y corazón. Una sobrenatural intuición la ha hecho comprender que sólo así se satisfacía al exclusivismo absorbente del Dios que quería un amor sin particiones y que se complacía en llamarse en las páginas del Libro Sagrado, el “Dios celoso” (Ex 20, 4ss.; 34, 14; Dt 4, 24).

Era tan humilde que creyó que pasaría inadvertida y que nadie lo notaría. Pero esa es su resolución y ella está decidida a permanecer virgen para siempre en una total entrega de su ser a Dios.

Frente a la mujer que por siglos se había acostumbrado a ser el juguete del hombre precisamente por su cuerpo y su sexualidad, —juguete de amantes y esposos en múltiples maneras, juguete incluso de sus propios padres que negociaban matrimonios de conveniencia y de provecho personal a costa de sus hijas— ella, guiada por una luz interior, intuye para sí un nuevo camino: ella tomará en sus manos su propia virginidad y, negándola a todos, como un huerto cerrado —*hortus conclusus*— la consagrará a Dios en exclusividad.

54. *Ibid.*, p. 1005.

## El gesto subversivo

Desde el comienzo del cristianismo, la mujer, sobre todo, comprendería esta actitud de María y la vería a ella como la capitana y abanderada de un nuevo movimiento. Ella había alzado esta nueva bandera o insignia, y legiones enteras de vírgenes consagradas seguirán gustosas las huellas de María.

María avanza a lo largo de los siglos, y a su paso florecen los más bellos lirios de virginidad, las más fragantes azucenas de la castidad consagrada a Cristo, Esposo de las almas.

Es el amor de Cristo en exclusividad el que triunfa y resplandece. Es el amor de Cristo el único que explica y da razón de tan honda transformación realizada en la apreciación de valores. Nueva tabla de valores antropológicos de parámetro sobrenatural alzada ante los hombres.

Pero en este movimiento había también no sé qué elementos de subversión que ahora, con terminología moderna, nos atreveríamos a llamar de neta liberación femenina.

La mujer y su sexualidad dejaban de ser un instrumento en manos del varón. Era ella misma la que asumía su dignidad y decidía por sí. Ella valoraba su cuerpo y su virginidad, y conscientemente los ofrecía y consagraba a Dios, a ejemplo de María. Ahí estaba la subversión. Esa era la verdadera liberación femenina.

Pronto lo experimentaron, a todo lo largo del Imperio Romano, en Oriente y Occidente, padres de familia y pretendientes que tropezaban con la obstinada resolución de las vírgenes cristianas que habían consagrado a Dios su virginidad. El martirologio se puebla entonces de nombres femeninos de jovencitas, casi niñas, dotadas de una valentía sin par, que desafían la voluntad airada de sus padres, los halagos de sus madres y las promesas encendidas de amor o interés de sus pretendientes<sup>55</sup>. Se llaman Prisca o Pudenciana, Inés o

55. El poeta latino Catulo decía precisamente, hablando con una jovencita núbil, estas curiosas palabras:

*“Virginitas non tota tua est: ex parte parentum est,  
tertia pars patri data, pars data tertia matri,  
tertia sola tua est: noli pugnare duobus  
qui genero sua simil cum deberunt”*  
(Carmen XXXVI, vv. 59-62).

Lucía, Blandina o Bárbara. Ellas, sordas a todo lo demás, con el alma llena de visiones de pureza, han consagrado a Cristo la flor de su virginidad en su cuerpo inmaculado y fragante, y marchan, si es necesario, al martirio, con tal de no contaminarse con ningún placer terrenal. Su cuerpo se vuelve transparente para dejar paso al reflejo luminoso del espíritu; el espíritu ya no se siente aprisionado por la carne; la carne, vuelta translúcida, difunde en torno a sí anhelos espirituales.

### Fecundidad espiritual

Dios en María quiso mostrar cuán agradable le era esta purísima consagración y, por un milagro inaudito, sin mengua de la virginidad, le otorgó el don extraordinario de la maternidad divina. A ellas les ha concedido que su ejemplo siga suscitando legiones de imitadoras que, engalanadas de flores y transidas de belleza espiritual, prolongan en la historia el mismo gesto de consagración espiritual con el amor de entrega total a Cristo.

### Redención de la mujer

Así María, con su virginidad maravillosa, nos hace la invitación definitiva a deponer los injustos prejuicios sobre la mujer. María es simplemente la redención de la mujer. San Bernardo de Claraval presentaba dos cuadros contrapuestos. Ahí estaba Adán quejándose ante Dios y culpando a la mujer de su propia ruina: “*La mujer que me diste por compañera me dio del fruto del árbol prohibido y yo lo comí y caí*”. Por contraste podía ahora el hombre volverse hacia la Virgen María que en sus brazos muestra *el fruto bendito de sus entrañas* y decirle a Dios: “Esta mujer maravillosa que me has dado me muestra ahora el nuevo fruto y he comido de él y su sabor es admirable para mi paladar y trae para mí la vida eterna”.

Ya los primitivos Santos Padres empezaron por aquí su reflexión mariológica mostrando el origen de la desvalorización de la mujer en Eva; al propio tiempo que la redención definitiva y su más gloriosa exaltación en María. Con toda razón nos enseñaron a contraponer a *la nueva Eva* junto al *nuevo Adán*; y es María junto al árbol de la cruz tal como nuestra madre Eva había estado junto al árbol del paraíso y del pecado. María escuchando con atención al ángel luminoso de la Anunciación, frente a las veleidades de Eva quien

daba oídos al ángel caído que, bajo la figura de serpiente, la lisonjeaba con promesas de vanidad seduciéndola para que aspirara a convertirse en diosa. La credulidad de Eva que acepta las palabras de Satán quien la hace desconfiar de Dios; frente a la fe de María que se somete humilde a los planes de Dios, según se los explica el ángel del Señor. Mientras que Eva con la manzana en su mano es el símbolo mismo de todas las tentaciones, María con su lirio de virginidad o con el Niño en sus brazos es el símbolo de todos los ideales de altura, dignidad y pureza. La mujer queda en María definitivamente rescatada y ennoblecida.

Con razón nos dice el Papa:

Se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza que es el espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la obediencia total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y estímulo<sup>56</sup> (*Redemptoris mater*, n. 46).

La virginidad de María anticipa en la tierra los valores del Reino de Dios que Cristo nuestro Señor pregona para siempre. “Los hijos del Reino —dirá Cristo— ni se casan ni se dan en matrimonio sino que son como los ángeles de Dios” (Lc 20, 34-36).

### La libertad que dialoga

Esto es lo que María anticipa en el mundo. Y así ahora nos complace exaltar, en este gesto, el valor de la persona humana. Vemos así cómo Dios mismo respeta la libertad de María y ella se convierte así en una libertad que dialoga con Dios y responde a su invitación conscientemente.

Es éste un valor que de modo especial suele subrayar nuestro tiempo. Me refiero al don precioso de la libertad humana.

En María resplandece admirablemente esta gran verdad: que, aunque Dios tenga siempre, como soberano, la iniciativa; respeta, sin embargo, el don de decisión que El mismo nos ha otorgado.

56. *Redemptoris mater*, n. 46.

Léase esa página luminosa y serena que parece escrita con la pluma purísima de un ángel y que llamamos el relato de la Anunciación, en el Evangelio de san Lucas.

Estamos acostumbrados a leerlo en clave mariológica. Allí brillan, sin duda, los privilegios y dones otorgados a María. De allí extraemos su título más hermoso de *Madre de Dios*, e incluso el de “*Llena de gracia*” (Lc 1, 28), que, no sin razón, le hemos atribuido como suyo propio<sup>57</sup>, aunque ella escogiera para sí el de “*esclava del Señor*” (Lc 1, 38).

Pero leámosla en clave antropológica y destaquemos el valor tremendo de la libertad humana que Dios mismo no quiere violentar ni atropellar. Dios que envía a su mensajero para exponer sus planes ante la humilde doncellita de Nazaret. El mensajero divino que se allana a responder y resolver las dudas y objeciones que ella tiene antes de aceptar los planes de Dios en forma consciente e iluminada. Así vemos el carácter dialogal de la gracia. Y el hombre elevado a la categoría de interlocutor de Dios. Vemos así que el hombre a los ojos de Dios no es meramente pasivo ante su acción, sino un cooperador con la gracia. Como dice el Concilio en la *Lumen gentium*:

“El Padre de las misericordias quiso que a la Encarnación precediera la aceptación de parte de María predestinada”<sup>58</sup>.

Y el papa Juan Pablo II se hace eco con las siguientes palabras:

“Este sí de María (*fiat*) ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino... El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en que María ha pronunciado su *fiat*: “*Hágase en mí según tu palabra*”, haciendo posible, en cuanto concernía a ella, según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo”<sup>59</sup>.

No queremos en modo alguno desvirtuar los dones de Dios ni olvidarnos de su insobornable soberanía. María es el monumento

57. Dice Juan Pablo II: “La llama así como si ése fuera su nombre propio. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil, *María* (“*Miryam*”), sino con este nombre nuevo: “*Llena de gracia*” (*Redemptoris mater*, n. 8).

58. *LG* n. 56.

59. *Redemptoris mater*, n. 13.

más eximio de la gratuidad de los dones de Dios. Debemos acostumbrarnos a contemplar la máxima obra de gratuidad que se obra en María, sin mérito antecedente alguno, puesto que ha sido elegida desde toda la eternidad y purificada de toda mancha desde el principio mismo de su concepción. Pero no dejemos de subrayar, al mismo tiempo, la magnánima disposición de Dios que quiere colaboradores libres y voluntarios para que la voluntad humana, libremente puesta a su servicio, sea un homenaje más tributado a su Señor.

## María y los misterios de la fe

Nos parece que la contemplación de María en las claves que hemos apuntado, no sólo recoge lo más bello y tradicional de lo que hay en el culto de María, sino que abre cauces que son nuevos y originales para nuestra pastoral y evangelización. Así saldremos al paso de la crisis indudable que se ha sentido entre nosotros en torno al culto de María Santísima.

## La cristología

Es necesario que lo sintamos más entroncado con la cristología, porque todo lo que es María, lo debe a su condición de Madre de Cristo y Madre de Dios. Pero no nos contentemos con la valiente afirmación de su divina maternidad. Hagamos palpable que esta afirmación, que nos viene desde el Concilio de Efeso (año 431), nos sirve para subrayar que Cristo es verdadero Dios hecho hombre, porque, como nos dice el Papa: “No puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo encarnado”<sup>60</sup>.

María es Madre de Dios, luego Cristo es verdadero Dios. María es Madre verdadera de Cristo, luego Cristo es hombre verdadero. Los nestorianos, que regateaban a María el título de “Madre de Dios”, caían obviamente en el dualismo cristológico que escinde a Cristo en dos personas. Maternidad divina y unicidad de persona en Cristo son dos verdades cristianas que van inseparablemente unidas.

María es para nosotros la garantía segura de que Cristo es un hombre de nuestra raza con toda la dinastía que viene desde el pri-

60. Juan Pablo II, *Redemptoris mater*, n. 5.

mer hombre y arrastra la carga de todas las caídas y de todos los siglos de la doliente humanidad. De tal modo, sabemos que la Redención no se hizo desde fuera, sino que la hizo un hombre de nuestra raza que en el seno de María, hija de los hombres, había tomado la carne y la sangre que por nosotros había de ofrecer al Padre Dios.

A veces he creído que un modo de renovar la mariología sería ir repasando las verdades de la fe de la mano de María. Ir repasando nuestros dogmas cristianos viéndolos reflejados en María y deduciéndolos en su contemplación.

### La Trinidad

Pensemos en el dogma trinitario que tan poca vigencia tiene en la mentalidad de nuestro pueblo. Partiendo precisamente del dogma de la maternidad divina de María se debería hacerles subir, a través del relato bíblico de la Anunciación, hacia la revelación del conocimiento de nuestro Dios que es Trinidad. Ese dogma cada día se encuentra más amenazado en la vida de nuestros cristianos, en parte por la falta de instrucción religiosa y la creciente descristianización de las nuevas generaciones, y en parte por la penetración de las sectas protestantes como la de los Testigos de Jehová que lo niegan.

Pero leyendo nuestras verdades de fe a través de María tenemos al *Hijo del Altísimo* que se hace hombre en el seno de María y a quien *el Señor Dios* otorga *el trono de David, su padre*; al mismo tiempo que *el Espíritu Santo* viene, como la nube misteriosa del Exodo, sobre María, llenándola de gracia y santidad. El Padre entonces mira en María a su Hija predilecta, tal como el Hijo reconoce a María como su Madre bendita y el Espíritu Santo la declara su Esposa y su Templo de santidad.

### La gracia

El dogma de la gracia y la justificación nos mostrará en María la gracia realizada en ella como don actual, no puramente escatológico, es decir, como justicia de Dios y transformación actual del alma otorgada ya ahora al cristiano y no simplemente prometida.

Todo lo que es María se lo debe a la gracia de Dios. Pero ella es “la llena de gracia”, porque en ella Dios quiso extremar sus dones y

mostrarla al mundo colmada en plenitud. La Redención de Cristo en ella se anticipa de tal modo que vemos en ella el monumento más eximio y cabal de aquello que la salvación de Cristo puede hacer en una persona. María, la primera cristiana, es también la primera redimida y el más preclaro ejemplar y modelo del cristianismo.

### María y la Iglesia

Tanto el Concilio como los documentos papales de Paulo VI y Juan Pablo II nos enseñan a no disociar a María de la Iglesia. Así la eclesiología se ha enriquecido con la visión de la Virgen Santísima, no menos que la mariología que se ha visto renovada al proyectarse sobre ella la nueva visión de la Iglesia.

María es figura y modelo de la Iglesia. María, Virgen y Madre, nos muestra esa Iglesia virginal e inmaculada por su indeficiente fidelidad a Cristo y por su amor exclusivo al Señor, cuya virginal esposa es Madre de todos los cristianos; fecundada por el Espíritu, engendra en su seno a los hijos de Dios, tal como María engendró en sus entrañas al Hijo de Dios. La Iglesia no es tan sólo una comunidad que espera la Parusía para constituirse y manifestarse, sino el instrumento de salvación ofrecido ahora a los hombres, el instrumento de que Dios se vale para hacerse presente en la historia; tal como por medio de María se hizo presente en el mundo el Hijo de Dios, Redentor de los hombres.

### La glorificación final

María ha llegado a la meta final y ha sido coronada por Dios. Resucitada y glorificada, asunta al cielo y reconocida como Reina-Madre del Rey y Señor nuestro Jesucristo. En ella toda la Iglesia saluda el reino celestial al que todos nos encaminamos. Ella nos muestra el camino y se nos presenta como modelo y realización del ideal de santidad cristiana. La escatología plenamente realizada.

Como dice el Concilio:

“La Madre de Jesús, así como glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede

con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor<sup>61</sup>.

## Conclusión

La devoción a la Virgen María es uno de los más bellos tesoros que posee nuestro pueblo. Es algo que con razón debemos conservar y proteger. Nada hay en ella de lo cual tengamos que avergonzarnos como cristianos. El nuestro es un cristianismo mariano, pero esta actitud nuestra hunde claramente sus raíces en la misma Palabra de Dios y, por supuesto, en la hermosa tradición de la Iglesia.

Nos gustaría saber que esta devoción sólida a la Madre de Dios es, al mismo tiempo, un baluarte que defiende nuestra fe. Más de una vez los cristianos del Oriente ortodoxo opusieron como infranqueable valla al protestantismo que tentadoramente se les acercaba, su devoción a María, mostrando que resultaba incompatible la devoción a María, tesoro intangible, con el protestantismo, gélido e iracundo.

Católicos y ortodoxos hemos heredado de la común tradición antigua eso que hemos denominado un cristianismo mariano. Digámoslo de otro modo: forma parte de nuestro común acervo religioso cristiano heredado de los siglos la devoción y el culto a la Virgen María, Madre de Dios. La toda Santa, la Theótokos la llaman los orientales. La Virgen Santísima, la Madre de Dios y Madre nuestra, la llamamos los católicos. Pero es una misma la intensa vibración de amor con que unos y otros la miramos.

No así nuestros hermanos protestantes. Ellos se complacen en un cristianismo desolado en que han echado del hogar a la Madre, sin sentir siquiera que se quedaban huérfanos. Se gozan en una actitud iconoclasta que aleja de sus ojos la imagen y el color, dejando para su uso una religión en blanco y negro.

Nosotros podemos estar seguros de que nuestro Divino Redentor, Jesucristo, no desapueba el culto que tributamos a su Madre, sino que lo ve bien y mira complacido cuanto hacemos en honor de su Madre, la Virgen María.

61. LG n. 68.

## Capítulo XI

# LOS EPISCOPALIANOS

Del origen de la Iglesia Anglicana dijimos algo al hablar del protestantismo en general.

Hay que saber que los anglicanos, cuando EE. UU., se independizó de Inglaterra, sintieron la necesidad de distanciarse de los ingleses y surgió la “Iglesia Protestante Episcopaliana”, así llamada para diferenciarse, por un lado, de la Iglesia Católica y, por otro lado, de las iglesias *presbiterianas*, (regidas por presbíteros o sacerdotes) y de las iglesias *congregacionistas* (de tipo democrático).

Las iglesias episcopalianas de los EE.UU., al igual que las de Inglaterra, así como en el siglo XVI reciben un poderoso influjo del calvinismo que las orientó cada vez más hacia el protestantismo, han recibido también un fuerte impacto del “Movimiento de Oxford” del siglo XIX, que produjo un notable acercamiento al catolicismo en doctrina y prácticas.

Es corriente entre los episcopalianos decir que siguen el *Símbolo de los Apóstoles* (Credo) y el *Símbolo de Nicea*. Así, confiesan la divinidad de Cristo y el misterio de la Santísima Trinidad. También para ellos, como para el catolicismo, la Eucaristía constituye el centro de la liturgia. Es muy posible también que afirmen la presencia real de Cristo en la Eucaristía, diferenciándose en esto de los demás protestantes.

No rara vez aceptan también la confesión de los pecados como cosa libre. El papel del ministro es entonces “declarar” que los pecados han sido perdonados. En eclesiología, ya se entiende que no

aceptan el primado del Romano Pontífice, pero creen en una Iglesia visible con estructura jerárquica. A veces, incluso llegan a adoptar el título de católicos y a insistir en los múltiples y reales parecidos que tienen con la Iglesia Católica. Generalmente creen que ninguna Iglesia tiene la verdad total, pero que de la unión de todas las iglesias cristianas podría alcanzarse el ideal que en este mundo puede lograrse.

Admiten el bautismo de los párvulos y su eficacia como sacramento. Respecto de los demás sacramentos hay muchas dudas y vacilaciones.

En materias morales no han querido adoptar las rígidas posiciones puritanas que suelen exhibir los otros protestantes: nos referimos al tabaco, o a espectáculos o bebidas alcohólicas, o a juegos de azar.

Cuando el movimiento ecuménico se ha extendido, ellos han creído poder constituirse en el puente entre protestantes y católicos, ya que de unos y otros tienen ellos elementos muy característicos. Esto mismo ha hecho que no muestren afanes proselitistas, dándose cuenta que esto es lo que más suele romper la unidad que ellos tratan de fomentar. Tales parecen ser las directivas de sus altas autoridades. Por eso llama más la atención la actividad que últimamente han empezado a desarrollar en nuestro oriente y otras provincias, dedicándose intensamente a ganar adeptos sacándolos de la Iglesia Católica. Creemos que sus dirigentes máximos no aprueban esta actitud y que se debe tan sólo a circunstancias de los jerarcas locales.

Con energía y franqueza hay que denunciar dos aspectos reprobables de la actuación de los anglicanos en el Ecuador, por obra de su actual obispo.

La actitud doblada y artera con que tratan de infiltrarse aquí y allí haciéndose pasar por católicos, sembrando sistemáticamente la confusión. Hasta se ha dado el caso de que vinieran a celebrar misa a nuestras iglesias haciéndose pasar por sacerdotes católicos. Celebran funerales en sus iglesias al modo católico o para católicos, engañando, como si se tratara de sacerdotes católicos. Misas en las casas particulares, aun los domingos para los católicos, escondiendo su verdadera identidad. Añádase a esto el afán descarado con que se empeñan en atraer a su Iglesia a sacerdotes o a seminaristas o religiosas, dándoles a entender que con ellos recibirán mejor trato que en la Iglesia Católica o más ventajas materiales o mejor posición.

No creemos que éstas sean las disposiciones de su jerarquía ni que estén siquiera respaldadas por ella, sino que responden tan sólo a la desleal manera de proceder de su actual obispo.

## Capítulo XII

### SECTAS RADICALES

Cuando hicimos la breve reseña histórica de los orígenes del protestantismo, citamos tres corrientes o movimientos: el *luteranismo*, el *calvinismo* y el *anglicanismo*. En realidad, nos faltaba incluir un movimiento más, tan importante como los anteriores y que no ha dejado de dar su propia descendencia, al igual que los otros, dentro de la prolífica genealogía del protestantismo.

Nos referimos a las llamadas “sectas radicales” o movimientos anárquicos que pronto surgieron dentro del protestantismo o, si se quiere, junto al protestantismo y en concurrencia con él.

Karlstadt (1480-1541), fogoso seguidor de Lutero, primero amigo suyo, —fue su compañero en la disputa de Leipzig (1519) contra Eck— luego rival y opositor de sus doctrinas, llevó al extremo las enseñanzas luteranas y se cerró en el texto de la Biblia y en una interpretación tan hoscamente literal que ni el padre de la Reforma mantenía. Movido por un espíritu de violencia, en Wittenberg incitó al pueblo y a los estudiantes a que destruyesen los altares e imágenes de los santos que había en las iglesias de la ciudad; lo cual desagradó tremendamente a Lutero que rompió con su fanático amigo. El fue, entre los reformadores, el primero en pronunciarse a favor del matrimonio de los sacerdotes. Pronto asimismo empezó a negar con violencia y tenacidad la presencia real de Cristo en la Santísima Eucaristía, oponiéndose a la expresa enseñanza de Lutero. En una sesión de doctorado en teología de la Universidad, en 1523, declaró en calidad de decano que era contrario a la Palabra de Dios (Mt 23,

8) llamar a un hombre “padre” o “maestro” y que, en consecuencia, el otorgar grados universitarios era anticristiano.

No encontrando expresamente mandado en la Escritura el bautismo de los niños, él y sus seguidores lo rechazaron y se hicieron bautizar de nuevo declarando inválido el bautismo que habían recibido cuando niños. Lutero mantuvo el bautismo de los niños y a sus propios hijos los bautizó en la más tierna infancia.

Dado que estos seguidores de Karlstadt bautizaban nuevamente a sus adeptos, se les dio el nombre de “anabaptistas” o “rebautizadores”. Los “anabaptistas” fueron los radicales y los intransigentes de la Reforma, hasta el punto que el propio Lutero decía que como a perros rabiosos había que exterminarlos con la fuerza de las armas, y autorizó a los príncipes a que enviasen ejércitos contra ellos (“Guerra de los campesinos”: 1522-1525).

Los principales jefes de los anabaptistas militantes fueron Thomas Münzer (c. 1489-1525) y Juan de Leyden (1509-1536). Ambos querían fundar el Reino de Dios conforme a las Escrituras, pero a punta de lanza y por la fuerza de la espada. Münzer fue hecho prisionero en la batalla de Franckenhausen y murió ejecutado por el landgrave de Hesse en 1525, después de ser juzgado y sentenciado.

Su movimiento no se circunscribía al bautismo, sino que declaraba la guerra a las autoridades civiles y religiosas; sus miembros incitaron a la guerra de los campesinos y promovieron la destrucción de las imágenes y de los altares e incluso se dedicaron a la demolición de las iglesias mismas, con una ferocidad sin precedentes. En varias ciudades de Alemania y Suiza implantaron la comunidad total de bienes entre los creyentes y aun la poligamia. El mismo Juan de Leyden fue coronado rey de la Nueva Sión (1534).

Excesos de esta índole volverían a aparecer en la historia, como en el caso de los mormones.

Pero Mennon Simons (1492-1559), fundador de los “menonitas”, inauguró una mejor situación y una era de prosperidad para los anabaptistas, en Alemania, Holanda y Suiza. Estos rechazaban con todo énfasis el juramento, la guerra, la venganza, el bautismo de los niños, el divorcio, salvo en caso de adulterio, y el acceso a las magistraturas civiles, como opuestos al Reino de Dios.

Profesaban los principios de la autonomía de las iglesias, la libertad de conciencia, la separación de la Iglesia y el Estado, el bautismo tan sólo de los adultos, la no-resistencia y la vida de pureza y piedad.

Brotos de esta índole habían aparecido antes y seguirían sin cesar apareciendo dentro del cristianismo protestante. Anabaptistas y menonitas se formalizarán en las iglesias bautistas en el mismo siglo XVI, en Holanda, en Inglaterra y en los Estados Unidos (colonias británicas). En el siglo siguiente aparecerán los cuáqueros. El siglo XIX verá desplegarse todo el movimiento adventista del que surgirán también los testigos de Jehová. De la misma laya, aunque independiente de los anteriores, el movimiento de los mormones, ala radical del protestantismo, a veces duramente rechazada por el protestantismo oficial. Hay que reconocer, sin embargo, que allí han cuajado en su forma extrema, con lógica inflexible, los principios que éste había asentado, pero por cierta sensatez cristiana o cierta sana tradición se había retenido antes de tocar los límites últimos.

Por eso aquí vamos a presentar algunas de las sectas más características de esta corriente del protestantismo, empezando por los bautistas.

## Capítulo XIII

# LOS BAUTISTAS

La denominación protestante más extendida en los EE. UU., la constituyen los bautistas.

Es verdad que están divididos en más de 29 grupos diferentes con 38 iglesias bautistas autónomas que totalizan en el mundo (1985) más de 50 millones de miembros. Sin embargo, la mayor parte de los bautistas vienen a caer dentro de los cuatro grupos más importantes que son:

1. La Convención de Bautistas del Sur (*The Southern Baptist Convention*).
2. La Convención Nacional Bautista (*The National Baptist Convention*).
3. La Convención Nacional Bautista de América (*The National Baptist Convention of America*).
4. La Convención Bautista Americana (*The American Baptist Convention*).

Los bautistas hacen gala de su independencia y diversidad. Cada iglesia se rige por sí misma y goza de autonomía. Hay más de 160.000 iglesias bautistas locales, independientes unas de otras; pero unidas en el fondo por la profesión de unos mismos principios.

Los bautistas tienen, pues, actualmente grandes diversidades; pero coinciden asimismo en algunos puntos claros comunes que los caracterizan e individualizan.

Para comprender lo que son ahora los bautistas es útil retroceder hasta sus orígenes. Esto permitirá al mismo tiempo establecer qué tienen en común con los otros cristianos y apreciar los puntos que ellos subrayan.

### Orígenes bautistas

No faltan algunos entre ellos que pretenden entroncar con Juan, el Bautista, o con el cristianismo del siglo I, pero tales pretensiones no pasan de ser fantasías. Más cerca de la verdad están quienes los emparentan con los anabaptistas, los cuales aparecieron en Alemania en la primera mitad del s. XVI y que tan duramente fueron reprimidos por los príncipes alemanes por instigación del propio Lutero (1536). Se los rastrea luego en los menonitas holandeses. Pero los verdaderos orígenes de los bautistas han de situarse entre los congregacionalistas ingleses. Desde el principio, sin embargo, se establecen tres ramas distintas, originadas en el congregacionalismo.

1. El primer grupo surgió en Amsterdam, Holanda, donde se habían refugiado los congregacionalistas huyendo de la persecución religiosa desatada contra ellos. John Smyth, su pastor, persuadió a sus miembros de que el bautismo que habían recibido siendo niños era inválido; por lo cual su iglesia se reorganizó, en 1606, con el segundo bautismo de todos sus miembros, fundado esta vez sobre la profesión de fe personal de cada uno. John Smyth se bautizó a sí mismo y bautizó luego a sus seguidores.

Un poco más tarde, Smyth conoció la existencia de los menonitas que ya desde antes venían practicando el bautismo de los creyentes y pidió ser recibido entre ellos, porque no había quedado satisfecho del bautismo que se había administrado él mismo. Todavía en aquellos tiempos se tenía cuidado de no multiplicar las iglesias, por cierta nostalgia de que la Iglesia debía ser una sola.

Aquí hay que registrar el contacto e influjo que ejerció sobre ellos el calvinismo, de modo especial con su doctrina sobre la predestinación.

Esta doctrina fue ampliamente aceptada por el protestantismo europeo. Hubo, no obstante, voces de disidencia y oposición, sobre todo de parte de los arminianos.

2. Un grupo de su congregación, encabezado por Thomas Helwys, volvió a Inglaterra en 1611 y se convirtió en la primera Iglesia Bau-

tista allí establecida. Las iglesias que surgieron de este grupo fueron conocidas como Bautistas Generales (“*General Baptists*”), porque aceptaban que Cristo había expiado en favor de todos los hombres, y no tan sólo en pro de los predestinados.

3. En 1638 una nueva Iglesia Bautista surgió de los congregacionalistas londinenses, dando origen a la rama que se conoce como “Bautistas Particulares” (“*Particular Baptists*”), ya que éstos, manteniendo una forma rígida de calvinismo, enseñaban que la muerte de Cristo había sido tan sólo en favor de los predestinados para la salvación. Los *Bautistas Particulares* llegaron a ser la corriente más importante en la historia de los bautistas. Lo que daría forzosamente a su vida y a su doctrina un ambiente sombrío y severo. Severa, en efecto, era su doctrina y sombría su vida.

En América, colonia entonces de Inglaterra, bajo la dirección de Roger Williams, otro grupo de congregacionalistas hicieron bautistas. Expulsado de Massachusetts Bay por sus opiniones acerca de la libertad religiosa. Williams fundó una colonia en Providence, Rhode Island. Hacia 1639 estableció que el bautismo de los niños era contrario a la Escritura: hízose, en consecuencia, bautizar por uno de los miembros de su congregación y luego bautizó él a todos los demás una vez que hubieron hecho su profesión de fe.

Williams y John Clarke son los fundadores de las iglesias bautistas de Norteamérica. Williams ha fundado en Providence, Rhode Island (1639). Unos años más tarde (1641) surge la Iglesia Bautista de Newport fundada por Clarke.

Desde el comienzo, los bautistas siguieron la doctrina teológica calvinista, como puede verse por sus “Confesiones de Fe”. Afirman la soberanía de Dios, como Creador y Redentor. A consecuencia de la caída de Adán, todos los hombres heredan una naturaleza pecadora. Incapaces de recibir la revelación natural de Dios, corrompidos en su voluntad, los hombres no tienen posibilidad de escapar de la esclavitud del pecado si no es por la gracia proveniente de Dios. Esta gracia se obtiene por la muerte reparadora de Jesucristo. Dios ha revelado su voluntad en la Sagrada Escritura, y mediante la ayuda del Espíritu Santo pueden los hombres reconocer la Palabra de Dios a ellos dirigida.

Los bautistas, aun en el Nuevo Mundo, nacieron divididos y separados, y esto ha marcado toda su historia y su mentalidad.

En 1814 se reúne la Convención misionera de las Denominaciones bautistas de los EE. UU., para las misiones extranjeras. Pero la guerra

civil (1861-1865) y el problema de los esclavos vino a producir una honda escisión que ya no fue posible superar. Fundóse la Convención Bautista del Sur como cosa aparte y ya siempre habría *Convención del Norte* y *Convención del Sur*: dos espíritus, dos orientaciones, dos tendencias. Los bautistas del Norte rechazaban la esclavitud como opuesta a los principios más básicos del cristianismo, mientras que los del Sur pensaban que la esclavitud estaba permitida por las Escrituras, pues brindaba la ocasión para que muchos esclavos, mientras servían a sus amos blancos, abrazasen el cristianismo.

Mas no sólo eran puntos prácticos, como el mencionado, los que los separaban y oponían, sino la doctrina misma y el espíritu. Ha de decirse más bien que responden a dos orientaciones y a dos tendencias distintas. Los del Norte son más abiertos y liberales, los del Sur son más cerrados, literalistas e intolerantes. Suelen ser más acremente hostiles a la Iglesia Católica. Tienen un fervor misionero que reviste todos los caracteres de una cruzada contra infieles. En América Latina tienen las más florecientes misiones y las obras misionales mejor establecidas y equipadas. Su espíritu influye en obras como la gran emisora de Quito, HCJB.

El célebre predicador, internacionalmente conocido, Billy Graham, les pertenece.

Existe una magna enciclopedia en dos volúmenes, titulada *Encyclopedia of Southern Baptists*. Nashville, 1958. En ella, por obra de múltiples colaboradores, constan no sólo su historia y doctrina, sino detalladamente sus misiones y obras, país por país.

Publican también anualmente un *Southern Baptists Convention Year Book* en que dan cuenta del estado de su organización, sus avances con cifras y estadísticas.

Existen dos célebres confesiones de fe de la Denominación. La profesión de fe de Filadelfia, dada a luz en 1689. La convención Bautista del Estado de New Hampshire redactó otra confesión de fe en 1832. La primera era fuertemente calvinista; la segunda tan sólo moderadamente.

Insisten en la *libertad de conciencia*, pensamiento y expresión en el púlpito y en la asamblea; con esto han venido a convertirse en la corporación religiosa más *democrática* de Norteamérica. Otra característica suya es la libertad que otorgan a cada iglesia local. Cada iglesia fija los límites de edad para recibir a sus miembros; pero siempre se exige que el candidato sepa entender y tenga la capacidad necesaria para aceptar la enseñanza de Cristo.

Con frecuencia se agrupan las Convenciones para planificar las obras misioneras o de educación. Existe también una *Alianza Bautista Mundial* (organizada en 1905), que agrupa a los bautistas de todo el mundo.

Según parece, el nombre de *bautistas* fue un compromiso entre el nombre de *anabaptistas* (o rebautizadores) que les daban sus enemigos y el nombre de *creyentes bautizados* que ellos mismos se querían atribuir de un modo exclusivo.

Los bautistas se glorían de sentirse “afiliados a una Iglesia, no por tradición familiar ni por imposición externa de ningún género, sino por su libre y espontánea elección”. Por eso precisamente excluyen del Bautismo —puerta de ingreso para la Iglesia— a los niños, incapaces de tomar decisiones personales. “Los bautistas —nos dice uno de sus historiadores— afirman que el individuo debe arrepentirse del pecado (alcanzar el perdón) por sí mismo; creer en Jesús por sí mismo; bautizarse (decidirse a ello) por sí mismo y, finalmente, dar cuenta de sus acciones en la eternidad por sí mismo. El individuo tiene que llegar a Dios directamente, a través de Jesucristo, sin que se interpongan para nada la Iglesia, el sacerdocio, la mediación o las ordenanzas humanas”<sup>62</sup>.

Si el divisionismo corroe siempre (como por una necesidad interna) al protestantismo dondequiera que aparece, los bautistas han convertido esto casi en un motivo para gloriarse. Jamás ha existido una Iglesia Bautista; se impone siempre la necesidad de hablar de iglesias bautistas<sup>63</sup>. Se reconoce, sin embargo, cierto parentesco y cierto aire de familiaridad que los mueve a agruparse y a formar idealmente Convenciones o Alianzas, como hemos visto. La “Alianza Mundial Bautista” (Baptist World Alliance) sumaba, en 1980, un total de 41'113.400 miembros.

Recogemos los datos que nos da la *Enciclopedia Cristiana* de Barret para los bautistas:

1970: 369 denominaciones bautistas, que totalizaban 153.169 iglesias bautistas; 29'691.500 miembros adultos.

62. RONE, W. H., *The Baptist Faith and Roman Catholicism*, Kingsport, 1952, p. 156.

63. Expresamente nos dice Giles: “No es correcto referirse a la Iglesia Bautista; más bien nos referimos a las iglesias bautistas que existen...” (*Op. cit.*, LAUD., p. 65).

Total de la comunidad:  
1970: 42'399.500  
1980: 47'550.300  
1985: 50'321.900

El grupo más numeroso es el de los EE. UU., donde hay, según los datos de Hevíá Cangas: 28'500.000 creyentes reunidos en 95.000 congregaciones.

Hay asimismo colectividades bautistas importantes en otros países. En nuestra América la más importante es la del Brasil, con 442.000 miembros. También en la India, con 760.000 miembros; en la Unión Soviética, con 539.000; en Birmania, con 308.000, y en el Reino Unido, con 253.000.

## Doctrinas bautistas

Dado el peso que tienen y el enorme influjo que ejercen en los EE.UU., y consecuentemente entre nosotros, vale la pena dedicar un análisis un tanto detenido a las doctrinas que profesan los bautistas.

1. *La Biblia como única norma.*
2. *El concepto de Iglesia.*
3. *El sistema sacramentario:*

- A. a) el bautismo
- b) los efectos del bautismo
- c) el bautismo de los niños
- d) el bautismo de inmersión.

B. La Eucaristía.

4. *El Culto y la predicación.*
5. *El pecado, la justificación:*
  - a) pecado original
  - b) justificación, seguridad de la salvación.

6. *La Iglesia y el Estado.*

1. *La Biblia.* Enseñan los bautistas, al igual que los otros protestantes, que la Biblia es la única autoridad en materia religiosa.

Se trata naturalmente de la Biblia incompleta que usan siempre los protestantes (sin los 7 libros llamados deuterocanónicos).

Al decir “sólo la Biblia”, excluyen el Magisterio (contra lo que dice la misma Biblia en Lc 10, 16 o en Mt 28, 19-20); excluyen asimismo el valor autoritativo de la Tradición (contra lo que encontramos en 2Ts 2, 15; 3, 6; 1Co 11, 2; 15, 1-2; Lc 1, 1-4).

Su interpretación de la Biblia suele ser literal y “fundamentalista”, sin los adelantos que la crítica moderna ha aportado a las ciencias bíblicas. Nada de géneros literarios, nada de crítica histórica, nada de *Sitz im Leben*, o conocimientos arqueológicos; nada de análisis de las fuentes.

Practican asimismo la “interpretación privada” de la Escritura, al margen de cualquier magisterio autorizado, en contra de lo que enseña 2P 1, 20. Sin embargo, es obvio que entre ellos los textos de la Biblia reciben una determinada interpretación *tradicional* que sirve para darles la necesaria unidad interna y los hace ser “bautistas”.

2. *Eclesiología bautista.* En pocas doctrinas insisten ellos más que en la del contacto directo con Dios sin intermediarios. No siempre advierten que la Biblia —letras materiales, libro material, autores humanos, lenguaje humano, procedimientos humanos de composición y transmisión— es ya una tremenda mediación entre ellos y Dios.

Pero su afán es, obviamente, suprimir toda autoridad humana para depender sólo de Dios. Así han eliminado toda jerarquía: una vez asegurado el sacerdocio supremo de Cristo, ya no hay más sacerdocio, ya no hay más sacerdotes. Y se saltan alegremente los textos, como Hb 13, 17 o Jn 20, 23, que hablan de los poderes concedidos por Cristo a los hombres en orden a la salvación.

Como ya dijimos, han dado gran importancia al individuo aislado, y han sido los grandes promotores de la libertad de conciencia. Personalistas e individualistas, sus iglesias vienen a ser un agregado de unidades que no llegan al concepto corporativo y vital del Nuevo Testamento sino en un ideal puramente espiritual.

La Biblia, sin embargo, nos muestra otro camino: Rm 12, 4-5; 1Co 12, 12-27; Jn 15, 1-6; 21, 15-17; 10, 1-16; Ef 1, 22-23; 4, 16.

El concepto de una Iglesia —única— fundada por la acción misma de Cristo, Iglesia visible, destinada a recoger a los futuros miem-

bros del Reino de Dios, está entre los bautistas muy borroso. Una Iglesia, investida por Cristo de poderes sobrenaturales, no entra ciertamente en su mentalidad. Una Iglesia, mediación o sacramento de salvación, es algo que ellos rechazan con todas sus fuerzas.

“Los bautistas creemos que toda alma tiene derecho de allegarse a Dios como le plazca. Dios no hace distinción de personas. Por eso negamos a cualquier Papa, sacerdote, santo, Virgen, institución eclesiástica o cualquier otra cosa en el cielo o en la tierra, el derecho de interponerse entre el alma y su Creador. *Sólo hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo*. Esto hace imposible el bautismo de los niños y también, como contrario a la Escritura, la presencia de padrinos, sustitutos, procuradores o intermediarios de cualquier género”<sup>64</sup>.

“Todos los hombres tienen derecho a creer, practicar enseñar públicamente las opiniones religiosas que les plazca, con tal que no sean contrarias a la moralidad común ni hagan injusticia a los demás”<sup>65</sup>.

Quieren persuadirnos de que, “según el Nuevo Testamento, los creyentes en las iglesias primitivas se gobernaban en forma democrática”<sup>66</sup>. A pesar de que los Apóstoles gobernaban, y no precisamente por elección de la asamblea, y de que pronto aparecerían los grados de la jerarquía bien constituidos: Hch 15, 2.4.6; a saber: obispos, presbíteros y diáconos (Hch 20, 28; Tt 1, 5-7; Flp 1, 1; Hch 14, 23; 1Tm 5, 17 etc.), ellos asientan tranquilamente: “Pero no encontramos base para un gobierno de episcopado, o de presbíteros, en el Nuevo Testamento”<sup>67</sup>.

Ellos han sido en todas partes los grandes fautores del régimen “congregacionista”: “Creemos —dicen— que el pastor es el líder espiritual, y en muchas ocasiones la congregación seguirá sus consejos, pero las decisiones las deben hacer los miembros de la congregación y no el pastor o un cuerpo eclesiástico”<sup>68</sup>.

64. *We Southern Baptists*, Nashville, 1954, p. 17-18.

65. Hizcox, *The New Directory for Baptist Churches*, Filadelfia, 1953, p. 12.

66. Así dice textualmente Giles James en: *Esto creemos los bautistas*. Casa Bautista de Publicaciones, 1977, p. 58.

67. Así afirma el mismo autor, p. 58.

68. *Ibid.*, p. 59.

Frente a esto el Nuevo Testamento: Hb 13, 17; 2Co 13, 10; 10, 8; 10, 6; 1Co 11, 34. El régimen que nos muestran las Cartas pastorales dirigidas a Tito y a Timoteo, nos hace ver de qué autoridad estaban ellos vestidos en la Iglesia o Congregación: 1Tm 5, 17; Tt 2, 15; 1Tm 5, 20; 4, 11.

En las iglesias bautistas, elegidos democráticamente, encontramos ministros, pastores, diáconos. Son oficiales que prestan servicio, pero su función o categoría no es permanente. Es posible que no haya ni siquiera una “ordenación”, sino tan sólo el nombramiento o designación por parte de la congregación a la que van a servir. Con eso sólo ellos, sin embargo, se sentirán con aliento para presidir el culto, y aun la Eucaristía y el bautismo. Cuando la asamblea lo decida, volverán a su condición de fieles comunes.

Son, en cambio, muy rígidos en exigir que los miembros de la Congregación formen realmente, como dicen “una membresía regenerada”. “No se puede concebir un inconverso como miembro del Cuerpo de Cristo”<sup>69</sup>.

Es la gran aspiración de toda la Iglesia: que todos sus miembros sean absolutamente puros, inmaculados y santos. Pero Cristo ya nos advirtió contra un excesivo puritanismo: Mt 13, 47-50; 13, 40-42, en que el Reino de Cristo se compara con una red en la que, codo con codo, se encuentran juntos buenos y malos hasta la consumación de los siglos; y en la otra parábola no deja de ser *Iglesia de Cristo*, o *Reino* suyo, esa Iglesia en que coexisten trigo y cizaña, buenos y malos hasta la separación que sólo se hace al fin del mundo.

Parecería que, cuando se excluye de la Iglesia a los pecadores y se exige que todos los miembros de ella sean santos e irreprochables, el resultado es la maravilla de ver cumplido el ideal que trazó san Pablo cuando dijo que la Iglesia había de ser “*radiante, sin mancha ni arruga, ni nada parecido, antes bien, santa e irreprochable*” (Ef 5, 27). Pero la verdad es que este hermoso ideal escatológico y reservado para el término y llegada, si se lo quiere aplicar a este mundo, empobrece lamentablemente a la Iglesia.

69. *Id. Ibid.*, p. 58.

Suena a paradoja. Pero consideremos que, si la Iglesia se convierte en el refugio tan sólo de los santos y puros, ya no es el maravilloso instrumento de salvación que Cristo dejaba en este mundo, abierto y ofrecido a todos, buenos y malos. La Iglesia entonces no alimenta a los débiles, sino que recibe y alberga tan sólo a los fuertes. Suponemos que igualmente la Iglesia no instruye ni adoctrina, sino que recibe y conserva únicamente a los doctos, sabios e instruidos.

En cambio, según la enseñanza de Cristo, prolongada por san Pablo y los Apóstoles, la Iglesia es esta realidad visible con justos y pecadores dentro. Es este ámbito en el que obra continuamente el Espíritu Santo (Jn 14, 16), y donde habita todos los días y para siempre Cristo (Mt 28, 20). Es el campo que da fruto, cincuenta, sesenta o ciento por uno (Mc 4, 8); pero que tiene también la cizaña junto al trigo (Mt 13, 36ss.). Es la red de Pedro, que hace una espléndida pesca bajo la perpetua dirección de Cristo (Lc 5, 1ss.; Jn 21, 3-11); pero que entre sus mallas recoge por igual los peces buenos y los malos (Mt 13, 47-48).

3. *El sistema sacramentario.* Los sacramentos entre los bautistas, como sucede con los demás protestantes desde Lutero, han quedado reducidos a dos: Bautismo y Santa Cena.

Sin embargo, los bautistas se apresuran a decirnos que, en rigor, no son “sacramentos”, puesto que no son vehículos de la gracia o instrumentos de salvación. Así ellos prefieren llamarlos “ordenanzas”. Nosotros —nos dice Giles— “no tenemos sacramentos, sino ordenanzas”<sup>70</sup>. “Una ordenanza —continúa— es una ceremonia que Cristo ordenó. Las ordenanzas mandadas por Cristo son dos: el bautismo y la cena del Señor”<sup>71</sup>.

Con esto, la noción sacramental ha quedado empobrecida y vaciada de su contenido. Es una ceremonia vacía que se sigue cumpliendo por obediencia. Pero no produce en el alma efecto ninguno de salvación o gracia sobrenatural.

a) *El bautismo.* Según hemos indicado, circunstancias históricas concretas hicieron que llegaran a quedarse con este nombre de “Bautistas”; pero, tal como están ahora las cosas, esta designación es casi una ironía, porque con ese nombre uno esperaría que fuera el grupo cristiano que más importancia diera al bautismo y que había

70. *Op. cit.*, LAUD., p. 67.

71. *Ibid.*, p. 67.

de ser campeón o defensor de los efectos del bautismo, tal como se ve en los numerosos textos bíblicos que hablan de él. Pero en realidad no es así. A veces quieren entroncar con el bautismo de Juan, con lo que no serían ni cristianos sino precristianos.

Su idea del bautismo es de lo más pobre. En realidad, se reduce a decirnos que el bautismo es el testimonio que el creyente da, ante la asamblea, de su fe. En vez de ser la acción de Dios sobre el creyente para comunicarle los bienes de la Redención de Cristo (sacramento), es un acto del hombre para manifestar ante la congregación que cree. “Libertad religiosa y libertad de conciencia definen mejor y caracterizan mejor al creyente Bautista que su relación con el bautismo”, dice Whalen<sup>72</sup>.

Repetidamente nos dicen: “Es un acto de obediencia a los mandamientos de Cristo”; “es un testimonio público de nuestra fe en Cristo”; “por medio del bautismo... declara ante todos que pertenece a la familia de Dios...”<sup>73</sup>.

b) Negativamente nos dicen que el bautismo *no salva*, no confiere nada en orden a la salvación. Airadamente a veces dictaminan que “no se gana la salvación con ritos externos”. Giles asienta, por su parte: “El bautismo no es necesario para la salvación, pero cada creyente debe ser bautizado”<sup>74</sup>.

El Nuevo Testamento, por el contrario, nos dice: “*El que creyere, y se bautizare, se salvará*” (Mc 16, 16). En donde vemos que para salvarse se exigen dos cosas, a saber: la fe y el bautismo. Y en Jn 3, 5 se nos enseña que “*el que no renaciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*”. Este texto nos habla del bautismo cristiano (el agua más el Espíritu Santo); nos dice que el bautismo nos hace renacer (nuevo nacimiento) y nos dice que sin el bautismo nadie puede entrar en el Reino de Dios.

Igualmente san Pedro (1P 3, 21) nos enseña terminantemente que el bautismo sí salva. Lo compara con el arca de Noé que salvó “*a través del agua*” a ocho personas y nos dice que de ese mismo modo, es decir, a través del agua, “*el bautismo ahora nos salva*”.

72. WHALEN, William J. Whalen, *Separated Brethren*, Our Sunday Visitor, Inc. Huntington, Indiana.

73. GILES, *Op. cit.*, LAUD., p. 69.

74. *Ibid.*, p. 70.

En cuanto a otros efectos del bautismo, contentémonos con esta breve enumeración:

\*El bautismo es un acto de salvación: Tt 3, 5; Rm 8, 23-24; Hch 2, 40; 16, 30.33; Ef 2, 5; 1P 3, 20-21.

\*El bautismo es una resurrección espiritual: Rm 6, 4-5; Col 2, 12.

\*El bautismo nos da la configuración con Cristo: Ga 3, 27; Rm 6, 3.

\*El bautismo nos comunica el Espíritu Santo: Hch 1, 5; 2, 38; 9, 17.18; 11, 16; 19, 5-6; 1Co 12, 13; 2Co 1, 22; Mt 3, 11; Tt 3, 5-6.

\*El bautismo es un nuevo nacimiento: Jn 3, 3-5; Tt 3, 5; 1P 1, 3; 2, 2; mediante el cual venimos a ser hijos de Dios: Ga 3, 26-27; Jn 3, 6; Rm 8, 15-16; Jn 1, 12-13.

\*El bautismo nos hace formar un solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo: 1Co 12, 13.27; Ef 4, 3-6.

\*El bautismo nos hace pasar de las tinieblas a la luz; así, el bautismo es una iluminación: Ef 4, 18; 5, 14; 1P 2, 9; Jn 1, 9; 1Jn 1, 6-7.

\*El bautismo perdona los pecados: Hch 22, 16; 2, 38; 1Co 6, 11; 1P 3, 21; Ef 5, 26-27; Tt 3, 5; Hb 10, 22-23.

### c) *El bautismo de los niños*

Una vez que los bautistas han asentado que el bautismo es, no un acto de Dios en el creyente, sino, un acto del creyente ante la congregación, es obvio que los niños quedan excluidos del bautismo. "El creyente tiene que ejercer su propia voluntad y por eso tiene que ser una persona responsable. No puede ser un niño recién nacido que no puede hacer uso de su voluntad ni ser responsable"<sup>75</sup>.

Defensores de la persona en su aspecto más individual, no aceptarán los enfoques solidarios que presenta la Biblia, y cada cual responderá sólo por sí. El papel que los padres o los padrinos puedan tener se rechaza enérgicamente. En cambio nos relatarán, a modo de ejemplo edificante, que el reverendo John Smyth, fundador de los bautistas ingleses, "se bautizó a sí mismo y después bautizó a los demás que habían llegado a esa misma conclusión"<sup>76</sup>.

75. *Ibid.*, p. 71.

76. *Ibid.*, p. 74.

Nosotros, mirando el Evangelio, observaremos cómo Jesús para conceder la gracia de sus milagros exigía como requisito indispensable la fe (Mc 9, 23; Mt 9, 28-29; Lc 8, 50; Mt 13, 58).

Si no había fe, Jesús se rehusaba a hacer milagros. Al igual que si no hay fe, no puede haber sacramento. Pero la fe de la mujer cananea sirvió para dar la salud a su hija (Mt 15, 28); la fe del centurión sirvió para la curación de su esclavo (Mt 8, 10.13). El funcionario de Cafarnaúm pidió por la salud de su hijo, y esto bastó para que Jesús concediera al hijo la salud (Jn 4, 50-54). Cosa semejante con el padre del lunático (Mc 9, 22-26), o con el paralítico (Mc 2, 5).

No nos sorprende que, mientras se dedican a hacer hincapié en la individualidad de las acciones del hombre y en su inalienable libertad, los bautistas hayan venido a descuidar los aspectos, no menos fundamentales, de la solidaridad que rige entre los hombres. Todos somos solidarios. Lo somos más todavía en el Cuerpo de Cristo y en la Iglesia Cristiana (1Co 2, 13-27). Los hijos son solidarios con sus padres. Por eso esa frase tan desconcertante que encontramos en los Hch 16, 30-31. Pregunta el carcelero de Filipos:

"Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?"

Pablo y Silas le contestan:

"Cree en el Señor Jesús  
y serás salvo tú y tu casa"

(Hch 16, 30-31).

Es indispensable recoger esta afirmación bíblica en su integridad, pues con frecuencia se la cita mutilada: "¡Cree en el Señor Jesús y serás salvo!". El texto de la Biblia nos dice:

"Cree tú...

y serás salvo tú y tu familia".

La fe de los padres recubre también a los hijos, porque los padres son responsables de los hijos dentro del orden natural de las cosas establecido por Dios.

El Bautismo es un acto soberano y gratuito de Dios mediante el cual se otorga la gracia redentora de Cristo. Visto desde otro ángulo, puede también decirse que es un acto de la Iglesia que, como Esposa de Cristo Salvador, engendra hijos para Dios haciéndolos nacer del agua y del Espíritu (Cf. Tt 3, 5-7).

El Bautismo cristiano es comparado a la circuncisión (Col 2, 11-12) que era el rito ordenado por Dios para entrar en la Alianza con Dios y entrar a formar parte del Pueblo de Dios. Este rito se aplicaba a los niños a los ocho días de nacidos (Gn 17, 12; Lv 12, 3; Lc 2, 21). Como la Ley de Dios era severísima a este respecto y quien no hubiera sido circuncidado quedaba eliminado de su pueblo (Gn 17, 14), todas las demás leyes se subordinaban a ésta: así se circuncidaba aunque fuera en sábado (Jn 7, 22), para que la criatura entrase en el Pueblo de Dios cuanto antes. Los padres salían responsables de las graves obligaciones que este compromiso imponía, mediante la circuncisión se entraba en el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento y se recibían los bienes de la Alianza Antigua; mediante el Bautismo se entra en el nuevo Pueblo de Dios o Iglesia del Nuevo Testamento, y se reciben los bienes de la Redención de Cristo y de la Nueva Alianza; queda así uno injertado en el Cuerpo de Cristo para pertenecerle definitivamente a El. El Bautismo de los niños es una necesidad y es al mismo tiempo una obligación para los padres cristianos.

Lutero bautizaba a sus hijos recién nacidos, y así los primeros reformadores. Hasta que vinieron los fanáticos anabaptistas. Ni siquiera Calvino prohibió el Bautismo de los niños. Sólo en la mente de Münzer y de los anabaptistas surgió tal pensamiento, poco cristiano.

Hablando de la idea anabaptista de dejar a los niños sin bautizar hasta que sean capaces de escoger por sí mismos, escribe Calvino:

“Todo eso repugna maliciosamente a la verdad de Dios. Porque si se los deja como meros hijos de Adán, se los deja en la muerte, tal como se dice (en la Escritura), en Adán no podemos hacer otra cosa que morir. Al contrario, Jesucristo dice que *se deje que los niños se acerquen a El* (Mt 19, 14). ¿Por qué? Porque El es la vida. El quiere, por tanto, hacerles participar de sí para darles vida” Y en forma conclusiva nos dice: “Finalmente retengamos esta sencilla afirmación, a saber, que mientras no haya sido regenerado en el agua viva, nadie entrará en el Reino de Dios”<sup>77</sup>.

d) *Bautismo de inmersión*. Los bautistas insisten en que el único bautismo válido es el que se administra por inmersión. Argumentan que el Verbo ‘*baptizô*’, que usa el Nuevo Testamento en griego, sig-

nifica necesariamente “sumergir”. Igual cosa ‘*baptô*’, de donde procede ‘*baptizô*’. De estos vocablos griegos viene nuestro verbo *bautizar* con sus derivados: *bautismo*, *bautismal*, *bautista*, *rebautizar*, *rebautizante*, *bautisterio*, *anabaptista*.

Debemos reconocer que la noción de “sumergir” no sólo es la original del verbo, sino que predomina en el empleo, tanto en el uso profano como en el uso religioso, de estos vocablos. Así, el Bautismo por inmersión fue siempre el más usado en la antigüedad y aun ahora la Iglesia lo da por legítimo en su Código de Derecho (canon 854) a la par que el Bautismo de *infusión*, es decir derramando agua sobre la cabeza.

El Nuevo Testamento aprovechará varias veces el simbolismo de la *inmersión*. Pero ya veremos que también se sirve del simbolismo de la *infusión*.

Del sentido estricto de sumergir se pasó a significar las abluciones rituales que entre los judíos se usaban para la purificación legal. En este sentido usa el verbo y el sustantivo un contemporáneo del Nuevo Testamento como Flavio Josefo<sup>78</sup>.

Y en el mismo Evangelio se mencionan, entre los ritos judaicos, “*los bautismos de copas y de jarros y de vasos de cobre y de lechos*” (Mc 7, 4) y nos dice también que los fariseos, “*al volver de la plaza, si no se bautizan, no comen*” (Mc 7, 4:VM). ¿Es creíble que siempre que volvían de la plaza los fariseos se *sumergieran* íntegramente en el agua? Es esto tan claro que algunos manuscritos han tratado de introducir más bien “si no se rocían con agua” (‘*rhantisontai*’ en vez de ‘*baptisontai*’). ¿Es creíble que sumergieran en el agua *las camas*? Copas, jarras y vasos pueden sumergirse. Pero ¿*los lechos*?

Lo que vemos en éste y en los otros casos que vamos a citar es que la palabra se había generalizado y que ya para aquella época no retenía siempre su valor etimológico de *sumergir*, mojando íntegramente. En el Apocalipsis “un manto manchado de sangre” se usa con este verbo (Ap 19, 13: gr. ‘*himation bebammenon haimati*’).

Pero, sobre todo, observamos que cuando se habla de Bautismo en el Espíritu Santo y fuego (Mt 3, 11 = Lc 3, 16 = Jn 1, 33 = Hch 1, 5) y se dice que esto se cumplió en Pentecostés, claramente vemos que “*el Espíritu Santo descendió sobre ellos en forma de lenguas de fuego que se posaban sobre sus cabezas*” (Hch 2, 2-4). Porque

78. *Antigüedades*, 18.

77. *Institución cristiana*, IV, 16, 17 y 25: O. C. T. 4, pp. 951 y 963.

tratándose de los bienes espirituales, la configuración material no es necesario que sea rigurosa. Por eso se entiende que la posición de los bautistas es demasiado material: “Por razón de nuestra insistencia en la inmersión —escribe J. E. Dillard— la gente piensa que nosotros creemos en la regeneración bautismal; en otras palabras, que para salvarse haya que recibir el Bautismo. Esto es exactamente lo que los bautistas no creemos. En nuestra opinión, uno tiene que creer primero y luego ser Bautizado. El bautismo *no nos procura nada*; se contenta con declarar...”<sup>79</sup>.

Lo mismo ha de decirse de otras expresiones del Nuevo Testamento como “*bautizarse en Moisés*” (1Co 10, 2), donde se explica que los israelitas se bautizaron, pero simbólicamente, con el Espíritu Santo que se representaba en la nube que cubría sus cabezas, y se adhirió a la obediencia de un caudillo, a saber, Moisés; y atravesaron el mar. Ese fue su bautismo. “*Atravesaron el mar...*” (1Co 10, 1); sí, pero sin mojarse los pies... Sin embargo, eso fue “*bautizarse en la nube y en el mar*” (1Co 10, 2).

La profecía de Ez 36, 25-27 anunciaba: “*Os rociaré con agua pura y quedaréis limpios, y os daré mi Espíritu...*”. Esta profecía es la que se cumple en el Bautismo.

Lo legítimo parece, en consecuencia, mantener el Bautismo de *infusión* junto al Bautismo de *inmersión*. No dando demasiada importancia a la forma sino al contenido espléndido de lo que es el Bautismo cristiano con todos los bienes que nos aporta. Lo que sucede es que, una vez que se lo ha vaciado de su contenido, hay que aferrarse tenazmente a la forma. Necesidad psicológica. Porque resulta curioso y extraño que quienes más han vaciado el Bautismo de su contenido espiritual, sean precisamente quienes más quieren reclamar la forma externa y los que más se apeguen a su modo de inmersión.

B. *La Cena del Señor o Eucaristía*. “Al leer los cortos capítulos dedicados por los bautistas a la doctrina eucarística, experimenta uno el mismo frío que al entrar en sus iglesias y comprobar allí la ausencia total de todo símbolo eucarístico”: así se expresa Prudencio Damboriena<sup>80</sup> al abordar este punto.

79. *We Southern Baptists*, p. 21.

80. DAMBORIENA, P., *Fe católica e iglesias y sectas de la Reforma*, Madrid, Razón y fe, 1961, p. 669.

La cumbre de toda la vida cristiana, que es la Eucaristía, el sacramento por antonomasia, desaparece totalmente de su horizonte teológico. No tiene puesto alguno en su vida. En su exposición sacramental, obviamente, más se preocupan de decirnos lo que no es y lo que otros creen y ellos no, que lo que constituye su propio pensar.

Giles asienta crudamente: “Nosotros creemos que el pan sigue siendo pan, y el vino sigue siendo vino, aun después de la acción de gracias que pronuncia la persona al celebrar la ordenanza”<sup>81</sup>.

La Eucaristía, despojada de su valor sacramental, es una reunión de la Comunidad para conmemorar la Muerte redentora de Cristo. Es también reunión de compañerismo horizontal.

Pero repetidamente nos dicen que “no hay gracia especial que se imparta al creyente”. Al referirse a la distribución de la comunión hablan sencillamente de “los elementos”. No son otra cosa.

Junto a esta desoladora pobreza, pondremos llenos de reverencia, las enseñanzas de la Palabra de Dios.

\* 1Co 10, 16:

“El cáliz de bendición que bendecimos,  
¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?  
Y el pan que partimos,  
¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo?”

Jn 6, 51:

“Si alguno comiere de este pan vivirá para siempre;  
y el pan que yo os daré es mi carne  
para vida del mundo”.

Mt 26, 26-27:

“Tomad y comed:  
esto es mi cuerpo”.  
“Bebed todos de él,  
porque ésta es mi sangre de la Alianza”.

El realismo sacramental que se ha conservado en la Iglesia Católica, y nos viene desde la Iglesia Apostólica, entronca perfectamente con la enseñanza bíblica. En el s. XVI esta línea doctrinal se quebró con Lutero. Semejante quiebra se prolonga hasta nuestros días en las iglesias protestantes. Los bautistas en esto no son sino un grupo más que vive apartado de la Iglesia de Cristo y de la doctrina de la Biblia.

81. *Op. cit.*, LAUD., p. 82.

#### 4. Culto y predicación

El culto cristiano católico gira en torno al sacramento del Altar. Ya entendemos que los bautistas —al igual que los otros protestantes— han tenido que buscar otro centro del culto. Este gira en torno a la predicación o proclamación de la Palabra. El centro de una Iglesia Católica y su parte más significativa es el Altar mayor. El punto más destacado y punto adonde todo confluye, en los templos protestantes, es el púlpito o atril desde donde se predica.

Las paredes, fríamente despojadas y austeras, no pueden embelesarse más que con frases bíblicas como “*Dios ama al dador alegre*”, “*dad y se os dará*”, u otras semejantes.

El culto de las iglesias bautistas se concentra principalmente en estos tres puntos: la *predicación*, la *oración* y los *himnos*.

Su predicación ha logrado sintetizar en pocos puntos todo su concepto de la Salvación y normalmente se despliega en este esquema soteriológico elemental:

1. Usted es pecador (en realidad, todos los hombres).
2. Usted necesita un Redentor...
3. Que no puede ser sino Cristo.
4. Si usted acepta a Cristo como su salvador personal, será salvo.

Estoy seguro de que el predicador bautista común no tiene más doctrina en su repertorio sino machacar y machacar este esquema sencillísimo y elemental. Ingeniosamente podrá añadir una historieta o ejemplo, o matizar el esquema con algún rodeo; pero él sabe que siempre deberá reproducir incansablemente este esquema en que ha quedado cifrada toda su teología, y cuya eficacia se supone probada por la experiencia. Este es el martilleo elemental y monótono en que se resume todo el hermano Pablo, todo Palau y toda la H.C.J.B., el predicador internacional Billy Graham.

Gozosos de haber logrado compendiar tan plenamente la salvación en esos escasísimos principios, nos repetirán:

“Debemos hacer hincapié en el hecho de que no es necesario hacer más para lograr la salvación. Algunos enseñan [nunca los bautistas, claro está] que uno tiene que ser bautizado, y otros hablan de la necesidad de dar limosnas [esto parece una burla, una broma], haciendo que la salvación dependa de las obras

personales. La Biblia hace claro que la salvación viene por medio de la gracia de Dios con la fe del hombre después del arrepentimiento”<sup>82</sup>.

La oración suele entre ellos practicarse sistemáticamente mediante la improvisación, con fórmulas espontáneas. Llegan incluso a criticar a los católicos porque, según ellos, nunca oran sino sólo rezan; pues habitualmente recurren a fórmulas hechas.

Lo que deberíamos todos saber es que hay oraciones vocales perfectamente válidas. Como cuando al Señor nuestro Jesucristo sus discípulos le pedían: “*Señor, enséñanos a orar*”, y El como respuesta a su pedido les enseñó la maravillosa oración del Padrenuestro: “*Vosotros cuando oréis decid: Padre nuestro que estás en los cielos...*” (Lc 11, 1-4; Mt 6, 9-13).

También pensaremos que el mismo Cristo, estando en el trance supremo de la cruz, para dirigirse a su Padre en oración usó las fórmulas que se encontraban en los Salmos, como “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Sal 22, 2 = Mt 27, 46) y otras. Por otra parte, el libro entero de los Salmos ¿qué otra cosa es sino un hermoso libro de oraciones? Y se trata, por tanto, de fórmulas hechas ya.

No queremos con esto negar, ni mucho menos, el valor de las fórmulas improvisadas y espontáneas. Tienen un valor muy especial y deben mantenerse. Pero sería lamentable desdeñar, con este pretexto, a los que no pueden otra cosa que valerse de las fórmulas hechas, o por otro motivo, en una u otra circunstancia, recurren a ellas.

Orar es comunicarse con Dios. Se puede dejar que nuestro corazón, aun sin palabras, se expanda ante Dios en alabanza, en acción de gracias o en petición. Pero las fórmulas que Dios mismo ha inspirado en el texto sagrado, o las bellas fórmulas que la liturgia o el uso secular de la Iglesia nos ponen delante, son un hermoso medio de acudir a Dios y tienen el respaldo de tantas y tantas generaciones que se han servido de ellas.

#### 5. El pecado y la justificación

No son muy claras las enseñanzas de los bautistas sobre el pecado original y sobre su transmisión a los descendientes de Adán. Más nos refieren lo que otros han dicho sobre estos temas (Calvino, Ar-

82. Palabras textuales de J. Giles en: *Esto creemos los bautistas*, p. 49.

minio) que lo que ellos mismos profesan. Inclinados como son a destacar la responsabilidad personal por encima de todo, no parecen dar importancia al pecado original transmitido por herencia. O a lo más nos dicen que “la depravación es la debilidad que todo hombre tiene al nacer con la naturaleza humana que Adán tuvo”<sup>83</sup>.

De acuerdo con esto, hacen más énfasis en los pecados personales que son los que al hombre le hacen propiamente pecador. Así, Giles abiertamente nos dice: “El hombre no se condena por el pecado de Adán y Eva; se condena por sus propios pecados”<sup>84</sup>.

En cuanto a “los niños que mueren sin Bautismo en la infancia”, ellos aseguran que se salvan, “no porque estén del todo ajenos a la operación de la tendencia hereditaria al pecado, sino porque Cristo expió por toda la raza humana, y los niños que mueren antes del pecado actual tienen de alguna manera participación en las bendiciones de aquella expiación”<sup>85</sup>.

Giles lo presenta de otro modo, pero viene a parar en lo mismo: el sentido y la realidad del pecado original quedan muy atrofiados y disminuidos. Y, desde luego, ni uno ni otro nos explican cómo se lleva a cabo, sin el Bautismo, la aplicación concreta de la Redención de Cristo en cada caso. Dice así: “Creemos que el niño es inocente delante de Dios hasta el momento de cometer un acto voluntario de rebeldía o desobediencia a Dios... Si el niño muere antes de llegar a la edad para pecar en un acto responsable y voluntario, entonces va al cielo, “porque de los tales es el reino de los cielos” (Mt 19, 14). Los padres no tienen ninguna razón para temer cuando no bautizan a sus niños”<sup>86</sup>.

Junto a estas afirmaciones recordemos brevemente los textos bíblicos que se suelen alegar para sostener la enseñanza del pecado original.

a) San Pablo, en Rm 5, 12-19, nos enseña cómo todos los hombres, aunque personalmente no hayan pecado, tan sólo por descender de Adán y por la transmisión del pecado de Adán, “han quedado constituidos pecadores”.

83. GILES, *Op. cit.*, LAUD, p. 45.

84. *Ibíd.*, p. 71.

85. MULLINS, E. Y., *Baptist Beliefs*, p. 65. *Apud*, Damboriena. *Op. cit.*, p. 656.

86. GILES, *Ibíd.*, pp. 71-72.

12 “Así como por un solo hombre el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte, así la muerte ha pasado a todos los hombres, por cuanto todos han pecado...”

17 Por la transgresión de uno solo...  
reinó la muerte...  
Por la transgresión de uno solo  
llegó a todos la condenación...  
Por la desobediencia de uno  
los muchos quedaron constituidos pecadores...”.

b) Ef 2, 3: “*Todos somos hijos de ira por naturaleza*”: con sólo nacer incurrimos en la cólera y el alejamiento de Dios. El pecado original ha producido en nosotros un debilitamiento de nuestras energías espirituales, ha acarreado sobre nosotros la muerte como castigo; nos ha dejado una propensión hacia el pecado (concupiscencia); pero lo principal es la privación de la amistad de Dios (gracia santificante), que nos hace sin más merecedores de condenación, a no ser que la Redención de Cristo nos libre de este estado.

c) Salmo 51, 5: El salmista se quejaba: “*En culpa nací y en pecado me concibió mi madre...*”.

Para la justificación de los adultos, los bautistas, como todos los protestantes, piden la fe, pero más insisten en el arrepentimiento como acción conjunta. Con mucha frecuencia insisten en el sentimiento del redimido, y como condición para bautizarlo requieren que previamente haya tenido una experiencia religiosa de estar salvado.

Ausente del protestantismo primitivo, es éste un residuo que ha quedado de los movimientos pietistas del siglo XVIII, tales como el *metodismo* o de los *avivamientos* evangélicos del siglo pasado. Frente a la rutina, a veces fría, de la observancia de las iglesias establecidas, buscábase la experiencia religiosa individual.

Este nuevo elemento —de carácter casi sentimental— desempeña en muchas denominaciones protestantes un papel importantísimo. No será admitido en la iglesia para el bautismo quien no haya tenido esta experiencia de salvación. Por otra parte, quienes han experimentado en sí mismos la salvación, quienes se sienten ya salvados, son exhortados a pensar que poseen ya esta salvación en forma que no la pueden perder en modo alguno.

Esta doctrina de la *seguridad de la salvación* repetidas veces ha aparecido y en diversas formas en el protestantismo. Lutero la exponía casi brutalmente cuando decía: “Mira qué rico es el cristiano, que, aunque quiera, no puede perder su salvación por más pecados que cometa, con tal que persevere en creer. Porque ningún pecado puede condenarle si no es el de incredulidad”<sup>87</sup>.

Giles la afirma expresamente<sup>88</sup>, y se dedica a buscarle a esta doctrina las bases de fundamentación bíblica. Cita Jn 5, 24: “De cierto, de cierto os digo: el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, pues ha pasado de la muerte a la vida”, y comenta: “Es una promesa que viene de Cristo y nos dice que nunca tendremos la condenación”<sup>89</sup>. “Los que hablan de la posibilidad de perder la salvación —prosigue— no entienden la naturaleza de la salvación y de la fe salvadora”<sup>90</sup>.

Pero los autores que así razonan como el señor Giles, cometen una confusión entre la *Redención objetiva*, total, plenaria, obrada ya íntegramente por Cristo, y la *Redención subjetiva*, tal como se lleva a cabo en el presente, a medida que los hombres, cumpliendo las condiciones requeridas a lo largo de los siglos y generaciones, se asimilan los frutos del sacrificio redentor de Cristo.

Esta salvación no se adquiere de una vez para siempre, como pretenden los protestantes (bautistas y otros), ni está asegurada mientras vivamos en esta vida. Aquí abajo, está sujeta a los riesgos y vaivenes de nuestra condición terrenal. Por eso Cristo nos dirá que “*el que perseverare hasta el fin se salvará*” (Mt 10, 22).

Y san Pablo, hablando de sí mismo, nos confesará cuál es su pensamiento y convicción:

“Abofeteo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, después de predicar a otros, venga yo mismo a quedar reprobado”  
(1Co 9, 27).

87. Citado por Christiani, L., *Luther et Luthéranisme*, París, 1908, p. 75. La cita en Lutero procede de su obra de *Captiv. Babyl.*

88. Op., *LAUD.*, Cit., p. 51: “La duración de la salvación”.

89. *Ibid.*, p. 51.

90. *Ibid.*, pp. 51-52.

Pablo no parece ostentar esa presunción de tener ya por suya y asegurada la salvación, porque sabe que, aunque Cristo ha pagado ya sobreabundantemente por sus pecados, requiere de todos modos su cooperación hasta el fin. Ahora bien; ésta podría fallar porque, como dice él mismo, “*llevamos este tesoro en vasos de barro*” (2Co 4, 7). Por eso exhorta a sus cristianos:

“Trabajad con temor y temblor  
en la obra de vuestra salvación”  
(Flp 2, 12).

¿A qué temor se refiere? Pues, como lo dice en otra parte, “*al temor de ser arrancados*” (Rm 11, 20-22). “*Pues si a las ramas naturales Dios no perdonó, podría suceder que tampoco te perdonara a ti*”.

Así el consejo de san Pablo será: “*Por tanto, el que crea estar en pie, mire no caiga*” (1Co 10, 12) y sus afirmaciones sobre la salvación presente, ya poseída, serán siempre condicionales: “*El Evangelio por el cual sois salvos, si lo guardáis tal como yo os enseñé*” (1Co 15, 1-2). Vemos, por tanto, que la salvación que ahora poseemos es tan sólo “*en esperanza*” (Rm 8, 24; 1P 1, 3).

6. *La Iglesia y el Estado*. Suelen los bautistas recalcar mucho su posición de “una Iglesia libre en un Estado libre”. No aprueban que el Estado tenga injerencia alguna en la Iglesia. Sólo así se logrará la plena libertad de conciencia para el individuo, que ha de escoger, libre y conscientemente, el tipo de religión que a bien tuviere.

“El concepto de la libertad religiosa es uno de los principios más distintivos de los bautistas”<sup>91</sup> —nos dice Giles, en su libro tantas veces citado—. “La libertad religiosa es un término que afirma el derecho de cada persona de adorar a Dios según los dictámenes de su conciencia”. Para evitar cualquier subordinación de la Iglesia frente al Estado, rechazarán cualquier tipo de subvención, aun para sus escuelas públicas “para educar a los niños en la fe bautista”<sup>92</sup>. El mismo autor cita como apoyo, no la Biblia, sino a Juan Mackay, el cual “define la libertad religiosa como la facultad que tiene una persona de escoger su religión y de practicarla en la forma que ella

91. *Ibid.*, p. 88.

92. *Ibid.*

quiera. Esto quiere decir que los padres no toman la decisión por sus hijos, aun cuando el niño sea todavía incapaz de razonar como para tomar decisiones religiosas”<sup>93</sup>.

El mismo autor se hace cargo de algunas objeciones que limitan contra estos principios, pero recalca siempre su posición con todas las consecuencias: “Teodoro Bezaa, teólogo calvinista francés (1519-1605), hablando en contra del principio de libertad religiosa, dijo que era una doctrina diabólica, porque quiere decir que cada persona está en libertad para irse al infierno, según su propio camino. Pero recordemos que es imposible imponer la religión sobre cualquier persona”<sup>94</sup>.

“Algunos países nombran a sus representantes ante el Vaticano, porque reconocen la importancia y la influencia de la Iglesia Romana. Los líderes bautistas de los Estados Unidos siempre han estado en contra de este proceder...”<sup>95</sup>.

Las diferencias entre los bautistas y la Iglesia Católica son profundas. No lo podemos negar. Y, sin embargo, con un espíritu amplio y conciliador, ha podido escribir hace poco un bautista del Sur:

“En una edad que amenaza suprimir toda posibilidad de verdades absolutas, resulta sano conocer que hay muchos dogmas que católicos y bautistas tenemos en común: Dios como Persona, Dios Creador y Redentor, Legislador y Juez de los hombres, que se expresa a sí mismo como Trinidad; Jesús, Hijo de Dios y Salvador, mediante la expiación, Señor de todos por su Resurrección; el nacimiento virginal, el ministerio milagroso, el Reino presente y la venida final de Cristo. Estamos de acuerdo en general en la inspiración de las Escrituras, el estado pecador del hombre que requiere la gracia salvadora de Dios, la primacía del amor entre las virtudes cristianas, la sacralidad del matrimonio y otras muchas. En muchas de estas verdades nosotros, bautistas, nos encontramos más cerca de los católicos tradicionales que de algunas interpretaciones liberales protestantes”<sup>96</sup>.

93. *Ibíd.*, p. 89.

94. *Ibíd.*

95. *Ibíd.*, p. 93.

96. La afirmación es del Dr. Brownlow Hastings y la cita ha sido tomada del libro “*Separated Brethren*” de William J. Whalen, Huntington, Indiana, U.S.A.

## Capítulo XIV

# LOS PENTECOSTALES

## Antecedentes

Los movimientos pentecostales —extremadamente numerosos— se inscriben dentro de los llamados grupos de “avivamiento” o *revivals*. Pretenden, en efecto, despertar en el cristiano el fervor venido a menos por la rutina o el institucionalismo y llevarle a un despertar o avivamiento espiritual. En este sentido se podría decir que casi no tienen historia, o mejor, que su historia está por todas partes. Con razón H. Ch. Chéry mencionaba, a este propósito, los movimientos que, bajo el impulso bienhechor del Espíritu, habían producido en la Iglesia hombres como san Bernardo, santo Domingo y san Francisco de Asís o san Ignacio de Loyola. No vacilaba en llamar un “revivalista” del siglo XIV a san Vicente Ferrer, o a los grandes misioneros del siglo XVII y XVIII como el P. Maunoir o Grignon de Montfort. En otro sentido, también el P. Cardijn a comienzos de nuestro siglo.

Este mismo papel han desempeñado, entre las denominaciones protestantes, individuos como George Fox y sus Cuáqueros en el siglo XVII, o también John Wesley, el fundador del Metodismo, que sacude el materialismo y depravación de costumbres de la sociedad inglesa en el siglo XVIII. Edward Irving, profeta milenarista de los alrededores de 1830, es en Inglaterra un activo revivalista y funda la “Iglesia Apostólica”, disidente del calvinismo; del mismo modo se separan del anglicanismo los hermanos de Plymouth y de J. Darby.

El pentecostismo se presenta, en muchos casos, nos dice Damboriena, como “la reacción frente al fracaso del protestantismo inicial, en sus intentos por llevar a las almas los frutos de santificación para los que había sido fundado. En otras palabras, sería una reforma de la Reforma”<sup>97</sup>.

El siglo XIX ve en los EE. UU., un gran número de tales avivamientos con múltiples tendencias. Habría que mencionar a Charles G. Finney, el más famoso evangelizador de su tiempo en los Estados Unidos; a Dwight Moody, Hudson Taylor, Charles Studd, R. A. Toney.

Es precisamente R. A. Toney el más directo antecesor, si no precisamente el promotor, del pentecostalismo en los Angeles (California).

#### Historia:

Algunos creen que el movimiento nació en Topeka, Kansas, otros que en California. Suele también mencionarse al minero Evan Roberts en el país de Gales (Reino Unido), en 1904; y también en los Angeles al negro W. J. Seymour, en 1906; en Escandinavia al pastor Barrat, en 1906. Corrientes que luego han confluído en movimientos más o menos similares. La verdad es que, como en esos incendios que abarcan áreas dilatadas e inmensas, lo más probable es que casi simultáneamente haya brotado en diversos sitios y se haya propagado con increíble rapidez, y su impulso no se haya detenido todavía. Muchas iglesias tradicionales los han mirado no sólo con desconfianza y desagrado, sino hasta con hostilidad. Se comprende: les robaban numerosos adeptos.

Pero entonces se ha producido un fenómeno especial. Los pentecostales han penetrado en el seno mismo de las otras iglesias, no precisamente robándoles sus miembros para engrosar sus propias filas, sino penetrándolas de su espíritu. Luteranos, anglicanos, bautistas, salutistas, han sentido su arrollador influjo. La misma Iglesia Católica ha visto cómo penetraban y se difundían por todas partes los que en un principio se llamaron “pentecostales católicos” y se llaman ahora “Grupos de Renovación” o “Carismáticos”.

97. DAMBORIENA, P., *Fe católica e iglesias y sectas de la Reforma*, Razón y fe, Madrid, 1961, p. 764.

#### Caracteres:

En los grupos llamados de santidad (*Holiness Churches*) ha sido doctrina característica el predicar que el cristiano, para serlo de verdad, tiene que tener una experiencia de santificación. A ésta la llaman “segunda bendición”; pues la primera la constituye la conversión inicial o justificación. La primera experiencia consiste —como dice Ayerra, quien se apoya en J. Gordon Melton— *en nacer de nuevo*; en esa experiencia se descubre a Jesucristo como Salvador personal. Después de ser justificado y de descubrir a Cristo, la persona crece en gracia. Finalmente, su perfección es ratificada como la “segunda bendición”. En consecuencia, estas iglesias contienen miembros que están aguardando esa segunda bendición y otros miembros que ya la han recibido”<sup>98</sup>.

Así hay elementos característicos que unifiquen y caractericen de modo bien definido a los pentecostales, pero fuera de estos elementos se nos disgrega, en forma alarmante, y proliferan ante nosotros los grupos. Si, como benévolamente uno pudiera creer, se tratara tan sólo como de un fermento de cristianismo capaz de transformar la masa anodina de los cristianos rutinarios, no habría de qué escandalizarse ni necesitaríamos denunciar su divisionismo. Pero no es ése el caso. La verdad es que son puntos básicos de la fe cristiana los que están en juego y en los cuales presentan hondas divergencias.

La mayor parte de ellos creen en la Santísima Trinidad: un solo Dios, pero en tres Personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y en esto son plenamente cristianos. Pero no faltan entre ellos grupos o iglesias de “unitarios” que sostienen doctrinas modalistas: el Padre no es distinto del Hijo ni del Espíritu Santo; sino que el mismo Padre a veces se manifiesta como Hijo o como Espíritu Santo. Así, no hay Tres Personas distintas sino una sola con tres modos de manifestarse.

Creen generalmente en el pecado original, en la salvación mediante la expiación de la sangre redentora de Cristo, en el nacimiento virginal y en la divinidad de Cristo.

98. AYERRA, Jacinto, *Los protestantes en Venezuela*, c. XXXI, 2a. ed., Caracas, 1980, p. 205.

Aceptan, claro está, la inspiración e infalibilidad de las Escrituras; pero muchas veces —rezago fundamentalista protestante— creen también en la *inspiración literal* de la Biblia y, por ende, su interpretación será también literalista y pobre.

Quieren caracterizarse entre todos los cristianos por el énfasis que dan a las manifestaciones externas de los dones del Espíritu Santo. Así, sus cultos son muy movidos y aun tumultuosos. Muchas veces sus reuniones se vuelven tan desordenadas que se rompe toda dignidad y decoro. Ciertos dirigentes no sólo no cohiben tales manifestaciones sino que hasta las fomentan, y se complacen cuando “les da el Espíritu”; y después de una reunión en que la histeria colectiva se ha desbordado sin freno, retíranse satisfechos por creer que han gozado de la presencia del Espíritu.

Entre los dones del Espíritu Santo subrayan principalmente dos, a saber, la *sanación divina*, es decir, la curación milagrosa de los enfermos mediante la imposición de manos de uno a varios fieles de la comunidad o de ciertos pastores vocingleros que creen tener inherente, ellos personalmente, este don divino.

El segundo don es el de hablar en lenguas, o *glosolalia*. Algunos fieles de la comunidad, movidos, según dicen, por el Espíritu Santo, inesperadamente cantan o emiten sonidos ininteligibles para todos los demás, con los cuales pretenden alabar a Dios o transmitir a la asamblea mensajes recónditos de parte de Dios. Todo esto con la posibilidad de que, simultáneamente, haya algún otro miembro de la asamblea que reciba el don de interpretar lo que ha dicho el anterior y pueda convertir aquellos sonidos ininteligibles en lenguaje comprensible para todos.

## Iglesias diversas

Diferentes en número —sólo en EE. UU., pasan de 200, según el testimonio del especialista Elmer T. Clark<sup>99</sup>— los grupos abarcan nombres distintos y tendencias no menos distintas y desperdigadas. A veces en la denominación no aparece la palabra “pentecostal”. Enumeremos unos pocos como los más característicos:

### I. Asociaciones evangélicas

99. Cf. DAMBORIENRA, P., *Opus laudatum*, p. 760.

2. Iglesias de Santidad
3. Iglesia Pentecostal de Santidad
4. Asambleas de Dios
5. Iglesia de Dios
6. Iglesia Internacional del Evangelio Cuadrangular, a veces, “Iglesia del Evangelio Cuadrado”
7. Asamblea del Evangelio Pleno (*Full Gospel Assembly*)
8. Iglesia Ebenezer
9. La Iglesia de Dios en Cristo
10. La Iglesia del Nazareno.

## Tipología pentecostal

Es difícil trazar líneas de caracterización entre los múltiples grupos pentecostales. Todos ellos se caracterizan por el énfasis que atribuyen en su vida cristiana al Espíritu Santo; pero luego se diferencian muchísimo en las aplicaciones; se diferencian, sobre todo, en las otras doctrinas del cristianismo.

Aun quedándonos tan sólo en las doctrinas típicas del pentecostismo, siguiendo a Hollenweger<sup>100</sup>, se ha podido trazar una tipología pentecostal en cuatro grupos que puede orientar.

### 1. Pentecostales que predicán la salvación en dos etapas:

La primera etapa se refiere a la Conversión o nuevo nacimiento. La segunda está constituida por la Santificación. Esta segunda etapa se llama la Segunda Bendición (*Second Blessing*) o Bautismo del Espíritu Santo con glosolalia. Son dos etapas separadas en tiempo y perfectamente diferenciadas.

Este grupo pentecostal es el más numeroso. A él pertenecen las agrupaciones de los EE. UU., Brasil; las Asambleas de Dios y otras.

### 2. Pentecostales que predicán la salvación en tres etapas:

La primera etapa, como el primer grupo, es la Conversión o nue-

100. HOLLENWEGER, W., “*El pentecostalismo*”, Ed. Aurora, Buenos Aires, 1976.

vo nacimiento. La segunda es la Santificación; pero con esto no se ha llegado todavía a la plenitud sino que se tiene tan sólo una anticipación de lo que será la tercera etapa, a saber, el Bautismo del Espíritu Santo con glosolalia.

Representantes de este grupo son: *la iglesia de Dios* (Cleveland) y sus congregaciones misioneras.

### 3. Los grupos "Solamente Jesús":

Estos grupos no quieren aceptar otra fórmula bautismal más que "En nombre de Jesús", y quieren basarse en algunos textos del libro de los Hechos (Cf. Hch 2, 38; 8, 16; 10, 48; 19, 5) en los cuales el autor sagrado nos indica que el Bautismo recibe toda su eficacia de Cristo y se administra por orden de El y para incorporar al creyente a Jesús, pero no pretende darnos precisamente la fórmula con que ha de administrarse el Bautismo cristiano. Ya que la fórmula es la que se halla en Mt 28, 19.

Este grupo lo constituyen muchas iglesias negras de los EE.UU., la iglesia apostólica mejicana, llamada "de la fe en Cristo Jesús", y casi todo el movimiento pentecostal indonesio.

### 4. Pentecostales con doctrina cuáquera, reformada, luterana o católica:

Hemos indicado cómo los pentecostales han logrado penetrar en las iglesias históricas. Esta penetración no se hace sin un mutuo influjo doctrinal. Los pentecostales católicos, para evitar confusiones han adoptado, como dijimos, el nombre de "Movimiento de renovación carismática" o a veces simplemente "Grupos de oración". También existe el "Movimiento carismático" en las iglesias nacionales alemanas (luteranas). Pero en otros casos los pentecostales se han ido de las iglesias en que nacieron con la doctrina que poseían allí. Eso ha sucedido con casi todo el movimiento pentecostal chileno y los pentecostales cuáqueros de los Estados Unidos<sup>101</sup>.

101. Cf. MUÑOZ, Humberto P., *Los pentecostales*, en *Sectas en América Latina*, CELAM, 1981, pp. 149-163.

## Doctrina

Por desgracia, como lo hemos dicho ya, los diversos movimientos pentecostales no tienen una doctrina común. Se aúnan y coinciden en la importancia que atribuyen al Espíritu Santo (Pentecostés), pero con frecuencia en las otras doctrinas cristianas fácilmente difieren, aun en puntos fundamentales.

Hagamos un pequeño recorrido.

Si bien la mayoría de ellos, con todos los demás cristianos, creen en la Santísima Trinidad y son, por tanto, trinitarios, no faltan entre ellos, como dijimos, grupos bien caracterizados de *unitarios* que niegan la Trinidad y no aceptan más que una Persona divina.

Creen en la divinidad de Cristo. Pero el Hijo o el Espíritu Santo, para los unitarios, no son sino diversas manifestaciones o modos de ser de la única Persona que reconocen.

Aceptan a Cristo como único Salvador, muerto y resucitado para nuestra salvación. Creen en el pecado original, en el castigo eterno de los que no están inscritos en el Libro de la Vida, esperan la Segunda Venida del Señor en poder y majestad y exigen una vida de pureza y santidad conforme al Evangelio.

Tienen *en común con los protestantes*: la Biblia como única norma de fe y de conducta; desdennan, en consecuencia, toda la riqueza que aporta la Tradición; celebran la Santa Cena (comuni6n bajo las dos especies), pero para ellos no es sino un simple memorial de la Pasión del Señor y no es lo que era para san Pablo "*comuni6n con la sangre de Cristo*", "*comuni6n con el cuerpo de Cristo*" (1Co 10, 16).

*En común con los bautistas* —cuyo influjo en ellos ha sido muy fuerte—: mantienen el bautismo por inmersi6n, pero tan sólo a los que ya est6n arrepentidos y han aceptado a Cristo como su Salvador personal.

Rechazan el bautismo de los ni6os. El bautismo es considerado, no como medio de salvaci6n (es decir, sacramento), sino como declaraci6n de fe ante la comunidad o signo de la respuesta a la llamada de Dios. Repiten el bautismo a los que, en otras comunidades o confesiones, lo han recibido siendo ni6os, o no lo han recibido por inmersi6n.

*Tres doctrinas propias* los caracterizan. Como *primera* ponen el acento en el bautismo del Espiritu Santo, ya que adem6s del bautismo

de agua, requieren como necesario para el cristiano, el bautismo (de fuego) del Espíritu Santo. En esto son plenamente protestantes, pues ignoran que el verdadero Bautismo cristiano es precisamente el agua más el Espíritu Santo (Cf. Jn 3, 3.5). Agua sola era el Bautismo de Juan, por contraste con el Bautismo de Cristo (Cf. Mt 3, 11; Hch 19, 1-6).

La *segunda* se refiere al carisma que ellos llaman “sanación divina”, y la *tercera* al don de lenguas.

Bien puede decirse que las tres se resumen en una sola, pues la segunda y tercera, es decir, las curaciones y las lenguas se presentan como manifestaciones normales de la presencia del Espíritu en los creyentes.

No rara vez aparece entre ellos un elemento más y es la esperanza milenarista con la predicación de la *próxima venida* de Cristo.

El milenarismo, basándose en una interpretación literal del texto del Ap 20, 1-10, promete un reinado de Cristo por mil años en este mundo sólo con los elegidos, además de la recompensa futura y los eternos castigos.

Varias sectas, como los adventistas y testigos de Jehová, y no rara vez ciertos grupos pentecostales, enseñan también la inminente Venida de Cristo y alborotan a la gente con el anuncio del cercano fin del mundo. Tienen a veces la osadía de establecer fechas definidas, olvidando las amonestaciones de Cristo: “*No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre se ha reservado a su autoridad*” (Hch 1, 7. Cf. Mt 24, 36).

Se ha hecho célebre la frase del pastor Barrat sobre sus doctrinas: “En lo que concierne a la salvación y justificación por la fe, somos luteranos. Por el bautismo de agua somos bautistas. En cuanto a la santificación, somos metodistas. Por la agresividad de la evangelización, estamos con el Ejército de Salvación. Pero en lo que concierne al bautismo del Espíritu Santo, somos pentecostales”.

Todo esto se mezcla en las reuniones pentecostales con una liturgia viva, llena de acciones espectaculares, siempre nueva, activa y participada. Hay asambleas en que tales manifestaciones llegan a la histeria colectiva, lo que no sólo no desagrada a los participantes sino que los satisface íntimamente, como inequívoca señal de la presencia del Espíritu en medio de ellos.

Vale la pena decir algo en particular sobre cada una de estas doctrinas propias de los pentecostales.

*El bautismo del Espíritu Santo.* Según la enseñanza de la Iglesia Católica, que tiene como respaldo toda la tradición cristiana desde los mismos Apóstoles, en el Bautismo se recibe el Espíritu Santo. El Bautismo cristiano es esencialmente eso: agua material por fuera y Espíritu Santo por dentro. El agua moja el cuerpo, pero el Espíritu transforma por dentro. Esto es lo que el Evangelio de san Juan (Jn 3, 5) llama “*nacer del agua y del Espíritu*”. Sin embargo, los pentecostales, como herederos de los bautistas, han despreciado el Bautismo cristiano, que es un don de Dios mediante el cual El, soberana y gratuitamente, nos salva, tal como se dice textualmente en Tt 3, 5. Mediante el Bautismo, según la doctrina del Nuevo Testamento, se nos otorga el Espíritu Santo (Hch 1, 5; 2, 38; 9, 17; 11, 16; 19, 5; 1Co 12, 13; 2Co 1, 22; Mt 3, 11; Tt 3, 6). Negar esto es negar la enseñanza bíblica. Los pentecostales creen, pues, que el Bautismo no es un acto de Dios en el hombre, sino un acto del creyente ante la comunidad. El Bautismo no se ordena a la santificación sino al testimonio. Entonces ellos piden un nuevo acto, un nuevo bautismo, el bautismo del Espíritu Santo, que ellos declaran indispensable para ser verdaderos cristianos. A veces esto parecería confundirse con lo que la Iglesia Católica llama el sacramento de la Confirmación, que en la Biblia parece presentarse como un complemento del Bautismo (Cf. Hch 8, 14-17; 19, 6; 1Co 12, 13). La Iglesia Católica señala que los dones recibidos en el Bautismo (gracia santificante, Espíritu Santo, condición de hijos de Dios, incorporación a Cristo, pertenencia a la Iglesia) están destinados a crecer. Son como semilla que día a día ha de ir convirtiéndose en un árbol (Cf. Mt 13, 31-32) que dé frutos de vida eterna.

*Sanaciones.* Lo que en torno a las curaciones puede decirse lo hemos examinado en un capítulo aparte y remitimos a él. Por cuanto no decimos aquí nada más.

*Hablar en lenguas.* Es innegable que en las primeras comunidades cristianas, a partir de Pentecostés, el don de lenguas o “glosolalia” constituyó una de las características más claras y patentes de quienes en el bautismo mediante la imposición de las manos recibían el Espíritu Santo. Así lo atestigua el libro de los Hechos de los apóstoles (Hch 10, 46; 19, 6).

Sobre este punto valdría también extenderse en un análisis más prolijo para esclarecer teológica y bíblicamente lo que un cristiano debe pensar sobre este misterioso carisma del Espíritu; sobre todo por la repercusión que esto puede tener en nuestros carismáticos o “pentecostales católicos”.

Los escrituristas modernos tienden ahora a diferenciar de la glosolalia o don de lenguas, el don de Pentecostés en que los Apóstoles se dieron a entender de las gentes de diversa lengua por el don del Espíritu Santo. Ellos hablaban probablemente en su arameo nativo, pero los oyentes cada cual los oía y entendía en su propia lengua (Hch 2, 6-11). No necesitaban intérprete. Todos los oyentes los comprendían sin más. Este milagro, como subrayan los comentaristas, borraba las fronteras de las lenguas y proclamaba la universalidad del cristianismo. Pentecostés era, así, la contrapartida y la abolición del castigo de Babel. Allí se habían dividido los hombres incapaces de entenderse (Gn 11, 1-9); aquí otra vez volvían a la unidad y todos se unificaban en la comprensión del mensaje único del Evangelio, por obra del Espíritu.

Diferente es el caso que se presenta en los comienzos del cristianismo en Corinto y en otras partes como manifestación del Espíritu en los recién bautizados. Así, por san Pablo sabemos que en las asambleas litúrgicas algunos cristianos de la comunidad, por un impulso del Espíritu, hablaban de pronto en lenguas desconocidas, o mejor, alababan a Dios con sonidos inconexos que los presentes no entendían, a no ser que otro recibiese en el mismo instante el don de interpretación que hiciera conocer a la asamblea lo que el primero había dicho. De esto nos habla san Pablo en 1Co 12, 10; 14, 2-9. El caso se dio también en Cesarea y Efeso como lo atestigua san Lucas (Hch 10, 46 y 19, 6). El resultado fue muchas veces la confusión y el desorden. San Pablo tuvo que intervenir dando normas para que la iglesia recibiera edificación y reinara en toda la armonía y compostura, no sólo para la asamblea cristiana sino también para los extraños (1Co 14, 23). Así, san Pablo no quería que hablasen los inspirados en lenguas ininteligibles, a no ser que hubiera alguien que pudiera traducir y volver comprensible para toda la asamblea lo que el carismático decía (1Co 14, 27-28).

No quería tampoco que todos hablasen a un tiempo, sino ordenadamente uno después de otro, para que no pareciese una escena de manicomio (1Co 14, 23.27-28).

## Conclusión

No podemos dudar que el movimiento pentecostal es revolucionario, no ciertamente desde el punto de vista político o social propiamente dicho, pero sí, desde el punto de vista religioso. Otros

grupos protestantes podrán pasar inadvertidos; no ciertamente los pentecostales.

Revolucionario es, lo primero, ese afán con que se empeñan en acercar crudamente la teología al pueblo, no en su forma abstracta y escolástica, sino en su forma más descarnada y popular. No les dolerá incurrir en la simplificación de las verdades teológicas con tal de ponerlas al alcance del pueblo. El hombre del pueblo y el ama de casa tendrán así, no sólo la Biblia en sus manos —y mejor si es en lenguaje popular— sino que tendrán en las asambleas la posibilidad de expresarse y participar y dar salida a sus propios sentimientos.

Vendrá, en segundo lugar, esa liturgia tan viva, tan bulliciosa y tan participada. en contraste con la liturgia hierática y ordenada de las otras iglesias.

De este modo, no sólo la liturgia sino la misma teología son dos cauces que se abren para que todos los fieles puedan volcarse hacia afuera, puedan actuar y expresarse de muchas maneras en el culto.

Esto explica por qué el “pentecostalismo” ha tenido un crecimiento tan espectacular en el pueblo, a costa de las iglesias históricas o en el seno de éstas.

Sin embargo, a los ojos de los cristianos progresistas, tan preocupados por lo político y económico, los “pentecostales” o los “Carismáticos” pasan por lo más característico de una “religión alienante”. Pues en vez de concientizarse para la protesta liberadora o el mitin callejero, optan por aturdirse en el palmoteo monótono o entusiasta. Cuando podrían prepararse a combatir a los regímenes injustos y opresores, se dedican más a adormecerse en las interminables sesiones de oración esperando de Dios la sanación divina o el hablar en lenguas.

## Capítulo XV

# SANIDAD DIVINA

Reflexiones bíblicas sobre los milagros de curación

Milagros y milagrería

Sanidad divina

Es el nombre, bastante raro, que dan varias sectas de tipo pentecostal a las *sanaciones* —otro nombre poco castellano— o curaciones que dicen realizar por medio de la imposición de las manos sobre los enfermos.

Hemos de decir, desde el principio, que la Iglesia Católica no rechaza los milagros y sabe que pueden darse; sin embargo, mira con desconfianza este tipo de manifestaciones. Ve, además, con alarma cómo estos pretendidos milagros no están sino al servicio del más burdo proselitismo. En nuestro pueblo hay mucha miseria, y he aquí que, mediante estos fenómenos, lo que se quiere es explotar las necesidades materiales del pueblo y su desconocimiento de la sana doctrina para arrastrarlo al error. Lo que se pretende con todo esto es reclutar adeptos para estas formas de protestantismo devaluado que son las sectas.

Asentemos, pues, estos principios fundamentales. La Iglesia Católica sabe que pueden darse perfectamente milagros y curaciones, porque Dios es Todopoderoso y no están limitados sus poderes. Más aún, la Iglesia admite y sabe que de hecho se dan milagros en el más

estricto sentido de la palabra, es decir, fenómenos que superan las capacidades y poderes puramente naturales y que exigen, como explicación adecuada, una intervención extraordinaria (sobrenatural) de Dios. La misma Iglesia, antes de beatificar o canonizar a una persona santa, o con fama de tal, exige que por su intercesión se obtengan dos o tres milagros respaldados por el testimonio y examen de testigos o médicos solventes y responsables.

Sin embargo, la Iglesia no cree que estos milagros se produzcan así, como quien dice, “a voleo”. Cualquier cristiano sensato debería mirar no sólo con desconfianza, sino con repugnancia, esas manifestaciones espectaculares en que un predicador convoca toda suerte de enfermos indiscriminadamente prometiéndoles la salud. El cristiano debe siempre tener tal respeto de la majestad y soberanía de Dios que nunca llegue a imaginarse que tiene al Dios Todopoderoso a sus órdenes y como a su servicio.

Los milagros de Dios no son, desde luego, para favorecer nuestra pereza o para impedirnos recurrir a los medios humanos. Dios ha puesto a nuestro alcance las medicinas y los doctores. Lo normal será, por tanto, que primero acudamos a estos medios naturales. Esto no obsta, para que, junto con esta sensatez humana, suba llena de fervor y de fe nuestra oración al Señor de la salud y la enfermedad, para suplicarle que dé acierto al mismo médico. Pondremos también nuestra confianza humilde en Dios y esperaremos de El la salud para nosotros y para nuestros seres queridos. Aquí se verifica lo que dice ese proverbio tan cristiano: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Ni los medios humanos estorban la oración; ni la oración nos impide el recurso a los medios naturales. Pondremos todos los medios humanos que estén a nuestro alcance como si sólo de ellos dependiera el resultado y depositaremos nuestra fe y confianza en Dios, conscientes de que todo realmente está en su mano<sup>102</sup>.

Yiyé Avila, o cualquier otro protestante de la misma índole, montan su carpa o convocan a la gente a la plaza de toros. Uno de los atractivos principales es que van a sanar a los enfermos. Va a ser no

102. Bien advertimos que mucho de lo que aquí se dice puede aplicarse a nuestros queridos “carismáticos”, y mucho también a las curaciones —reales o no— que se atribuyen al “hermano” Gregorio. Los carismáticos lo saben, y nos consta que, dentro de lo posible, procuran evitar los inconvenientes que apuntamos aquí y dar “a sus sanaciones” una orientación más en consonancia con el espíritu de Cristo, menos espectacular y más respetuosa de Dios.

sólo un espectáculo, sino, para muchos quizá, la gran oportunidad de su vida de recobrar la salud. Muchos en efecto, dicen que han sido curados. ¿Qué debe pensarse de esto?

### El fraude y la imaginación

Lo que hemos dicho hasta aquí contesta en parte la pregunta. Pero debemos añadir algunas consideraciones más. Se debe estar muy sobre aviso, lo primero, porque no se puede descartar el fraude. El predicador lo que en primer término se propone, como ya dijimos, es ganar nuevos adeptos para el protestantismo. A veces también apunta a ganar dinero y lograr una buena colecta o copiosos donativos<sup>103</sup>. Entonces hasta recurre al engaño. Los casos se han dado, y no lejos de nosotros, por parte de individuos pagados para que representen la farsa o la comedia de estar enfermos y en el momento oportuno griten el “¡aleluya!” y el “¡gloria a Dios!” de haber sido curados. No puede desgraciadamente eliminarse esta posibilidad de fraude. Muchos que gritan y dan “testimonio” de haber recibido la sanación, no estaban enfermos sino que lo fingieron, y cuando salen andando espectacularmente tirando lejos las muletas, no las necesitaban ni las habían usado jamás, sino tan sólo para la farsa que acaban de representar ante el público. Otra cosa sería si existiera el testimonio médico correspondiente y se pudiera comprobar así la enfermedad como la curación.

Hay también el caso de enfermos de aprehensión. Molière (1622-1673) tiene una interesante comedia sobre el *Malade Imaginaire (El enfermo imaginario)*. Nosotros diríamos que se trata tan sólo de enfermedades psicológicas. Los médicos conocen muy bien de estos casos. Los pacientes, de hecho, no están enfermos fisiológicamente hablando; su organismo está perfectamente sano y en buenas condiciones. Pero ellos se sienten mal. Y, naturalmente, no hay medicina que les haga bien. A veces un médico perspicaz logra influir con su autoridad y prestigio, o imponerse con medios psicológicos y mentales, y “sana” a estos pseudo-enfermos.

Igualmente, en medio de estas campañas de “sanación divina”, sucede que, al crearse el ambiente propicio, trabajada su psicología

103. Así, por ejemplo, Yiyé Avila de continuo está pidiendo dinero: los donativos de fe que le dan a él o, incluso ausente, le siguen enviando a su dirección en Puerto Rico.

por la idea de que van a recibir de Dios un favor extraordinario, al fin “se sanan”. ¿Es eso la fe? ¿Es eso un milagro? Ya vemos que no.

Pero la familia y los allegados pueden y deben bendecir a Dios, porque al fin estos “enfermos” quedan devueltos al mundo de los sanos. Si el enfermo era tan sólo un falso enfermo, su curación es asimismo una “pseudo-curación”.

### Curaciones aparentes y enfermedades nerviosas

Y ¿no se da también el caso —perfectamente conocido y comprobado por los médicos— de enfermos, positivamente enfermos —cáncer, próstata, apendicitis, tumor— que en un momento dado, sin la operación indispensable, se sienten “sanos”? Pero, por desgracia, la curación es tan sólo imaginaria; pues a los pocos días otra vez están con los mismos síntomas, a veces aun más graves, porque el mal ha seguido avanzando mientras ellos se hacían la ilusión de estar milagrosamente curados. El que provocó esta “curación” debe ser declarado criminal y debería ser perseguido por las leyes y la justicia. No hace un bien sino antes un daño y un mal.

Parecido es el caso de las enfermedades nerviosas. Aquí no es la imaginación la que trabaja sino los nervios; los cuales llegan a producir incluso trastornos fisiológicos comprobables o disfunciones reales. Pero el origen y causa de tales fenómenos es nerviosa. La Iglesia Católica, en los rigurosos exámenes que requiere para aceptar un milagro, rechaza siempre esta clase de casos. Los nervios han producido la enfermedad, los nervios podrán, no menos, hacerla desaparecer. No hace falta recurrir, como explicación, al milagro o intervención sobrenatural de Dios. Si la curación se produce, que no se hable, en consecuencia, de milagro. La naturaleza ha obrado por sí misma, y nos encontramos frente a los puros recursos humanos.

### Cada caso es diferente

Como vemos, el problema de estas *sanaciones* no es fácil ni simple. Muy al contrario, presenta complejidades grandes. Los casos son diferentes entre sí. Cada caso debería examinarse y analizarse en particular. Las soluciones o explicaciones varían de un caso a otro. Lo que se dice de este caso no sirve para otro semejante. Sería el colmo de la ingenuidad aceptar en masa todos los casos y reputarlos

como milagros. Así también sería inaceptable rechazar caprichosamente toda posibilidad de intervención de Dios.

Sabemos que normalmente Dios usa aquello que llamamos *las causas segundas*, o que antes hemos llamado *los medios naturales*: médicos y medicinas, que son obra de Dios mismo y están en sus manos. Dios normalmente no tiene por qué romper el orden natural que El mismo ha establecido. Los milagros, es decir, la intervención directa de Dios, son algo extraordinario que perturba y rompe el orden natural de las cosas. No deberíamos ser muy “milagreros”; vale decir, no deberíamos esperar continuamente milagros, ni creer apresuradamente en los “milagros” que nos cuentan. Si averiguamos un poco, si investigamos con cuidado, encontraremos que tienen una explicación natural.

Así pues, antes de hablar de *milagro* recojamos estas otras posibilidades que hemos enunciado:

1. Posibilidad de fraude
2. Casos de enfermedades imaginarias
3. Curaciones temporales, sólo de imaginación
4. Enfermedades puramente nerviosas.

Quedaría, en rigor, una quinta posibilidad y es la *parapsicología*, que modernamente ha sido estudiada tan prolijamente, aunque no puede decirse que su estudio haya llegado a las conclusiones definitivas. Sigue todavía estudiándose. Hay personas que poseen, naturalmente, cualidades y poderes extraordinarios. Son pocos los que los poseen; pero están dentro del orden natural. Lo que ellos hacen, por más que sorprenda y llame la atención, no es un milagro.

Dejamos a un lado asimismo la hipótesis de intervención diabólica. El recurso a esta intervención se suele llamar magia, o magia negra. Vulgarmente se denomina brujería o hechicería. Tiene lugar cuando expresamente se busca y se pide que intervenga el “Enemigo malo”.

Pero vengamos ya al último caso.

### El milagro

Lo hemos dicho ya. Dios es soberano y puede intervenir cuando El quiera. El fiel cristiano lo sabe; por eso, aun en los casos más desesperados y frente al enfermo desahuciado y agonizante, o frente

al cáncer o el tumor más maligno, no se desalienta sino que recurre a Dios con sus oraciones y pide asimismo las oraciones de otros. Y cuando, al fin, como sucede en ocasiones, recobra sano a su enfermo, acude presuroso a dar gracias a Dios. Sabe que, donde fallaron todos los medios humanos, sólo a Dios debe ese favor extraordinario.

¿Puede el Sr. Yiyé Avila o alguno de los predicadores pentecostales presentar en su haber algún caso de estos? Es posible; pero yo francamente lo dudo. Eso de ofrecer, así en masa, las curaciones se me hace increíble. Eso de creer que se tiene a Dios a su servicio, no me parece una actitud cristiana, sino una desviación hacia la línea anticristiana de la hechicería o brujería. Es el brujo o hechicero el que, sacrílegamente, cree tener los poderes sobrenaturales en sus manos para administrarlos a su placer. Pero el cristiano no puede jamás pensar así de Dios. El puede siempre dirigirse a orar a Dios, pero sabe que ha de hacerlo con humildad, es decir, colocándose en su puesto de criatura frente a Dios y poniendo asimismo a Dios en su puesto soberano.

#### El exhibicionismo

¿Cómo puede aceptarse lo que el mismo Sr. Avila en una de sus conferencias pregonaba haber hecho en el Brasil? En cierta ocasión convocó él allí a todos los que tuvieran una pierna más corta que la otra, prometiéndoles que si tenían fe todos serían curados. ¿No es esto ridículo y no es esto una burla hecha a Dios? El quizá lo haga con buena intención. Pero téngase presente que ni Cristo nuestro Señor curó a todos los enfermos de su tiempo. Y un hombre jamás puede presumir de tener a Dios a su servicio, como para ofrecer que va a curar a todos los que vengan, con tal que depositen en él su confianza. En una actitud así no hay humildad —condición indispensable para obtener de Dios el milagro— sino una usurpación soberbia, o una pretensión sacrílega de arrogarse los poderes divinos.

¿Por qué no los dejaba en su casa y que cada cual allí recibiese el don milagroso de Dios? ¿Por qué hacía falta ese concurso espectacular y deprimente en una plaza pública y ante un público numerosísimo y curioso que forzosamente se congregaría ante tal anuncio? O ¿es que precisamente este ambiente, así preparado y así montado, era el “ingrediente” psicológico que obraría la curación? ¿Era entonces eso un milagro? ¿Era ésa la fe en Dios?, o ¿eran recursos de la peor índole los que se estaban empleando para

provocar en los enfermos la sugestión? ¿Cuánto durarían así esas curaciones?...

#### Cristo taumaturgo

El Sr. Yiyé Avila y otros semejantes, alegan con frecuencia los milagros de Jesús. Claro está que Cristo Jesús hizo milagros, muchos milagros. Pero ¿quién va a ser tan necio o presuntuoso que quiera compararse con nuestro Señor Jesucristo? ¿Ha multiplicado ya los panes el señor Yiyé Avila? ¿Ha caminado ya sobre las aguas? ¿Ha transformado el agua en vino para alegrar la fiesta de algún matrimonio? No; claro que no.

Al fin y al cabo, la época de Cristo y su paso por este mundo fue, sin duda, una época privilegiada. El se presentó ante los hombres como el enviado del Padre, poseedor de los poderes de Dios. “*Jesús de Nazaret, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis*” (Hch 2, 22); tal era la fisonomía que trazaba Pedro ante los judíos de Jerusalén.

Bien pudo decir el Señor Jesús a sus discípulos:

“Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron”  
(Mt 13, 17).

Pudo así proclamar dichosos a los que estaban a su lado:

“¡Dichosos vuestros ojos, porque ven lo que estáis viendo, y vuestros oídos, porque oyen!”  
(Lc 10, 23; Mt 13, 16).

Como una muestra del puesto singular que El ocupaba en la historia de los hombres, casi como un alarde de lo que significaba la redención que El nos traía, Cristo prodigó los milagros. Podríamos decir: derrochó los favores y maravillas, curando leprosos, haciendo andar a los cojos y tullidos, hablar a los mudos, oír a los sordos y ver a los ciegos, sanando toda suerte de enfermedades, remediando las necesidades todas que encontraba a su paso, y hasta resucitando muertos.

Pero no era éste el fin u objeto de su venida a este mundo, y quedarnos allí sería empequeñecer la misión del Hijo de Dios. Con toda razón deberíamos recordar las severas palabras de san Pablo: *“Mientras están los judíos a todas horas pidiéndonos milagros y mientras los griegos no buscan sino lucubraciones filosóficas, nosotros no predicamos más que a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos”* (Cf. 1Co 1, 22-23).

Y recordaremos también las indicaciones profundas y llenas de cristiana sabiduría de Agustín de Hipona:

“Más debemos alegrarnos y maravillarnos de que Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, se haya hecho hombre, que no de que, siendo Dios, haya hecho obras divinas entre los hombres. Más vale, efectivamente, para nuestra salvación lo que El se hizo por amor de los hombres, que no lo que hizo entre los hombres. Más es haber sanado los vicios de las almas que no el haber curado las enfermedades de los cuerpos destinados a morir.

Pero ya que el alma de por sí no conocía al que había de curarla, tenía, ciertamente, ojos en la carne para ver los hechos corporales, pero no tenía todavía sanos los ojos del corazón para conocer al Dios escondido, El hizo lo que ella podía ver, para sanarla en lo que no podía ver.

Entró en un lugar donde yacía una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos y, siendo médico así de las almas como de los cuerpos, y habiendo venido a sanar las almas de todos los que habían de creer; de entre aquellos enfermos eligió a uno solo para sanarlo, a fin de significar la unidad. Si consideramos la obra de Cristo con corazón apocado y, como si dijéramos, a la medida e inteligencia humana, no hizo cosa grande, visto lo que es su poder, y fue poco lo que hizo, vista lo que es su bondad. Tantos como allí yacían y sólo uno fue curado, cuando con una palabra podía hacer ¡levantarse a todos! ¿Qué inferir de allí sino que aquel poder y aquella bondad más obraban lo que las almas pudieran entender para su salud eterna en lo que obraba, que no lo que los cuerpos pudieran ganar para su salud temporal?

Porque la verdadera salud de los cuerpos que esperamos del Señor se cumplirá al fin, en la resurrección de los muertos. Entonces lo que viva, ya no morirá; entonces lo que sea sanado, ya no enfermará; entonces lo que sea saciado, ya no tendrá más hambre o sed; entonces lo que sea renovado, ya no envejecerá. Por el

contrario, en aquellos hechos de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, la muerte vino a cerrar los ojos abiertos de los ciegos, la muerte vino a desatar los miembros robustecidos de los paralíticos, y todo lo que fue temporalmente sanado en esos miembros mortales, al fin desfalleció. Pero, en cambio, el alma que creyó pasó a vida eterna”<sup>104</sup>.

De aquí deducimos que para el Señor Jesús lo importante no era el beneficio material ofrecido a los cuerpos, sino el don sobrenatural que, a través de eso, otorgaba a las almas: la fe y la vida eterna. El no quería que se quedasen en la salud temporal ni la ponía como un fin en sí.

Se ve también cómo El nunca buscó la espectacularidad vocinglera. Sus milagros nunca se realizaron convocando previamente a las muchedumbres para pregonar sus portentos con bombo y platillos. No gritó ni fabricó montajes públicos que provocaran la exaltación o la sugestión colectiva. Todo se llevó a cabo en silencio, evitando sistemáticamente la publicidad (Cf. Mc 1, 45; Mt 8, 2; 9, 30; Mc 1, 25-34; Lc 8, 56). Jesús ni siquiera curó a todos los enfermos que halló a su vera.

Proceder de manera distinta, en nombre de Cristo, es poco cristiano y más bien presunción fanática o blasfemia. La Iglesia santa de Dios tiene milagros. Los ha tenido siempre a lo largo de la historia. Nunca han faltado en la Iglesia los milagros, pues en su seno se han verificado las palabras de Cristo que pregonaban que en ella siempre habría milagros (Cf. Mc 16, 17).

Pero siempre hemos de reconocer que la época de Cristo en su paso por este mundo fue excepcional.

### Las enfermedades y el pecado

Argumenta el Sr. Avila, y con él todos estos sanadores, que las enfermedades son efecto del pecado y que, al librarnos Cristo del pecado, nos libra también de las enfermedades.

El argumento parece convincente, y más para un cristiano. Es curioso, sin embargo, que no encontrará ni un solo texto bíblico con que apoyar tal modo de enfocar el problema. Ni un solo texto de la

104. San Agustín, *In Johan.*, tract. XVII, n. 1: ML 35, 1527.

Biblia que diga expresamente eso. Perdón, sí hay un texto, y el Sr. Avila no deja de citarlo repetidamente. Se halla en el profeta Isaías, donde se dice del Siervo de Yavé que *“ciertamente llevó El nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores”* (Is 53, 4; traducción Reina-Valera); pero, si bien se mira y con sólo citar el versículo completo, se advertirá que el profeta hablaba de los padecimientos de Cristo, quien tomó sobre sí los dolores y sufrimientos que a nosotros nos correspondían:

“El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado” (Is 53, 4: NBE).

Es verdad que san Mateo (8, 17) lo ha aplicado a las curaciones de los enfermos obradas por Cristo Jesús, traduciendo *“El tomó (o quitó) nuestras enfermedades”*, en vez de *“tomó sobre sí nuestros sufrimientos”*; trasladándose de la causa a los efectos. La Pasión vicaria de Cristo nos trae la Redención total: la persona entera —alma y cuerpo— recibe el beneficio de la liberación de sus males.

El cuerpo se veía súbitamente libre de sus males. Era la mano misma de Dios la que borraba las taras del pecado: el dolor, la miseria, la muerte. Pero estos milagros corporales no poseían de por sí un significado. Lo que el Señor quería conceder, mediante el beneficio de la salud del cuerpo, era la certeza de que sanaría al hombre entero. A través del cuerpo de pecado manifestaba su designio redentor total.

La enfermedad y el pecado tienen conexión. Así lo establece la Palabra de Dios. Desde el principio nos enseña que por el pecado entró en el mundo la muerte, la debilidad y las enfermedades. Sin embargo, no ha de entenderse esto como si a cada enfermedad correspondiera un pecado o como si cada pecado produjera una enfermedad. El pecado de origen basta para justificar las enfermedades todas que en el mundo se han abatido, y así lo presenta la Biblia. No obstante, en esta doctrina bíblica que asocia el pecado y la enfermedad, hay que distinguir etapas, y advertir una marcha ascendente que se extiende en una amplia gama que suprime y desautoriza todo simplismo.

En este sentido, tenemos que decir que hay una buena dosis de ignorancia y superstición en creer que toda enfermedad tiene origen en un pecado o es un castigo de Dios, o procede de la intervención de los espíritus malos. Esto es hacer retroceder siglos de ciencia y

de investigación racional para volver a épocas superadas de atraso cultural y oscurantismo científico. El análisis de las causas naturales y de los elementos patógenos que causan las enfermedades ha hecho evolucionar el concepto mismo del mundo.

## Las enfermedades y la Redención de Cristo

Y ¿cuál es el papel que en este panorama corresponde a la Redención de Cristo? Claro está que el Señor ha prometido que *“Dios enjugará toda lágrima de los ojos”* de sus elegidos (Ap 7, 17); pero no olvidemos que esta es una visión escatológica del Paraíso y no se refiere a los bienes presentes que la Redención nos ha traído a este mundo en que todavía la gracia y el pecado cohabitan codo con codo.

Tan sólo en la otra vida ocurrirá el milagro prometido con tanta solemnidad en el Apocalipsis:

“El enjugará toda lágrima de los ojos;  
y la muerte no existirá  
ni el luto, ni el llanto ni el dolor existirán ya,  
pues todo lo de antes ha pasado”  
(Ap 21, 4).

Sólo en el Paraíso los hombres obtendrán la salud plena y total por medio de los frutos del Arbol de la Vida (Ap 22, 2).

Porque no hemos llegado a la meta todavía: estamos en camino. ¿Cómo queremos poseer ya los bienes que sólo se tendrán cuando hayamos llegado? Ese es el gran error. Ahí es donde falla el Sr. Avila y otros semejantes a él. Uno hasta llega a preguntarse: ¿Es que no creen en la vida futura? Lo quieren todo aquí y ya. Como si no existiera el Paraíso. Esto constituye un desenfoque tan materialista que se opone de frente a la fe cristiana.

Los bienes de la Redención ya Cristo nos los ha ganado todos; y son inmensos y son muchos. Constituyen la felicidad total en todos los órdenes. Pero no se nos entregan todos de una vez, y desde luego, no se nos entregan todavía en este mundo.

## La Redención y la fe

Lo importante es que, si ya Jesús ha conseguido la victoria definitiva sobre el pecado, sobre las enfermedades y sobre la muerte misma, aunque haya todavía pecados en el mundo y haya asimismo enfermedades, y los creyentes sigan muriendo; de todos modos, como el pecado y la muerte son vencidos, su fuerza no debe ya entenderse como antes, su vigencia está a pesar de todo mellada y ha cambiado de signo. Por lo mismo, el cristiano no debe desesperarse ni ante sus propios pecados; no debe afligirse o perder la paciencia ante las enfermedades, no puede, no debe llorar ante las muertes más trágicas y dolorosas, *“como aquellos que no tienen esperanza”* (Cf. 1Ts 4, 12).

La actitud impaciente del que a todo trance de su vida quiere eliminar el dolor, la enfermedad, el mal, y pierde la calma y la paz y la paciencia, y se desespera y se sume en la amargura y el llanto, es una actitud pagana, demuestra una falta de fe; desentona en el cristiano, evidentemente.

No negamos la Redención. Sabemos bien que *“ya hemos sido salvados”*, como nos enseña san Pablo (Rm 8, 24); pero él mismo se encarga de precisar bien el alcance de su afirmación matizándola con una palabra clave: *“Salvados, sí, pero en esperanza; ahora bien, esperanza es lo que no se ve”* (Rm 8, 24); y lo que esperamos es precisamente *“la redención de nuestro cuerpo”* (Rm 8, 23).

Aunque Cristo hizo la Redención del mundo de una sola vez para siempre y con un solo sacrificio (Hb 7, 27; 9, 28; 10, 10), los efectos de su Redención vienen a nosotros por etapas sucesivas hasta el día glorioso de nuestra resurrección en que, por fin, *“nuestros cuerpos serán configurados conforme al Cuerpo glorificado del Señor”* (Flp 3, 21).

El verdadero cristiano que ahonda en la realidad de su fe y no se deja engañar por la garrulería fácil del fanático superficial debe, en consecuencia, advertir cuál es su situación real en este mundo.

### El “ya” y el “todavía no”

Cristo nos afirmó que Él había ya vencido al mundo y nos exhortaba a vivir con plena confianza (Jn 16, 33). Pero ¿acaso no sentimos cómo los poderes de este mundo ejercen todavía su dominio sobre

él? ¿Acaso no nos ha dicho san Pablo que nosotros tenemos todavía una tremenda *“lucha contra los principados, contra los dominadores de este mundo de tinieblas”*? (Ef 6, 12). Y entonces uno se pregunta: ¿Dónde está la victoria de Cristo?

San Pablo pregona, como si lanzara una hermosa clarinada de gloria, los tiempos nuevos:

“Si uno está en Cristo Jesús, es una criatura nueva,  
las cosas viejas han pasado;  
mirad: todo se ha hecho nuevo”  
(2Co 5, 17).

Sin embargo, a su alrededor el cristiano ve que todo sigue igual: las mismas injusticias, las mismas ambiciones, los mismos atropellos, la misma opresión. Reina todavía la tiranía del mal y de la enfermedad con su cortejo de dolor y penalidades. El cristiano, ciertamente, se siente cambiado, él sí, y con el único cambio eficaz que es el cambio interior; pero él sigue en este mundo malo, donde todavía tiene tanto dominio el Maligno, el príncipe de este mundo.

Cristo nos dijo: *“El Reino de Dios ha venido ya a vosotros”* (Lc 11, 20 = Mt 12, 28), más aún, *“el Reino de Dios está en medio de nosotros”* (Lc 17, 21). Respecto del demonio, por otra parte, sus afirmaciones no pudieron ser más terminantes y alentadoras:

“Yo estaba viendo a Satanás  
caer del cielo como un relámpago”  
(Lc 10, 18).

Y, al presentir la cercanía de su Pasión, el divino Redentor proclamaba:

“Ahora comienza el juicio de este mundo;  
ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera”  
(Jn 12, 31).

Sin embargo, Satanás sigue siendo el amo del mundo, y está todavía lleno de vigor y fuerza para tentar y seducir, y *“anda dando vueltas, buscando a quién devorar”* (1P 5, 8).

La fe que hemos depositado en Cristo, Vencedor y Redentor, ¿será tan sólo una imaginación que niegue la realidad externa o que la suprima a fuerza solamente de sugestión psicológica?

No, no es eso. Sabemos ciertamente que ya el pecado y la muerte han sido vencidos. Ese es el significado profundo de la Resurrección de Cristo. El se alza frente a la muerte como el gran Vencedor que hace de ella escarnio, porque a El la muerte no le ha podido retener como presa definitiva (Cf. 1Co 15, 55).

Y El se presenta como garantía irrecusable de nuestra victoria futura, victoria sobre la muerte, sobre la enfermedad y sobre el pecado. Esta victoria vendrá con toda certeza, con la misma certeza con que vino la Resurrección de Cristo.

Para pintar precisamente esta situación presente del cristiano, los teólogos modernos nos han puesto en circulación dos términos muy bonitos y expresivos: son el “ya” y el “todavía no”. *Ya* estamos salvos, *ya* Cristo consumió definitivamente la victoria. La enfermedad, el mal, el pecado han sido *ya* sojuzgados y vencidos.

Sin embargo, *todavía* no se nos ha dado la plenitud de la salvación. Mientras estemos en este mundo *todavía no* podemos sentirnos libres de las dolencias y molestias propias de nuestra condición mortal.

Estas expresiones no son difíciles de entender, aunque ahora se han vuelto términos teológicos. En realidad proceden de la Escritura en los textos que arriba hemos citado; pero tienen en san Juan una formulación absolutamente literal. Nos dice el gran apóstol:

“Queridos míos:  
hijos de Dios, lo somos ya,  
aunque todavía no se ve lo que vamos a ser...  
Seremos semejantes a El...”  
(1Jn 3, 2).

Esta es la situación que define al cristiano: en realidad se encuentra como dividido o distendido, casi podríamos decir: *estirado* entre este “ya” y este “todavía no”. De un lado, sabe que es dueño de los bienes de la Redención que por heredad le pertenecen: “*Herederero de Dios y coherederero con Cristo*” (Rm 8, 17). Y cuando el cristiano ha sido *sellado con el Espíritu Santo* que le pone en el alma los sentimientos de hijo y le da la capacidad de sentirse como tal y llamar a Dios: “*Padre*” (Ga 4, 6; Rm 8, 15-17); sabe que todavía no posee sino la *garantía o prenda de esta herencia* (Ef 1, 14; 2Co 5, 5; 1, 22).

## La Redención y los sacramentos

Es cierto también que quien tiene verdadera sensibilidad cristiana percibirá cómo el “ya” se manifiesta esplendoroso en los sacramentos, que son como la médula de la vida cristiana y los cauces a través de los cuales se vierte en su alma la vida divina obrada por la Redención y, por medio de estos instrumentos de salvación que son los sacramentos, comienza en el ser del cristiano la gran renovación, la transformación interior que un día repercutirá y se manifestará en su cuerpo propio.

Así, el Bautismo nos da el *nuevo nacimiento* (Jn 3, 3.5; Tt 3, 5; Ga 3, 26-27) y nos da ya la *salvación* (1P 3, 21; Tt 3, 5; Mc 16, 16; Jn 3, 5). El verdadero cristiano no tiene por qué sorprenderse de que sus pecados le sean perdonados tan sencillamente, pues, Cristo Redentor vino “*al mundo, no como juez a condenarlo, sino para que el mundo se salve por El*” (Jn 3, 17), y una vez que Cristo ha ofrecido y derramado su sangre para el perdón de los pecados (Mc 14, 24; Mt 26, 28) y ha tomado sobre sí nuestros pecados (1P 2, 24; Mc 10, 45; Is 53, 11ss.; Jn 1, 29; 1Jn 1, 7; Ap 1, 5), el cristiano recibe, agradecido, este perdón tan a la mano para él, pero tan costoso para Cristo. El pecador se acerca contrito, humilde y lleno de confianza al sacramento del perdón, el cual fue instituido por Cristo (Jn 20, 22ss.; Mt 16, 19; 18, 18), y pregonado (Hch 2, 38; 5, 31; 10, 43; 13, 38; 26, 18) y administrado plena y concientemente por los Apóstoles (2Co 5, 18).

La Eucaristía —cumbre de toda vida cristiana y meta de los otros sacramentos— ocupa un puesto excepcional en este orden de ideas. No sólo es el sacramento por excelencia sino que, además, conteniendo el Cuerpo redentor de Cristo, produce un efecto determinado en el cuerpo y en el alma del creyente. Repetidamente la Iglesia habla en sus oraciones litúrgicas en torno a la Eucaristía, de “la salud del alma y del cuerpo”, como efectos propios del Santísimo Sacramento. Si en todos los sacramentos decimos que está presente y actuante la Redención de Cristo, es precisamente en la Eucaristía donde llega esta virtualidad eficaz y bienhechora a su plenitud y realización máxima.

Jesús mismo nos había puesto delante, como objeto de su venida a este mundo, la vida, el darnos vida:

“Yo he venido para que tengan vida  
y la tengan en abundancia”  
(Jn 10, 10b).

Era una promesa exorbitante para estos pobres seres acostumbrados a la muerte que somos nosotros; para estos hombres mortales que en todo su ser desde que nacen sienten cómo se aproximan a la muerte y por todos lados los invade la muerte y sus precursores evidentes, la debilidad, la enfermedad, la impotencia, la decadencia, la vejez. A éstos Cristo viene y les hace esta inaudita promesa, según la traducción de la Nueva Biblia Española:

“Yo he venido para que vivan  
y estén llenos de vida”  
(Jn 10, 10).

Ahora bien, uno se pregunta: ¿Dónde se realiza esto? Y san Juan mismo se encarga de contestarnos: en el Sacramento. Ahí llega a su culminación el fin que se proponía realizar el Hijo de Dios Encarnado. La Encarnación halla su término de cumplimiento y finalidad en la Eucaristía.

Por esto en el sermón que sobre el Pan de Vida (es decir, la Eucaristía) predicó Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm (Jn 6, 26-68), la palabra que más se repite es vida (hasta 12 veces). El don que en la Eucaristía nos brinda es la vida. En algunos casos se hace la precisión de que se trata de la “vida eterna” (5 veces); pero este mismo don definitivo puede descomponerse o especificarse en bienes más particulares:

35“El que viene a mí, no padecerá hambre,  
y el que cree en mí, no padecerá sed jamás.

39Esta es la voluntad del que me envió:  
que no pierda a ninguno de los que me ha entregado,  
sino que los resucite a todos en el último día.

50Este es el pan que baja del cielo,  
para que quien coma de El, no muera.

51Quien comiere de este pan, vivirá para siempre,  
y el Pan que yo le daré es mi carne  
para vida del mundo.

53Si no coméis la carne del Hijo del hombre,  
si no bebéis su sangre,  
no tenéis vida en vosotros.

56El que come mi carne y bebe mi sangre,  
tiene vida eterna,  
y yo le resucitaré en el último día”.

Este es el puesto central que la Eucaristía ocupa en la obra redentora de Cristo. Sin embargo, ¿cuándo un predicador protestante como el Sr. Yiyé Avila habla sobre esto? Nunca. Ahí vemos que el suyo es un cristianismo mutilado y tendencioso, un cristianismo parcial, que del verdadero cristianismo ha retenido tan sólo fragmentos y olvida lastimosamente los puntos sustanciales.

En el cristianismo verdadero hemos de saber que la economía de la salvación pasa por los sacramentos. Los protestantes insisten en la fe y se olvidan de los sacramentos, con lo que empobrecen, mutilan y deforman el Evangelio de Jesucristo que nos predicaron los Apóstoles. La Redención de Cristo —Redención del cuerpo y del alma— tiene, ciertamente, su comienzo ya en este mundo. Pero *no* llega *todavía* a su plenitud en este mundo, sino que se consumará tan sólo en el otro. Mientras este mundo subsista, habrá todavía injusticias y habrá todavía miserias y enfermedades: la humanidad seguirá soportando las consecuencias del pecado.

#### El sentido cristiano del dolor

Pero tómese en cuenta también que, al tomar Jesús sobre sí nuestras enfermedades, si bien no ha sido esto para librarnos a nosotros de las nuestras, al menos en este mundo, sí ha sido para darles un sentido nuevo. Estas dolencias, que todavía ahora nos aquejan, tienen un valor redentor. Hasta tal punto que san Pablo, circundado de dolores, enfermedades y molestias de la vida terrena, llega a decir:

“Llevamos ahora en nuestros cuerpos por todas partes  
la muerte de Jesús,  
para que un día también la vida de Jesús  
se transparente en nuestros cuerpos”  
(2Co 4, 10).

Los cristianos, como miembros que son de una Cabeza coronada de espinas, no pueden escapar a su parte de sufrimiento. También a los miembros les toca compartir los padecimientos de la Cabeza. San Pablo lo entiende así. Ve, incluso, cómo sus penalidades se inscriben dentro de los planes de la redención total, y él no piensa tan sólo en sí sino en la Iglesia toda, Cuerpo de Cristo:

“Completo en mi carne  
la parte que falta a las penalidades de Cristo,  
en bien de su Cuerpo, que es la Iglesia”  
(Col 1, 24).

El Nuevo Testamento no dejará de repetirnos esto de muchos modos. Así lo encontramos en el apóstol san Pedro:

“Pues para esto fuisteis llamados:  
ya que también Cristo padeció por vosotros  
y os dejó ejemplo para que sigáis sus pisadas”  
(1P 2, 21).

Uno y otro aplicaban a la vida cristiana lo que Cristo Jesús había puesto como exigencia de su seguimiento:

“El que no toma su cruz para seguirme  
no es digno de mí”  
(Mt 10, 38).

Y los Apóstoles de la Iglesia naciente se sentían dichosos de participar de la cruz de Cristo. Nunca creyeron que ya los padecimientos del Salvador les ahorraban a ellos los suyos propios. El libro de los Hechos de los apóstoles nos los muestra saliendo de los tribunales, después de haber sido cruelmente maltratados,

“...alegres por haber sido hallados dignos  
de padecer algo por el Nombre de Jesús”  
(Hch 5, 41).

Este es el espíritu cristiano. Bien vemos que no coincide con el espíritu del mundo ni con las tendencias espontáneas de la naturaleza. Pero donde Cristo va delante con la cruz, sus seguidores movidos por su amor lo pueden cristianamente entender. Y a quien venga a *predicar otro Evangelio, distinto de éste, se le debe rechazar* (Cf. Ga 1, 8-9).

Como dice hermosamente san Agustín: “El pagano desprecia la cruz de Cristo, porque no la entiende”<sup>105</sup>.

105. *Enarr. Super Psalm.* 141, 9: ML 37, 1838.

El cristiano se abraza a ella, porque ha visto a Cristo crucificado. Prosigue san Agustín: “Hasta tal punto no me avergüenzo de la cruz, que no oculto la cruz de Cristo sino que la llevo en la frente”<sup>106</sup>.

San Pablo entendió y penetró en el valor redentor del sufrimiento cuando éste iba asociado a la obra del Salvador Jesús. Entonces erige él una nueva tabla de valores que, paradójicamente, llega hasta lo más profundo del cristianismo:

“Me gloriaré mejor en mis debilidades,  
para que habite en mí la fuerza de Cristo.  
Me complazco en mis enfermedades..., en las necesidades,  
persecuciones, angustias, por Cristo;  
pues cuando parezco débil,  
entonces es cuando soy fuerte”  
(2Co 12, 9-10).

Con el dolor se acrisola la virtud del cristiano. Si Dios permite que suframos no es porque no nos ame ni porque nos tenga olvidados. No es siempre la enfermedad un castigo. San Pablo lo repetía una y otra vez:

“Nos gloriamos hasta en las tribulaciones,  
sabedores de que la tribulación produce la paciencia,  
la paciencia la virtud probada...”  
(Rm 5, 3).

Así, mediante la enfermedad y el padecimiento, sean corporales o espirituales, entramos en los planes de Dios, quien educa a los que ama y da azotes a los hijos que reconoce por suyos (Cf. Ap 3, 19; Hb 12, 5; Pr 3, 11). El Señor, mediante las penalidades de esta vida, quiere hacernos crecer en virtud y purificarnos intensamente. ¿Lo cristiano no es, por tanto, ponernos con docilidad en las manos de Dios para que El nos conduzca según su voluntad?

Otra vez san Pablo dice:

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu  
de que somos hijos de Dios,  
y si hijos, también herederos,

106. *Ibid.*, 141, 8: ML 37, 1839.

herederos, claro, de Dios, coherederos de Cristo,  
con tal que padezcamos juntamente con El,  
para ser con El glorificados.  
Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente  
son poca cosa comparados con la gloria  
que ha de revelarse en nosotros”  
(Rm 8, 16-18).

Ahí está condensada toda la teología cristiana del dolor. No es que Cristo haya sufrido su cruz para eliminar la cruz de nuestras vidas. No es que Cristo nos haya perdonado los pecados para arrancar con ellos los sufrimientos, dolores y enfermedades en esta vida, sino que ha querido hacernos capaces de sufrir con El y volver de este modo meritorio nuestro padecer. Unidos a Cristo formando una sola realidad con El, como los miembros del cuerpo forman un solo ser y un solo organismo con la cabeza (1Co 12, 27; Rm 12, 4-5), se realiza esa gloriosa verdad pregonada por Pablo: “*Si con El padecemos, con El seremos glorificados*” (Rm 8, 17). A esto san Pablo añadirá valientemente:

“Nuestras penalidades momentáneas y ligeras  
nos preparan un peso eterno de gloria incalculable”  
(2Co 4, 17).

El padeció para mostrarnos el camino y enseñarnos cómo se padece. El nos incita para que le sigamos (1P 2, 21). Para que vayamos poniendo nuestras pisadas por el mismo sendero en que El ha dejado estampadas las suyas. Para que donde El nos precede con la cruz, vayamos también animosamente nosotros, llevando nuestras propias cruces.

En vez de empujar al cristiano por el mezquino sendero del egoísmo, tratando de mostrarle como única salida de su dolor el escapar de él (según hace Yiyé Avila) y para huir de la enfermedad un solo medio: el milagro, el cristiano debe buscar el sentido de la enfermedad con una mente iluminada por el Evangelio y el corazón puesto previamente al unísono con Dios: ¿Qué quiere Dios de esta enfermedad? Pensar tan sólo en la solución escapista que rehúye el dolor es caminar en la dirección del egoísmo, no en la dirección de la enseñanza que hemos aprendido del Evangelio.

## La revelación progresiva

Recorriendo las páginas de la Biblia encontramos, incluso, una línea ascendente que va desde una posición material y terrena, que apenas espera más recompensa que la que puede darse en los linderos de esta vida.

Una primera visión ingenua pregonada que al bueno en todo le va bien, mientras que *el malvado es como la paja que arrebatada el vendaval* (Sal 1 y muchos textos primitivos), y nada puede resultarle bien. Una segunda etapa cuestiona agudamente tal punto de vista, como contrario a la experiencia, desplegando ante los ojos la insolente prosperidad de los malos que oprimen al bueno y triunfan y medran precisamente gracias a sus malas artes y a su total ausencia de escrúpulos. Es tan clara esa realidad que así se exhibe que el bueno siente la tentación tremenda de abandonar el buen camino y “ser como los demás”; sólo el sentimiento de “hijo de Dios” parece detenerle en el borde mismo de ese abismo en que se iba a precipitar (Sal 73). Y ahí están los lamentos y gritos desesperados de Job que pide se examine su conducta y se le muestre dónde ha delinquido para ser tratado con tal crueldad. No es él el único. Son muchos —una extensa galería de personajes limpios y puros— que exponen ante Dios su fidelidad a la Ley y su conducta irreprochable en medio de la enfermedad y las tribulaciones, aquejados de las burlas y vejámenes de que son objeto. ¿Cómo se explica esto si Dios es justo, si Dios no está ciego, sino que gobierna la tierra con justicia?

Job no entiende aún el sentido de sus padecimientos. Los justos que desfilan por las páginas del Antiguo Testamento y de los Salmos en particular, no han sido todavía iluminados para penetrar en el sentido del dolor.

Pero con la venida de Cristo se abren las puertas del arcano y se logra penetrar en el misterio insondable. El cristiano *ante quien se ha desplegado la figura de Cristo en la cruz* (Ga 3, 1) y ha sido testigo mudo de la Pasión del Redentor, sabe lo que significa el padecer y entiende cómo él mismo *completa en su carne lo que falta a las penalidades de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia* (Col 1, 24). Ya Cristo ha padecido en la Cabeza, pero tiene ahora que padecer en los miembros, para que la Pasión sea completa. Ese es el misterio cristiano del dolor. Lo había anticipado el “*Varón de Dolores*” que se perfila en el Segundo Isaías, el Siervo sufriente de Yavé que con sus dolores, heridas y cardenales procura la salvación de la humanidad (Is 53).

Esta es la línea ascendente que traza la revelación bíblica, iluminándonos sobre el sentido del dolor. Los cristianos que, por la bondad inefable de Dios, hemos sido recogidos en el redil del *Gran Pastor de las ovejas*, tenemos que integrar toda la doctrina de la Palabra de Dios para proyectar su luz sobre nuestros dolores y sobre nuestras penas, enfermedades y tribulaciones de esta vida.

#### Resumen final

En conclusión, insistimos en que cada caso de los que se presentan debe ser considerado por separado, porque cada caso es diferente. Lo que se dice de uno o lo que se comprueba en uno, no es sin más aplicable a los demás.

Condenamos sin reserva ese afán morboso de espectacularidad y la falta de respeto y reverencia para con Dios cuando estos predicantes milagreros se creen sin más poseedores de los dones de curar. Creemos que la actitud que ha de caracterizar siempre al cristiano es la humildad y el abandono en la voluntad de Dios.

No nos puede satisfacer que a la Redención de Cristo y a la liberación del pecado se le dé un enfoque tan material para cifrarlo en la salud corporal. Sin caer en el espiritualismo que aspire tan sólo a la salvación del alma, estamos convencidos de que en este mundo no se nos dan todavía todos los bienes de la Redención, que serán para la persona entera, cuerpo y alma.

Nos duele ver la superficialidad teológica que no ha penetrado en el valor salvífico del dolor; la carencia de una teología cristiana del dolor y de la enfermedad tal como nos enseña la Biblia.

#### Capítulo XVI

### ALIANZA CRISTIANA Y MISIONERA

#### Historia

La creación de la Alianza Cristiana y Misionera se debe al impulso del pastor norteamericano A. B. Simpson. El pertenecía a la iglesia presbiteriana, en la cual desempeñaba el cargo de pastor. Separóse, sin embargo, de su Iglesia para poder entregarse con más libertad a la obra de la evangelización tal como él la entendía.

En 1877 organiza en Nueva York dos sociedades misioneras: una para las misiones dentro del propio país, denominada "*Alianza Cristiana*" ("*Christian Alliance*"), y la otra para las misiones extranjeras, denominada "*Alianza Misionera Internacional*" ("*International Missionary Alliance*"). En 1897 fundiéronse entre ambas para conformar la "*Alianza Cristiana y Misionera*" ("*Christian and Missionary Alliance*").

#### Doctrina

La doctrina que profesan es *evangélica* y fundamentalista. Porque se supone que sus creencias se ajustan exclusivamente al Evangelio de Cristo en contraste con las formas eclesióásticas o racionalistas. La Biblia la entienden literalmente (fundamentalismo), pues reprueban como modernista e inaceptable la interpretación científica o erudita que sitúa cada texto en su tiempo.

Afirman la Redención obrada por Cristo; requieren la experiencia de salvación antes de aceptar a nadie entre sus miembros; la separación del mundo; aguardan el retorno de Cristo antes del Reino milenar. Afirman también el bautismo del Espíritu y la práctica de santidad.

No tienen un *credo* propiamente dicho. Pero sus ideas doctrinales están contenidas en el libro del fundador titulado *El Evangelio cuádruple* en el que se proclama a Cristo como

1. nuestro Salvador,
2. nuestro Santificador,
3. nuestro Médico,
4. el Señor que ha de venir.

La Alianza deja sus puertas abiertas a todos cuantos deseen colaborar con ella, aunque continúen siendo miembros de otras iglesias, siempre que no critiquen o refuten los cuatro puntos del Evangelio cuádruple. En este sentido, la Alianza es evidentemente un cuerpo interdenominacional, una organización misionera, más que una iglesia propiamente dicha.

#### Organización

El conjunto de la Alianza se rige por medio de una Asamblea General con sede en los EE. UU. Esta Asamblea se reúne todos los años y allí se toman las decisiones que afectan a la organización. Pero luego cada congregación o grupo de fieles es una unidad totalmente independiente y autónoma en la realización de sus propias actividades misioneras y evangélicas, aunque la dependencia económica forzosa pueda tener necesariamente repercusiones imponiendo otras dependencias.

Las congregaciones locales se agrupan en 21 distritos situados en EE. UU., y Canadá.

#### Acción misionera

La acción misionera es la razón de ser de la organización como tal, pero de hecho las iglesias que nacen de su acción quedan vinculadas a ella y son actualmente como hijas que de ella reciben el

nombre, la doctrina y la orientación, y así “los aliancistas” son una rama más del protestantismo. Ninguna otra rama del protestantismo los reconoce y así ellos se tienen que resignar a pertenecer a “la Alianza”. Como disponen de cuantiosas entradas financieras, el problema no es difícil.

La Alianza actúa en 16 países o regiones distintas con 865 misioneros norteamericanos y 4.000 colaboradores autóctonos.

#### Estadística

Hay en los EE. UU., 200.000 fieles agrupados en 1.500 iglesias con 1.800 ministros ordenados.

## Capítulo XVII

# LOS ADVENTISTAS DEL SEPTIMO DIA

### Historia

Guillermo Miller (1782-1849) fue el fundador de la secta. Nacido en una familia bautista, siendo joven perdió la fe. Más adelante se convirtió y ardorosamente se dedicó al estudio de las Escrituras; pero le faltaba la cultura necesaria para entenderla rectamente. Obsesionado con la Segunda Venida de Cristo, se dedicó a hacer cálculos para fijar la fecha en que vendría el Reino de Dios, a pesar de que Cristo nos había prevenido contra esta curiosidad malsana:

“En cuanto a ese día y hora,  
nadie sabe nada:  
ni los ángeles del cielo, ni el Hijo,  
sino tan sólo el Padre”  
(Mt 24, 36; Cf. Hch 1, 7);

lo mismo que san Pablo:

(1Ts 5, 1-2; 2Ts 2, 2).

El creyó encontrar en el libro de Daniel la clave de su problema y fijó el año 1843 como fecha fatídica en su libro: “Pruebas evidentes por la Escritura y por la historia, de la Segunda Venida de Cristo hacia 1843”. Ya sabemos que su profecía falló. Como falló también la corrección de su discípulo Samuel Snow que transfería el gran acontecimiento para el 22 de octubre de 1844. Todos se habían entu-

siasmado con estas fechas; sobre todo con la última. La desilusión, al no cumplirse la profecía, fue abrumadora. Los adeptos se dispersaban. El mismo G. Miller se pierde en la sombra, avergonzado.

Entonces es cuando aparece una mujer extraordinaria por sus cualidades de organización, de energía y dinamismo: Elena Gould White.

Había nacido en 1827 y afiliada primero al Metodismo puritano, siguió más tarde las doctrinas de Miller, y fue fervorosa propagandista de las doctrinas adventistas.

Su temperamento hipersensible y patológico fue decisivo en la estructura de la secta. Autodidacta y desigual en sus conocimientos, modeló la secta conforme a su carácter y la gobernó durante su larga vida (1827-1916), a fuerza de visiones y revelaciones.

Cuando el movimiento de G. Miller se desmoronaba ante el fracaso de sus predicciones sobre la venida de Cristo, sobreviene la hermana White y salva el movimiento. ¿Qué decía Miller? Que Cristo vendría a su templo para purificarlo. Muy sencillo: doña Elena White tiene una visión en la que presencia la entrada de Cristo en el santuario... de los cielos, en 1844. Muchos protestaron ante tan arbitraria interpretación y se separaron de la secta. Pero cuando se necesita creer, porque hace falta no hundirse, uno puede acogerse hasta a un clavo ardiendo. Otros muchos hubo que le creyeron.

En realidad fue un seguidor de Guillermo Miller, llamado Hiram Edson, quien, al día siguiente del *gran fracaso* de la profecía de Miller (22 de octubre de 1844), tuvo, el primero, la idea “genial” de trasladar el “santuario” de la tierra al cielo. Edson explicó a los adventistas que la predicción contenida en *Daniel 8, 14* hablaba, no del retorno de Cristo al mundo, sino de su entrada en lo más interior del santuario del cielo, es decir, el *Sancta Sanctorum* o “lugar santísimo”, a fin de purificarlo. No deja de sorprendernos el absurdo que significaba imaginar que el cielo necesitara purificación, como también la idea, descabellada completamente y antibíblica, de querernos persuadir que hasta el 22 de octubre de 1844 Jesucristo no había entrado a la presencia de Dios en el cielo, siendo así que ya los escritores del Nuevo Testamento nos enseñaron que desde el día de su Ascensión gloriosa está el Señor Jesús sentado a la diestra de Dios (Mc 16, 20; Hch 7, 55-56; Rm 8, 34; Ef 1, 20; Col 3, 1; Hb 1, 3; 8, 1; 10, 12; 12, 2; 1P 3, 22).

El caso es que ni el mismo profeta Miller aceptó este contorsionado arreglo de su fallida profecía. Aceptáronla, sin embargo, los

adventistas. En febrero de 1845 la Sra. White tuvo además una visión que confirmaba dicha interpretación, firmemente arraigada como elemento esencial de la teología de los adventistas del Séptimo Día hasta el día de hoy.

Claro que el texto de Daniel 8, 14 en la Biblia, con una lectura sana y según todos los modernos comentaristas, no habla para nada de la Segunda Venida de Cristo, sino que se refiere a la purificación o mejor restauración del Templo de Jerusalén, llevada a cabo en diciembre del año 165 antes de Cristo, después de que “durante tres años y medio” lo había mantenido profanado el rey Antíoco IV, Epífanés, desde el 168 al 165.

Pronto tuvo doña Elena otra visión: había que restablecer el sábado, el viejo sábado judaico, en vez del domingo cristiano. Esto produjo nuevas protestas y escisiones en la secta; pero la hermana White logró controlar el movimiento: el “Adventismo del Séptimo Día” había nacido.

También aquí a doña Elena la había precedido otro adventista de los primeros tiempos: un tal José Bates, antiguo piloto de navío. Entre 1845 y 1846 este hombre, poco instruido en teología, llegó a la convicción de que el día sábado debía observarse, y no el domingo. O no sabía, o no le importaba que los primeros cristianos (según consta por el mártir san Ignacio de Antioquía, el mártir san Justino, la *Didaque*, la carta de Bernabé), desde la época misma de los Apóstoles hubiesen guardado el domingo como día de culto (Ap 1, 10; Hch 20, 6-7; 1Co 16, 2) en memoria de la Resurrección del Señor (Jn 20, 1; Mc 16, 9), de las apariciones de Cristo Resucitado (Jn 20, 19; 20, 26) y de la venida del Espíritu Santo (Hch 2, 1ss.). San Pablo claramente había señalado que el sábado era tan sólo una *sombra* que desaparecía con la realidad de Cristo (Col 2, 16-17). Bates, en un prolijo escrito de 48 páginas en 1846, con un primitivismo ingenuo, aseguraba que el sábado venía de los días mismos de la creación y que el domingo era, por el contrario, la marca de la Bestia según Ap 14, 9, asegurando que el Papa —al que identificaba imprudentemente con la Bestia— había cambiado del sábado al domingo. Se guardaba muy bien, claro está, de decir qué Papa ni cuándo se había hecho ese cambio. Por esa misma época habían aparecido grupos “bautistas del Séptimo Día” que influyeron decisivamente en José Bates. Y acabaron por vencer las primeras resistencias de la misma Elena White, quien, en abril de 1847, tuvo la célebre visión en la cual conduciéndola hasta el *Sancta Sanctorum* del cielo, le hizo ver

las tablas de la ley, con un halo de luz que circundaba el mandamiento sabático. Con esto se consolidó la convicción entre los adventistas que habían permanecido en el grupo, y vino a darles ese extraño nombre del “Séptimo Día”, tan del Antiguo Testamento. Y así han perdurado hasta hoy.

Sus seguidores dieron a doña White el título de “Espíritu de la Profecía” y sus copiosos escritos son autoritativos dentro de la secta, y se leen y estiman a par de las divinas Escrituras. Más aún, éstas no hacen autoridad sino conforme a la interpretación de la hermana White.

## Doctrinas

Queda siempre el fracaso de las profecías que anunciaban el fin del mundo para 1844. y que es como *una herida en el flanco* del adventismo, *que no ha sido curada sino aparentemente* (Cf. Ap 13, 3). Con esto ellos, en conjunto, han escarmentado y aunque siguen anunciando la venida inminente de Cristo (“¡Cristo viene! Prepárate”) normalmente se guardan muy bien de dar fechas precisas —y desde luego más les gusta predicar sobre el sábado y sobre la ley—; pero no por eso abandonan sus anuncios del fin del mundo cercano. Sobre este punto, su predicación es en “sordina”. Dan, por el contrario, gran importancia al sistema de las edades, estructurando una historia, bastante arbitraria y fantástica, a base de su interpretación de las profecías y de los libros de su fundadora, doña Elena White, y sobre todo de la voluminosa obra “*El conflicto de los siglos*”. Todo su énfasis lo han puesto —según hemos dicho— en la observancia de la Ley. No podemos dudar que desde este punto de vista se presentan con todos los caracteres de judaizantes revividos.

Si san Pablo nos ha enseñado a gloriarnos en Jesucristo y en su cruz (Ga 6, 14), ellos toda su gloria la ponen en la Ley, al igual que los judíos. En este sentido, la observancia del sábado para ellos vendría a ser tan sólo un aspecto de esta actitud total. Pero, claro, el sábado judaico, el sábado semanal, declarado por san Pablo *pura sombra* destinada a desaparecer *una vez que haya venido Cristo* (Col 2, 16-17), tiene entre ellos un rigorismo absoluto.

Y ya que hemos empezado por este aspecto moralizante, destaquemos el puritanismo que excluye y condena como pecaminoso, no sólo el alcohol y el tabaco, sino aun el café; en las mujeres asimismo los cosméticos o las joyas. No rara vez son incluso vegetarianos rigurosos.

No aceptan el servicio militar, pero admiten la conmutación con el servicio civil o con las actividades en enfermería o clínicas. Ellos mismos gustan más de las profesiones de médicos o enfermeras y se complacen en construir, dotar y regir grandes centros de salud. A veces su medicina no es la convencional o conocida, sino la de hierbas y elementos naturales o los procedimientos homeopáticos.

Los testigos de Jehová en cristología nos dirán que Cristo, el Hijo de Dios, no es sino el arcángel san Miguel, primera creatura de Dios. Los adventistas reconocen que Cristo es el Hijo verdadero de Dios, pero dicen que uno de sus nombres es *Miguel*. Afirman que tan sólo en 1844 entró en el santuario de los cielos y ha empezado ya a juzgar a los difuntos consultando y revolviendo los archivos del cielo... Esta tarea la sigue llevando a cabo hasta ahora. Pues, cuando empiece el juicio de los vivos, será el principio del fin. Esto pudo afirmarlo doña Elena White en su época y garantizamos al propio tiempo que esto no tardaría mucho. Sin embargo, vemos que cuanto más tiempo va pasando más ofensivo es para Cristo, puesto que necesita tanto tiempo para aquello que, siendo como es Dios, los verdaderos cristianos sabemos que le basta una mirada, un parpadeo: ¡Cristo revolviendo archivos en el cielo (“el Libro de la Vida”) durante siglo y medio!

## El juicio investigador

En realidad, doña Elena White a lo largo de todo un capítulo nos va ponderando la prolongada y minuciosa actividad de Jesús en lo que ella llama “el segundo departamento” del cielo (Cf., el c. 29 de la obra “*El conflicto de los siglos*”, pp. 533-545). “Fue en el tiempo señalado para el juicio..., en 1844, cuando empezó la obra de investigación y el acto de borrar los pecados” (*Ibid.*, p. 540). Deben examinarse —nos dice doña Elena White— los registros (archivos) para determinar quiénes son los que, por medio del arrepentimiento del pecado y de la fe en Cristo, tienen derecho a los beneficios de su expiación. La purificación del santuario implica, por tanto, una obra de investigación, una obra de juicio. Esta obra debe realizarse antes que venga Cristo a redimir a su pueblo, pues cuando venga su galardón está con El para dar la recompensa a cada uno según sea su obra” (*Ibid.*, p. 474). “Cuando quede concluida la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos. El período de prueba terminará poco antes que el Señor aparezca en las nubes

del cielo... ¡He aquí yo vengo presto!” (p. 545). “Cuando el juicio investigador haya concluido, Cristo vendrá y su recompensa está con El para dar a cada uno según sus obras” (p. 539).

Por ningún lado aparece que doña Elena tuviera en su mente el concepto de que Cristo, Dios como es, no necesita investigar para saber. Que El no necesita revolver archivos para establecer quién es culpable o quién es inocente. Que Cristo lo sabe todo aun antes de suceder. Estas verdades cristianas parecen ausentes completamente del limitado horizonte teológico de la buena señora.

La buena señora White estaba convencida de que el cielo estaba manchado, que la Morada santísima de Dios necesitaba ser purificada.

Esto es absurdo. Esto suena en forma intolerable en los oídos cristianos. Pero ella seguía imperturbable. Verdaderamente que a la buena señora le faltaba preparación teológica. Y no queremos decir que necesitaba haber cursado estudios en un centro teológico o en un seminario, sino que le faltaba afinar su concepto de Dios.

Pero ¿de dónde sacó ella esa idea peregrina de que el cielo necesitase una purificación? Ella creía haberlo sacado de la Biblia naturalmente. Claro, de la Biblia entendida a su modo. Es decir, de la Biblia entendida erróneamente.

Leemos en **Hb 9, 23**:

“Bueno, estos esbozos de las realidades celestes tenían que purificarse por fuerza con tales ritos; pero las realidades mismas necesitan sacrificios de más valor que estos”

(Traducción Alonso Schökel).

La verdad es que sólo a una mirada superficial este texto puede darle pie para deducir que el cielo deba ser purificado. Hay traducciones que dicen esto de otro modo:

“...pero las realidades celestiales necesitan ser purificadas con víctimas más excelentes”

(Traducción BJ).

El autor sagrado habla de dos cosas, a saber, las cosas celestiales y el cielo. Doña Elena White confundió ambas y creyó que todo era el cielo. Pero el autor distinguió bien las cosas celestiales y el cielo y jamás afirmó que el cielo necesitase ser purificado. Cristo entra en

el cielo, pero no para purificarlo, sino para presentarse ante el rostro de Dios (Hb 9, 24). Antes ya el mismo autor había dicho:

“Tenemos esa clase de Sumo Sacerdote:  
uno que en el cielo  
se sentó a la derecha del trono de su Majestad”  
(Hb 8, 1).

excluyendo de antemano las fantasías de doña Elena que nos quería hacer creer que el Señor Jesús había entrado a la presencia de Dios sólo en 1844.

### La Redención de Cristo y Satanás

En ocasiones, hay en las sectas puntos doctrinales que pueden parecer sutiles y que uno se siente tentado a pasarlos por alto. Observados de cerca, sin embargo, merecen tratarse, porque acaban de darnos el pensamiento profundo y la fisonomía doctrinal del respectivo grupo o movimiento.

Tal es el caso, entre los “adventistas del Séptimo Día”, sobre el papel que asignan a Satanás en la Redención. Según la creencia de los adventistas, Cristo al terminar su obra de investigación de los pecados de la humanidad, finalmente “colocará todos estos pecados sobre Satanás, autor e instigador del pecado”<sup>107</sup>. El se convertirá así en el chivo expiatorio.

Ellos pretenderán haber sacado tal teoría de la Biblia, pero la verdad es que en los escritos del Nuevo Testamento, donde se habla de la expiación de Cristo y del valor redentor de su sangre y de su sacrificio en la cruz, jamás, en absoluto, mencionan al chivo expiatorio y, desde luego, tampoco indican que sea Satanás quien haya de cargar con los pecados de la humanidad.

Se trata de una pura invención de los adventistas que, entendiendo mal un rito del Antiguo Testamento, han querido sacar una aplicación mediante un paralelismo que resulta equivocado. Con esto han venido a crear una mitología que está en contradicción con las doctrinas del Nuevo Testamento.

107. Así lo dice textualmente doña Elena White en: El conflicto de los signos durante la era cristiana, p. 539.

Resulta inconcebible cómo han podido los adventistas imaginar que el sacrificio de Cristo en la cruz no haya bastado para “quitar los pecados del mundo” y sea necesario todavía depositar todos los pecados sobre los hombros de Satanás.

San Pedro en la Palabra de Dios claramente nos dice que “*fue Cristo quien llevó sobre sí nuestros pecados en el madero de la cruz*” (1P 2, 24).

¿De dónde han sacado los adventistas una idea tan descabellada como esa? Ya hemos visto que de la Biblia ciertamente no. La argumentación de los adventistas toma como punto de partida el rito que realizaba en el Templo de Jerusalén el Sumo Sacerdote en el Antiguo Testamento, según se describe en el Levítico (Lv 16). Ellos arguyen sin más que si el Sumo Sacerdote hacía esto o lo otro en el Templo, Cristo tiene que hacer lo mismo en el Santuario del cielo<sup>108</sup>. Bien se ve el escaso valor que tiene tal modo de argumentar; pero ocurre que ni siquiera están bien fundados en lo que el Sumo Sacerdote hacía en el Antiguo Testamento el día de la expiación.

El texto del Levítico nos dice que ante la puerta del Santuario se presentaban dos chivos (o cabrones). Sobre ellos se echaban suertes para asignar uno para Yavé, que sería inmolado en sacrificio de expiación; mientras que el otro era “destinado a Azazel”.

El rito de la expiación era doble: por una parte se inmolaba al Señor uno de los chivos, y su sangre, introducida más allá del velo, dentro del Santuario, servía para rociar el propiciatorio (Lv 16, 9.15). Bien sabemos que entre los israelitas más que la inmolación de la víctima, lo importante era la presentación de la sangre y la aspersión de la misma.

En cuanto al otro chivo, que había sido asignado a Azazel, lo que sabemos es que después de recibir sobre sí la confesión de los pecados del pueblo y cargar simbólicamente con ellos, era llevado al desierto y abandonado allí o incluso despeñado (Lv 16, 20-22).

108. Dice textualmente doña Elena: “Así como el sacerdote al adquirir los pecados del Santuario los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo colocará todos estos pecados sobre Satanás, autor e instigador del pecado” (*Op. cit.*, p. 539). En castellano decimos “chivo expiatorio”. El diccionario da también “cabrón emisario”, como un latín “*caper emissarius*”. En inglés dicen “*scapegoat*” “chivo del rescate”. El término, partiendo de este rito antiguo, ha pasado al lenguaje y se usa en múltiples aplicaciones como “chivo expiatorio”.

Es falso que este chivo —llamado, a veces, “expiatorio”— simbolice a Satanás. Esto la Biblia no lo dice en ninguna parte. El término “Azazel” (el chivo “*es enviado a Azazel en el desierto*”: Lv 16, 10) no es muy conocido. Algunos lo toman como sustantivo común: “separación, alejamiento”; tanto que en francés se le llama “*bouc émissaire*”, es decir “chivo despachado o alejado”.

Si suponemos que “Azazel” es un nombre propio, más aún, que es el nombre de Satanás (como lo entienden varios textos rabínicos), el chivo va para él al desierto (que se suponía era la morada de los demonios) y era como dar a entender que los pecados iban devueltos a Satanás, el instigador de todos los pecados. Pero el chivo no es Satanás, ni sirve en modo alguno para simbolizar a Satanás.

Resulta lamentable que los adventistas, entendiendo mal este rito primitivo del culto israelita, hayan deducido arbitrariamente una función para Satanás en un punto tan capital del cristianismo como es el de la expiación de los pecados y la Redención. Porque, ya se ve, el papel de Satanás, según esta doctrina, es indispensable, y mientras él no haya cargado con todos los pecados y se los haya llevado lejos, la humanidad redimida no quedará libre de ellos.

Repetimos que esto es pura fantasía de los adventistas. Hay además en dicha interpretación un materialismo craso que partiendo de un puro simbolismo se detiene en una aplicación burda. El sacerdote del Antiguo Testamento cargaba simbólicamente, mediante la imposición de manos, todos los pecados del Pueblo de Israel sobre el chivo expiatorio y lo despachaba al desierto, supongamos que a Satanás. ¿Estaba realmente el chivo cargado de los pecados? Claro que no. Sin embargo, ya sin simbolismo alguno, los adventistas fantasean que Cristo cargará sobre los hombros de Satanás todos los pecados de la humanidad.

## Antropología

En antropología, niegan la inmortalidad del alma y muchas veces afirman que el alma no es sino el aliento o respiración. Respecto de la muerte no siempre son explícitos y parece que, según ellos, cuerpo y alma “duermen” en la tumba esperando la resurrección, o quizás el alma deja de existir (si tan sólo es el aliento), mientras las materias orgánicas se descomponen en el sepulcro.

Adventistas y testigos de Jehová se encuentran con el problema de que si no hay alma inmortal que sobreviva, no habría verdadera

resurrección, sino la creación de un nuevo ser que nunca podría ser el mismo que aquí vivió, conoció, amó, padeció y gozó.

No habiendo alma inmortal, ya se entiende que no puede haber infierno. Por otra parte, después de la resurrección tampoco lo habrá, pues, según los adventistas, los malos serán destruidos completamente, es decir, aniquilados. Tampoco hay Purgatorio, por la misma razón.

Pero una consecuencia más: no hay santos a quien invocar, ya que todavía nadie ha ido al cielo: todos reposan en la tumba hasta el día del juicio. ¿Se podrá, por lo menos, invocar a los ángeles, según Ap 8, 3-4; 5, 8?

Finalmente, esperan el Reino milenar, o sea, 1.000 años exactos de felicidad aquí en la tierra, después de la resurrección, la cual será sólo para los justos. Terminado el reino milenar vendrá la resurrección de los malos y el “asalto” definitivo.

Respecto a la inmortalidad del alma, los verdaderos cristianos recogemos la parábola de Lázaro Lc 16, 19-31 y algunos textos decisivos de san Pablo: Flp 1, 21-24; 2Co 5, 1-8; Rm 8, 35-39; Lc 23, 43.

#### Estadísticas

La “*Enciclopedia Cristiana del Mundo Moderno*” de David Barret nos ofrece los siguientes datos estadísticos sobre los adventistas:

- 1970: 200 denominaciones con un total de 21.200 iglesias adventistas.  
2'163.600 miembros adultos, que dan un total de la comunidad de  
4'119.100 miembros.
- 1980: 5'514.700 miembros.
- 1985: 6'871.700 miembros en total.

Bien sabemos lo difíciles que son de establecer las estadísticas; por eso no nos sorprende que en junio de 1986, el presidente mundial de la Iglesia Adventista, Neal Wilson, diera en España a la revista española “Vida Nueva” (junio 1986, p. 13) las siguientes cifras, ligeramente más altas:

- 184 países.
- 13'000.000 de fieles adventistas.

Fernando Hevia Cangas (*Diccionario de Iglesias Cristianas*. Fe Católica Ediciones, Madrid, 1985), nos informa que están divididos en:

- 378 confesiones locales,
- 76 confesiones de uniones.

Para los EE. UU., nos da un total de:

- 606.000 fieles, agrupados en
- 3.800 iglesias.

Curiosamente este investigador, con datos obtenidos en la sede del “Consejo Mundial de las Iglesias” de Ginebra, para 1985 no les daba en total sino 3'000.000.

Después de presentar a los adventistas y antes de hablar de los Testigos de Jehová —sus seguidores y continuadores— pues unos y otros niegan *la inmortalidad del alma*, hemos creído útil insertar aquí este tema de tanta importancia.

## Capítulo XVIII

# INMORTALIDAD DEL ALMA

Los adventistas —como hemos dicho— niegan la inmortalidad del alma y sus publicaciones, en ocasiones, dan a entender que el alma para ellos, no es sino el hálito corporal o la respiración. No sería, por tanto, un alma espiritual, sino material. A veces nos dicen que el alma muere; otras veces que el alma duerme en el sepulcro junto con el cuerpo, en espera de la resurrección.

Los testigos de Jehová se han convertido en los grandes propagandistas del materialismo. El alma, para ellos, no existe. La religión falsa nace según ellos, precisamente de la creencia en el alma inmortal. En esto, como en tantas otras cosas, los testigos de Jehová dependen de los adventistas, y lo único que han hecho ha sido extremar las posiciones de éstos.

El anhelo de toda persona noble, de sobrevivir, la gran esperanza religiosa y cristiana de que no termina todo con la vida material, son combatidos y destruidos por ellos con todos los medios a su alcance.

Por eso, será importante recurrir a la Biblia para sacar de allí la enseñanza recta.

San Pablo nos dice que:

“Por un hombre entró en el mundo el pecado  
y por el pecado la muerte”  
(Rm 5, 12).

Si existe la muerte, ésta es sólo consecuencia del pecado. Si Adán no hubiera pecado, el hombre no estaría destinado a morir.

Eso mismo nos dice el libro de la Sabiduría:

“Dios no creó la muerte...  
pues todo lo creó para que subsistiese”  
(Sb 1, 13-14).

“Dios creó al hombre para la inmortalidad  
y le hizo a imagen de su propia eternidad;  
mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo”  
(Sb 2, 23-24).

Debemos tener en cuenta que la palabra hebrea con que se designa el alma, que es “nefesh”, en los textos más antiguos del Antiguo Testamento puede tener múltiples sentidos y muy frecuentemente designa al ser vivo todo entero, la persona entera. Como cuando se dice que

“Dios creó al hombre del polvo de la tierra,  
insufló en sus narices aliento de vida  
y el hombre quedó convertido en ser vivo”  
(Gn 2, 7).

El viejo texto hebreo dice literalmente: “*El hombre vino a ser un alma viviente*” (Cf. 1Co 15, 45). Es el mismo uso que tenemos en castellano cuando decimos: “*En este pueblo hay tres mil almas*”; quiere decir: “Hay tres mil personas”. Este mismo uso existe en la Biblia: Hch 2, 41; 7, 14; 27, 37; 1P 3, 20. Por eso en el profeta Ezequiel se dice: “*La persona que cometa el pecado será castigada con la muerte*” (Ez 18, 4.20; Dt 24, 16). Textualmente se lee: “El alma que pecare, ésa morirá”. Alma=persona. Es claro que las personas mueren y lo vemos todos los días. Pero no es buena argumentación, como hacen los testigos de Jehová, querer probarnos con esto que las almas mueren. De esta misma manera se hablará de “almas vivientes”, o “seres vivientes”, hablando de los animales (Cf. Gn 1, 20-21; Ap 8, 9; 16, 3).

De aquí se deduce que la terminología que usa la Biblia en ciertos libros no siempre coincide con la nuestra. Seríamos, empero, muy superficiales si nos quedáramos a este nivel de mera terminología. Parece que podemos ir más al fondo y ver las realidades y no sólo las palabras.

Así, veamos cómo nos describe el Qohélet lo que es la muerte:

“Vuelve el polvo a la tierra suya, de donde era,  
y el espíritu vuelve a Dios que lo dio”  
(Qo 12, 7).

Son las dos realidades que componen el hombre y que con la muerte se separan. El hombre, la persona, muere. Pero, por encima de eso, hay algo que sobrevive.

Esta sobrevivencia de “algo” es recalcada continuamente en la Biblia. Así, Jacob espera ir, después de muerto, a reunirse en el “sheol” (=el más allá) con su hijo José a quien cree muerto y devorado por una fiera (Cf. Gn 37, 35). Es claro que ahí el “sheol” no es la tumba sino el misterioso “más allá” de ultratumba, pero con ello abiertamente se nos indica que el espíritu sobrevive.

Eso mismo inculca la fórmula, frecuente en el Antiguo Testamento, cuando, al hablar de los que mueren, se dice que “fueron a reunirse con su pueblo”, cuando se trata de casos en que no se refiere al sepulcro de familia como en el caso de Abrahán, Ismael, Aarón o Moisés (Gn 23, 8.9; 25, 8.17; Dt 32, 50; 34, 6), los cuales no fueron enterrados con sus antepasados y, sin embargo, en el más allá fueron a reunirse con ellos.

El alma, o dígase el espíritu, abandona su cuerpo como quien deja una tienda de campaña que ha habitado (2P 1, 14) y emprende como una peregrinación —casi destierro— lejos del cuerpo (2Co 5, 1.4.8). Por eso Santiago nos dirá: “*El cuerpo, sin el espíritu, está muerto*” (St 2, 26).

Las almas, dado que subsisten separadas de la materia, se llaman con toda propiedad “*espíritus*” (Cf. 1P 3, 19), y nos mostrará san Juan en el Apocalipsis:

“Vi al pie del altar las almas  
de los que habían sido degollados  
por causa de la Palabra de Dios...  
y clamaron a grandes voces diciendo...”  
(Ap 6, 9-10).

Tenemos, por tanto, que según la Biblia hay algo de la persona humana que sobrevive detrás de la muerte y de la tumba. Se le llama “*espíritu*”, a veces también, como en el último texto transcrito, “*alma*”, usando en este caso la terminología hebrea que vimos antes.

Por eso nuestro Señor, con la misma manera de hablar, nos dijo:

“No temáis a los que matan el cuerpo;  
pero no pueden matar el alma”  
(Mt 10, 28).

Tenemos aquí claramente la usual distinción entre el *cuerpo* y el *alma* que no hay derecho de minimizar y escamotear en la traducción. Y queda la aseveración terminante de que matar el cuerpo no es lo mismo que matar el alma. El perseguidor puede matar a un mártir, pero sólo será el cuerpo, porque al alma no puede llegar: ésta sigue viviendo.

El libro de la Sabiduría nos decía lo mismo:

“Las almas de los justos están en manos de Dios  
y no las alcanza el tormento”  
(Sb 3, 1).

El mismo sabio inspirado<sup>109</sup> agrega la dura calificación que merece tal idea:

“A los ojos de los necios, pareció que morían...  
pero, en realidad, ellos están en la paz”  
(Sb 3, 2-3).

Por eso Cristo nuestro Señor en otro pasaje del Evangelio hacía notar a los saduceos materialistas que Dios, al presentarse a Moisés en la zarza ardiente, no le había dicho: “Yo fui el Dios de Abrahán”, sino: “*Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*”, y nuestro Señor glosaba en forma concluyente: “*No es un Dios de muertos sino de vivos*” (Mt 22, 32 = Mc 12, 26.27 = Lc 20, 37-38); de donde se sigue que Abrahán, Isaac y Jacob existen, viven; no por su cuerpo, que se deshace en la corrupción del sepulcro, sino por su

109. Ya indicamos antes que *Sabiduría* es uno de aquellos libros —siete en total— que nuestros hermanos protestantes han sacado de sus Biblias y consideran como “apócrifos”, es decir, espurios. Pero son, en realidad, inspirados. Téngase en cuenta, por otra parte, que los textos que hemos alegado de la *Sabiduría* no hacen sino confirmar lo que hemos hallado en los libros precedentes que nadie discute. *Sabiduría* puede servir de testimonio histórico de la creencia del Pueblo de Israel.

alma. Luego el alma sigue viviendo después de enterrado y descompuesto el cuerpo que la contenía y al que ella animaba y daba vida:

“Ellos viven junto a Dios”  
(Lc 20, 38).

### Inmortalidad y resurrección

¿Adónde van las almas? Separadas del cuerpo, comienzan ya la suerte definitiva de premio o de castigo. Eso es lo que el Nuevo Testamento nos enseña. No despreciaremos el cuerpo, ya que cuerpo y alma forman la persona. Y las almas separadas no son personas; de donde se sigue, por tanto, una exigencia de resurrección. Sí, Dios volverá a integrar el compuesto humano mediante “la resurrección de la carne”.

Pero no olvidemos que hablar de resurrección, negando la existencia del alma o negando su inmortalidad, es incongruente; porque, si el alma no sobrevive, la resurrección deberá ser una nueva creación. Dios volvería a crear un nuevo hombre. No habiendo subsistido nada, Dios tendría que crear nuevamente todo. En realidad no sería el ser antiguo que existió, no sería la misma persona. En cambio, si el alma subsiste, ésta asegura la identidad y la continuidad de la persona cuando a ella vuelva a unirse la materia. En virtud del alma que no ha muerto, los recuerdos serán los mismos; serán los mismos amores; las responsabilidades para el castigo o el premio serán las mismas; es decir, será la misma persona que antes existió.

Esto es importante, porque muchos modernamente están insistiendo demasiado en la resurrección, olvidando o negando abiertamente la inmortalidad del alma, como si fueran dos cosas opuestas hasta excluirse la una a la otra. Así, ya vemos que más bien la noción de resurrección requiere forzosamente la otra, y son complementarias.

Algunos, con aires de erudición, nos dirán que la idea de *inmortalidad* del alma es de origen helénico, que la inventaron los griegos; mientras que la *resurrección* es lo propiamente hebreo y bíblico. De hecho, se trata de la noción común que tenían hebreos y babilonios lo mismo que los asirios, es decir, los pueblos orientales de donde procedían los hebreos y cuyo influjo recibían. Es claro que el libro de la Sabiduría ha recibido, en cambio, influjos griegos. Pero ¿no ha sido precisamente ése el modo como Dios ha guiado a su Pueblo y le ha hecho conocer nuevas cosas, poniéndole en contacto con otros pueblos? ¿Qué cosa podemos decir que sea específicamente hebrea?

¿Dónde está la línea divisoria? y ¿con qué derecho excluiríamos de la revelación lo que Dios quiso enseñar a su Pueblo por medio del contacto con otros pueblos?

#### Retribución inmediata

No podemos dudar que inmediatamente después de la muerte queda fijada la suerte de cada uno en forma definitiva e inmutable: o de salvación o de condenación.

Esto nos lo enseña claramente el Señor en la parábola del pobre Lázaro y del rico epulón (Lc 16, 19-31). Muerto el pobre, es llevado inmediatamente por los ángeles al paraíso (seno de Abrahán). El rico, por el contrario, va a parar al infierno para ser atormentado por las llamas. La discriminación se ha realizado ya antes del juicio final, tanto que todavía quedan en la tierra los hermanos del rico a quienes él quiere vaya a evangelizar Lázaro para que se conviertan y no vengan a ser tristes compañeros suyos en la desgracia eterna.

También aquí el Evangelio nos inculca la inmortalidad del alma, y, por supuesto, la retribución inmediata, sea de premio o de castigo.

Tanto los adventistas como los testigos de Jehová quieren sacar partido de varios textos del Antiguo Testamento que insinúan que los muertos no se acuerdan de las cosas de esta vida, que sus pensamientos todos perecen (Cf. Sal 88, 13; Qo 9, 5-6; Jb 14, 21). Esta es, ciertamente, la perspectiva que existía antes de Cristo. Pero todo este panorama cambió con su venida.

Esto es lo que vemos en las cartas de san Pablo. Si la muerte entrañara la pérdida del recuerdo, no tendría nada de deseable. Pero Pablo, después de afirmar que para él "*la vida es Cristo*", da un paso más y nos dice que la muerte, por el contrario, es una ganancia, porque tras la muerte espera sin más ser desatado para ir a "*estar con Cristo*".

Léase Flp 1, 21-24. De nuevo la inmortalidad del alma y la retribución inmediata quedan claramente enseñadas en la Biblia.

Lo mismo puede decirse de 2Co 5, 1-8: san Pablo sabe que al ser despojado del cuerpo logrará una morada incorruptible en el cielo. Preferiría que esto fuese sin morir, pero sabe que ahora, en las actuales circunstancias, hay que salir fuera del cuerpo para ir a reunirse con el Señor, y lo acepta, esperando que un día también su cuerpo le sea devuelto. Y cuerpo y alma entonces, después de la resurrección, puedan gozar de la vida eterna. "*Entonces estaremos para siempre con el Señor*" (1Ts 4, 17).

## Capítulo XIX

# LOS TESTIGOS DE JEHOVA

### Historia

*El fundador del movimiento fue Charles Taze Russell (1852-1916). Educado en ambiente calvinista (presbiteriano), vivió bajo el rigorismo y el terror de esta rama sombría del protestantismo. Era comerciante de telas, hasta que lo vendió todo para dedicarse al estudio de la Biblia y poder superar los terrores en que vivía. Cambió varias veces de secta, hasta que se adhirió al adventismo de G. Miller. Muchas de sus ideas religiosas proceden de esa fuente.*

Reunió discípulos a quienes dio el nombre de "*Estudiantes de la Biblia*". El mismo recopiló 7 tomos con sus "*Estudios de las Escrituras*". El, sin preparación alguna, se lanza a interpretar la Biblia con una soberbia y suficiencia desconcertante. En "*La atalaya*" del 15 de septiembre de 1910 él mismo se exalta descaradamente con estas audaces afirmaciones, en que sus libros o "*Estudios de las Escrituras*" parecen colocarse por encima de la Biblia misma:

"El que se dirige tan sólo a la Biblia, en dos años vuelve a las tinieblas. Por el contrario, si lee los *Estudios* con sus citas, aunque no haya leído una sola página de la Biblia, al final de dos años estará en la luz".

Los adventistas le enseñaron la obsesión por los cálculos para fijar la fecha del fin del mundo y la Segunda Venida de Cristo, el milenarismo entendido en forma literal, y "el Reino", que poco a poco irá acaparando en su secta un puesto primordial.

Los cálculos de Russell señalaban que Cristo vendría de manera invisible en 1874 y, que por fin, después de 40 años, o sea 1914, tras aniquilar a todos los réprobos, establecería su glorioso reinado. Ante el fracaso clarísimo de estas profecías, sus seguidores no se han desanimado, sino que —igual a los adventistas— han afirmado que el cumplimiento ha sido en los cielos, invisible e inverificable para nosotros. La venida del Reino de Dios no fue tal venida, sino que la humanidad se encontró envuelta en una espantosa guerra (Primera Guerra Mundial: 1914-1918), superada tan sólo por la Segunda Guerra de 1939-1945.

De hecho, recurriendo a una mitología, desagradable en el cristianismo y ofensiva para Dios, dicen que Satanás reinaba en el cielo hasta 1914, pero que en ese año fue expulsado de allí y se estableció tan sólo desde entonces, el reinado de Cristo en el cielo. Todos los verdaderos cristianos sabíamos que nuestro Señor desde el día de la Ascensión estaba sentado en su trono a la derecha de Dios Padre (Mc 16, 19; Hch 7, 55; Hb 1, 3; 8, 1; Ef 1, 20).

Russell trató de corregir su profecía, fijando nuevas fechas, pero murió en 1916 y no pudo ver que también éstas eran equivocadas. Los testigos modernamente, para salvar el buen nombre de su fundador, tratan de hacernos creer que aquello que Russell había pronosticado era precisamente la guerra...

A la muerte de Russell se apodera de la organización un hombre despótico y duro, Rutherford (1870-1942), quien elimina a sus competidores, somete todo el sistema a su voluntad autócrata y hasta hace desaparecer los escritos de su predecesor, para poner en circulación los suyos propios. Da al movimiento una estructura rígidamente centralizada. Decreta un nombre nuevo: se llamarán (desde 1931) “testigos de Jehová”. Combatirán toda religión, declarándolas a todas diabólicas, y el régimen teocrático será su ideal cristalizado en su propia estructura personalista. Ellos, a hoy, hablan mucho de la “Teocracia de Jehová” y tienen un régimen tremendamente centralizado en que todo proviene de Brooklyn (EE. UU.), hasta el último papel, libro, o folleto y hasta el último nombramiento. En muchos casos “La sociedad” —así la llaman ellos—, en vez de organización religiosa, más parece una colosal empresa financiera dedicada a colocar libros, folletos y revistas (en que se repiten y copian las mismas y las mismas cosas hasta la saciedad y el hastío) y sacar de su venta millones que van a parar a la sede central de Brooklyn. Los adeptos de la organización no parecen otra cosa que esclavos gratuitos al servicio de este gigantesco montaje comercial.

Siguiendo la obsesión propia del movimiento, Rutherford anunció, en virtud de un texto de la Biblia mal interpretado (Sal 45, 17), que para 1925 vendrían los patriarcas del Antiguo Testamento como representantes del “nuevo sistema de cosas”. Para recibirlos —porque de venir, lo harían naturalmente a los EE. UU.— hizo construir una lujosa mansión en San Diego (California). Como en 1925 no ocurrió nada, él mismo pasó a habitar el suntuoso palacio llamado “Beth - Sharim” (en hebreo: “Casa de los príncipes”) hasta el día de su muerte, ocurrida en 1942.

Viniendo al nuevo presidente de la Sociedad, Natán Knorr, nada han publicado con su nombre, pues tras las experiencias anteriores quieren eliminar el “culto de la personalidad” y todo ahora se publica sin nombre de autor, y la Sociedad de la *Watchtower de Brooklyn* se presenta como responsable de todo. Hay que decir, sin embargo, que bajo su presidencia se ha llevado a cabo la “Traducción del Nuevo Mundo de las escrituras hebreas y griegas”, que así es como se llama para ellos la Biblia en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. En ella no sólo se abandona la terminología cristiana tradicional sino que verdades fundamentales del cristianismo han quedado eliminadas con una traducción arbitraria y falseada. Por ejemplo, jamás aparece la palabra “cruz” o “crucificar”, sino “madero de tormento” y “poner en el madero de tormento”, y esto no precisamente por fidelidad a los textos originales<sup>110</sup>, sino por odio a la cruz de Cristo (Cf. Flp 3, 18). Los textos que hablan del alma o del castigo eterno han sido hábilmente retocados; lo mismo los que hablan de la divinidad de Cristo, o del Espíritu Santo, porque todas éstas son doctrinas combatidas por ellos.

## Doctrinas

Llama la atención cómo la piqueta demoleadora de los testigos de Jehová no ha retrocedido ni ante lo más sagrado de la religión cristiana.

1. Niegan la divinidad de Cristo. Para ellos el Señor nuestro Jesucristo no es sino la encarnación del arcángel san Miguel; el cual

<sup>110</sup>. La palabra usada en griego es “stauros” que significa *cruz* y “stauros” que equivale a *crucificar*, aunque en su origen significaron “estaca” y “poner estacas”. En la época de los Evangelios es cosa cierta que designaban “cruz” y “crucificar” (Cf. Zorell, *Lexicon Graecum Novi Testamenti*, París, 1961. Bauer-Arndt, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and other Christian Literature*, Chicago, 1957. Liddell-Scott, *A Greek English Lexicon*. Oxford, 1968. Braudenburger, E., *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Coenen-Beyreuther. Vol. I. Ed. Sígueme, 1980, pp. 357-368).

es la primera criatura de Dios, hechura del Padre. A veces se le llama “dios”, pero es un “dios pequeño”, no verdadero Dios.

2. Niegan la enseñanza cristiana sobre la Trinidad de Dios. Estas dos enseñanzas son, sin embargo, como pilares del cristianismo. Por este motivo muchos de los protestantes de otras denominaciones suelen decir que “los testigos de Jehová no son ni cristianos”. Negar el dogma de la Trinidad, negar la divinidad de Cristo, les parece suficiente para ver que uno ha decaído del verdadero cristianismo.

Según los testigos de Jehová, sólo el Padre es Dios. El Hijo de Dios no es Dios. Y el Espíritu Santo no es ni siquiera Persona, sino tan sólo una abstracción: “La fuerza activa de Dios”.

Hemos de reconocer la común herencia protestante en sus afirmaciones y en sus negaciones fundamentales. A éstas, claro está, añaden las suyas propias, tomadas del calvinismo y del adventismo, o extremando, con lógica inflexible, estos principios y doctrinas.

A) De la común herencia protestante tienen:

1. Sólo la Biblia.
2. Negación de la Iglesia y odio contra la Iglesia Católica.
3. Negación del primado del Papa.
4. Negación del Magisterio de la Iglesia y de la Tradición.
5. Negación de los sacramentos, de los cuales sólo retienen dos y muy disminuidos.
6. Negación de la intercesión de María y de los santos.
7. Prohibición de hacer imágenes.

B) De sus características calvinistas apuntemos:

1. Exclusión del culto sistemático. Los testigos llegaron a condenar como diabólica toda religión. No tienen iglesias ni templos, sino “salones del Reino”, que más bien sirven para el estudio bíblico y doctrinal.
2. La idea de Teocracia. Calvino organizó ya una tiranía con ese nombre en Ginebra (1541-1564). Ellos tienen ahora el gobierno más tremendamente centralizado, como apuntamos más arriba.
3. La predestinación es, entre los calvinistas, una de las más tristes y sombrías doctrinas, como dijimos en su lugar. Entre los

testigos esto tiene la particular modalidad de decirnos que sólo 144.000 irán al cielo. Los que fuera de ellos se salven —la gran muchedumbre— repobla la tierra en un paraíso renovado. Estos jamás irán al cielo. Y ellos, se resignan y se alegran.

4. El carácter propagandista de todo creyente.

C) En la escatología, se advierte un fuerte influjo del pensamiento adventista:

1. La obsesión del fin que ya se acerca, el afán de estar fijando fechas cercanas y asustando a la gente, para atraer a los incautos.
2. Negación de la inmortalidad del alma.
3. La aniquilación de los malvados.
4. No existe el infierno.

D) Sobre éstas hay que añadir las suyas propias:

1. El crudo racionalismo: lo que de algún modo rebasa la razón, se niega y se rechaza sin más. Así la Trinidad, la Eucaristía...
2. La segunda es, como hemos insinuado, el escatologismo acentuado que, aunque heredado de los adventistas, tiene entre los testigos caracteres propios. Los testigos, al igual que los adventistas, no deducen de la Biblia que el fin del mundo esté cercano, sino al revés: después de convencerse que ya se acerca el fin del mundo, buscan en la Biblia textos para probarlo. Por eso los textos que alegan como prueba son tan genéricos y tan flojos. Por su parte han añadido: la restauración del Paraíso terrenal, la doctrina de los 144.000. La segunda oportunidad que tendrán los malos o inconversos para salvarse después de la Resurrección.
3. Suelen presentarse como pacifistas. Y, al igual que los adventistas, rehúyen el servicio militar. Pero en realidad, de verdad, no puede hablarse de pacifismo en quienes con gran ilusión están esperando la más mortífera y espantosa de todas las guerras: el Armagedón. Debe más bien subrayarse su carácter de venganza y de *reivindicación*. Ponen de manifiesto las injusticias humanas y, entre los pobres y gente que llora o sufre, reclutan sus adeptos presentándoles el Paraíso como la reivindicación de todas sus miserias y sufrimientos. Pero ya desde aquí sus publicaciones van cargadas de odio a las autoridades y a las organizaciones —civiles, militares, religiosas—; todo lo que en ciertos medios les da un innegable atractivo; al propio tiempo que en otros niveles suscita un justificado sobresalto.

## Caítulo XX

# LOS MORMONES

### Historia

El fundador de los mormones llamóse José Smith (1805-1844). Nació el 23 de diciembre de 1805 en la pequeña aldea de Sharon, estado de Vermont. Ellos lo tienen por profeta e incluso por mártir. Consta, ciertamente, que tenía una imaginación exaltada y gran proclividad a la mitomanía. Hijo de un campesino, apenas si llegó a recibir educación alguna. Su cultura fue siempre escasa y deficiente.

Muy difícil formarse una idea de lo que era en EE. UU., el siglo pasado, la exaltación religiosa y el pulular de sectas nuevas, “avivamientos”, profetas, predicadores, empeñados en reclutar adeptos. Eso explica la aparición de G. Miller o doña White, predicadores milenaristas; de Russell o José Smith.

José Smith asiste al espectáculo de las predicaciones de los varios propagandistas o jefes de movimientos y se plantea la grave pregunta: ¿Quién tiene la razón? ¿Quién está en la verdad? A los quince años (1820) cuenta haber tenido la primera visión: Dios en persona se le ha aparecido en el bosque y le ha revelado que ninguna de las iglesias (protestantes) que existen es verdadera. Que será él quien, a su tiempo, dará origen o restaurará la Iglesia cristiana primitiva.

Dos años más tarde (1822), se le manifiesta el ángel *Moroni* quien le hace saber que en el monte Cumorah, situado a unas cuatro millas de la ciudad de Palmyra, en el camino de Manchester, estado de Nueva York, se encontraban enterradas unas misteriosas *planchas de oro* que contenían la verdadera historia del Pueblo de Dios en América. Las planchas las desenterró, según él afirmaba, el 22 de septiembre

de 1827. Estaban escritas en “egipcio reformado” (lengua que, naturalmente, no conoce ningún filólogo, ni egiptólogo, ni historiador alguno), lengua que José Smith desconocía completamente, pero que pudo traducir gracias a unos cristales milagrosos que encontró junto con las planchas, denominados “Urim” y “Tummim”, y que, adaptados a sus ojos, le permitían leer en inglés lo que estaba escrito en egipcio. En junio de 1829 había nacido el *Libro de Mormón* que usan los adeptos, no ya sólo a la par con la Biblia, sino de hecho en vez de ella. Se publicó en inglés en 1830.

No se puede verificar la autenticidad de estos hechos ni establecer el tenor de las planchas de oro, porque una vez traducidas, el ángel Moroni, que hasta entonces, por siglos, las había dejado tranquilamente enterradas en el monte, esta vez se las llevó al cielo.

El *Libro de Mormón* comporta ciertamente en cada ejemplar un testimonio de tres amigos de José Smith que juran haber visto dichas planchas. Pero no olvidemos que nunca las vieron en manos de José Smith, sino en una visión colectiva, después que ya el ángel se las había llevado...<sup>111</sup>.

Publicado el libro santo en 1830, José Smith fue organizando la nueva iglesia. Bautizó a su primer discípulo Oliver Cowdery y fue a su vez bautizado por él. Ya que el bautismo tiene validez sólo cuando se recibe de manos de un bautizado. Luego un ángel les confirió el “sacerdocio de Melquisedec”. Con esto podía ponerse en marcha la nueva iglesia que fundaba José Smith.

El fanatismo incendiario de las predicaciones de José Smith y sus discípulos en que afirmaban que todas las iglesias estaban en el error, les malquistó con todos los vecinos y con las ciudades circundantes, aunque no dejaba de aumentar el número de sus seguidores. Se llamaban “la Iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días”<sup>112</sup>. Expulsados como indeseables de un sitio, iban a otro con una tenacidad admirable. Así fundaron Nauvoo en Missouri como una nueva Sión. Dos años más tarde, la ciudad había crecido hasta alcanzar unos 20.000 habitantes que ni Chicago tenía entonces.

111. El testimonio de ellos reza así: “Un ángel bajó del cielo y trajo y puso las planchas ante nuestros ojos de manera que las vimos...” Los testigos, Oliver Cowdery, David Whitmer y Martín Harris abandonaron más tarde la iglesia mormona porque no creían que fuera la Iglesia verdadera.

112. En Inglés dicen “del último día”: Latter-Day-Saints”, pero en castellano han traducido en plural: “Los Santos de los últimos días” que, cuando ellos aparecieron, hacia 1830, se suponía estaba cerca. El mundo ha seguido rodando, pero ellos han conservado el nombre sin darse por entendidos.

Convirtiéndose en territorio autónomo gobernado por el profeta José Smith, quien llegó a pensar hasta en proponer su candidatura para presidente de los EE. UU. Pero su caída estaba próxima.

La poligamia que venía practicándose en secreto entre los *Santos de los últimos días* y que revelaron a la gente algunos apóstatas de la secta, provocó indignación general. Ejércitos de un lado y ejércitos del otro. El gobernador del Estado intimó al profeta a que se entregase. El trató de huir, pero al fin se rindió. Fue encerrado en la prisión de Carthago (Illinois). El populacho asaltó la cárcel y dio muerte a José Smith y a su hermano Hiram (27 junio de 1844). Desde entonces sus seguidores le calificarían con el título de mártir, y esta aureola ennoblecía su nombre.

Tal fue el fin del fundador de la secta de los mormones. El holandés van der Valk, investigador tan profundo que ha reunido 1400 obras sobre el mormonismo, nos da de este hombre el siguiente juicio: “Por su tara neuropática hereditaria, proveniente de su padre y de su madre, el profeta fue, desde su nacimiento, un degenerado. Su degeneración se manifestó en el transcurso de los años con creciente ímpetu también como consecuencia de sus excesos alcohólicos. Era un psicópata que sufría de la enfermedad llamada psicalepsia. Todavía más que en su madre —que también se adapta al esquema de la imbecilidad hereditaria— se ve en él una forma de aquella psicopatía que se manifiesta en la mitomanía o pseudología fantástica. La que no es propiamente una enfermedad, sino un conjunto de síntomas que notamos frecuentemente en hombres y sobre todo en mujeres que padecen histeria, en psicosis alcohólica aguda, en demencia parálitica y en ciertas formas de paranoia. El profeta no reconocía ni religión ni moral: todo para él, aun la religión, era tan sólo un medio para conseguir poder, prestigio y riqueza” (M. H. A. van der Valk, *Op. cit.*, p. 45s.).

Lo que dice el sabio holandés lo confirma el americano J. Woodbridge Riley en 1902 con prolija documentación (J. W. Riley, *The Founder of Mormonism*, New York, 1902). Incluso quien, como Peter Meihold toma en serio al profeta del mormonismo, no puede menos que declararle falseador de la historia (P. Meinhold, *Op. cit.*, p. 70). Del mismo modo, quienquiera que lea las obras de José Smith —su *Libro del Mormón*, sus “Revelaciones de Dios” contenidas en el libro “*Doctrina y Pactos*” y en “*La Perla de Gran Precio*”, no necesita de autoridades externas: estos escritos por sí solos manifiestan, en innumerables pasajes y con claridad meridiana, la realidad psicopática del fundador de los Mormones (*Lexicon für Theologie und Kirche*, T. V, p. 800).

Le sucedió Brigham Young quien, con una energía incomparable, tras año y medio de penosas marchas, condujo a los mormones en inmensa caravana a las riberas del Lago Salado (1847), territorio que entonces pertenecía a México, pero que estaba deshabitado. Un año más tarde fue cedido a los EE. UU., mediante el tratado de Guadalupe (firmado el 2 de febrero de 1848).

Al integrarse a la Unión de estados de América (EE. UU.) en 1850, se les exigió que renunciasen a la poligamia. Lo hicieron externamente, pero en oculto han seguido con la misma práctica hasta el día de hoy. Brigham Young murió en 1877 dejando 56 hijos huérfanos y 17 mujeres viudas tan sólo, pues 9 de sus mujeres habían muerto antes que él; dejaba también dos millones de dólares; él, que no había sido sino un pobre carpintero. José Smith, que murió de 39 años, tuvo 48 esposas, según su biógrafo Frawn M. Brodie. Otros son más moderados y le dan sólo 27. Utah no fue admitido como estado en la Unión sino en 1896.

## Doctrina

Si nos acercamos a las doctrinas mormonas, hemos de advertir que son de lo más alejado del cristianismo. Si ya esto es bien sensible en los adventistas y más todavía en los testigos, en el caso de los mormones llega a su extremo último. Con razón algún autor los llama a todos éstos, tan sólo “plagios del cristianismo”.

En cambio, su prosperidad económica y sus realizaciones en los más variados campos de la agricultura, la industria, la organización eficiente, las exhiben ellos como pruebas decisivas de que su cristianismo es válido; porque “¿cómo podría salvar las almas una religión que no pudiera primero salvar los cuerpos?”, se preguntan ellos.

Lo primero y más sorprendente de todo es su mismo libro, el célebre “*Libro del Mormón*”. ¿Qué crédito merece? ¿Es realmente un libro sagrado? ¿Es tan sólo un embuste? ¿O es una novela hábilmente aprovechada? Fuera de los mormones, ningún historiador, ningún investigador cree que el “*Libro del Mormón*” merezca fe ni aporte dato histórico alguno... Todos los que no son mormones, señalan a porfía las incongruencias y crasos errores que dicho libro contiene.

Dado el volumen del libro, ¿cuántas planchas de oro hacían falta para contenerlo? ¿Cuántas toneladas del precioso metal? José Smith daba la impresión de referirse a ellas como a las hojas de papel que suele tener en su mano el orador que pronuncia una conferencia, no

precisamente a una imponente carga de láminas de oro que necesitase transporte...

José Smith se atrevió en cierta ocasión a dibujar algunos caracteres que él dijo eran copiados de las famosas planchas de oro, y su secretario Martín Harris se los presentó al orientalista Charles Anton, profesor en la Universidad de Columbia de Nueva York. El profesor no halló parecido alguno con los jeroglíficos egipcios y declaró que toda la historia era un fraude; pero el sabio no con eso logró desengañar al fascinado campesino que actuaba como secretario de José Smith.

El libro pretende darnos la historia de América de este modo. Cuando Dios confundió las lenguas en la torre de Babel —que José Smith sitúa en el año 2.000 aC— vinieron a América los primeros habitantes, los *jareditas*. Seis siglos más tarde vinieron los israelitas, emigrados de Jerusalén bajo el rey Sedecías. Oprimieron a los *jereditas* y pronto se dividieron en dos ramas: una buena, la de los *nefitas*; y la otra revolucionaria y turbulenta, de los *lamanitas*. Estos fueron castigados, y su piel se volvió oscura: son los indios pieles rojas y, probablemente, los indios de toda América, Norte y Sur. Porque, naturalmente, el tener la piel oscura no puede ser sino castigo de Dios.

Después de su Resurrección y antes de su Ascensión al cielo, Jesús vino a América a predicar a los piadosos nefitas y a fundar su Iglesia, tal como lo había hecho en Palestina.

En el año 384 después de Cristo, tras cruentas luchas con los lamanitas, fueron finalmente exterminados los nefitas. Entre los pocos que escaparon estaba el profeta Mormón junto con su hijo Moroni. Estos redactaron la historia de su pueblo, sus doctrinas y tradiciones y las enterraron, junto con el *Urim* y el *Tummim*. El mismo Moroni —ahora de hombre convertido en ángel— reveló a José Smith el lugar donde estaban enterradas las planchas sagradas que, traducidas por José Smith, constituyen el “Libro del Mormón”, complemento o suplemento de la Biblia.

Abundan en el libro errores comprobables.

Los estudiosos de etnología muestran con certeza que los indios americanos no proceden de los israelitas.

El “Libro del Mormón” (I Nefí, 18, 25) nos cuenta que los israelitas al llegar a América (600 aC) encontraron la vaca, el buey, el asno y el caballo; cuando está comprobado que estos animales no existieron en América hasta cuando fueron traídos por los europeos en el siglo XV y XVI.

En el Libro del Mormón (II Nefí, 1, 14) se halla la frase solemne: “La fría y silenciosa tierra de donde ningún viajero puede volver”; que procede nada menos que de Shakespeare<sup>113</sup>, que vivió más de mil años después que el profeta Mormón: ¿cómo pudo Mormón incorporar en su Libro dicha frase?

El Libro del Mormón contiene centenares de citas bíblicas tomadas a la letra de la *King James Versión*, publicada en 1611.

Hay en él ideas y citas tomadas de la *Westminster Confession of Faith*, redactada en el siglo XVII.

Hay también pasajes del “*Methodist Book of Discipline*”, muy citados en las discusiones de los restauradores del siglo XIX.

Todo esto lo conocía muy bien José Smith, el cual era habilísimo en remedar el lenguaje de la Biblia que él conocía (*King James Versión*); pero era imposible que lo conociera (en inglés) el buen profeta mítico Mormón... o el viejo profeta Nefí...

Las doctrinas cristianas, aun conservando a veces fórmulas tradicionales, han sido degradadas hasta quedar irreconocibles.

Afirman tranquilamente que Dios mismo le reveló a José Smith que Dios tiene cuerpo. A veces hasta llegan a decir que Dios engendra hijos en forma material y humana. Los dioses, los ángeles y los hombres son de la misma naturaleza, sólo que residen en diferentes esferas y han alcanzado grados diferentes de evolución. Pero “lo que el hombre es ahora, eso fue antes Dios”. La doctrina del politeísmo (que haya muchos dioses) está expresamente enseñada por los escritos de los mormones.

Ciertamente que la poligamia no es entre los mormones una doctrina lateral o marginal. La verdad es que la obsesión sexual de José Smith tenía que manifestarse por todos lados<sup>114</sup>. No sólo nos dirán que después de la vida se procrearán nuevos hijos, sino que a la poligamia le buscarán un substrato religioso. Nos dirán que hay que procurar la liberación de los espíritus procurándoles el mayor número posible de cuerpos en que encarnarse. Ya vemos con esto que afirman

la preexistencia de las almas. Nos dirán que quienes no se casan en este mundo, en el otro serán transformados en ángeles servidores de los demás; en tanto que aquellos que hayan tenido muchas mujeres llegarán a ser dioses. No les importa que Jesús diga todo lo contrario (Cf. Mc 12, 25; Lc 20, 34-36)... Ellos siguen a José Smith.

La mujer no puede ser feliz sino mediante el matrimonio. La sumisión de ésta al varón es tal que ella, la primera mujer, le entrega a éste la nueva esposa que adquiere para el segundo matrimonio y así sucesivamente.

El artículo 2 —de los 13 que componen el *credo* de la “Iglesia de Jesucristo de los últimos días”— niega el pecado original. No la transgresión de Adán, sino su transmisión.

El artículo 3 habla de la expiación del sacrificio de Cristo, pero el sistema mormón está muy lejos de entenderlo como el cristianismo.

Ellos naturalmente creen que la única Iglesia verdadera es la suya. La Iglesia de Jesucristo, suelen decir, fundada sobre los doce Apóstoles, dejó de existir al morir el último Apóstol, a pesar de la afirmación de Cristo sobre la perennidad de su Iglesia (Mt 16, 18).

José Smith, al volverla a restablecer tomó la precaución, que por lo visto descuidó Jesús, de proveer que siempre hubiera Doce apóstoles. Viven en EE. UU. (estado de Utah), y desde allí rigen las organizaciones mormonas del mundo entero. Es una iglesia totalmente norteamericana.

También en eclesiología, es digna de notarse la organización interna. Tienen un doble sacerdocio: el de Aarón y el de Melquisedec. El primero atiende los asuntos temporales de la Iglesia Mormona. Consta de obispos, sacerdotes, instructores y diáconos. El sacerdocio de Aarón se puede recibir a los doce años.

El sacerdocio de Melquisedec gobierna en los asuntos espirituales; consta de los Doce Apóstoles, y del grupo de los Setenta y dos, de los patriarcas y de los jefes de las comunidades locales. Los “Doce” dirigen la misión en el mundo entero. El grupo de los “Setenta y dos” son misioneros que pueden ser enviados a cualquier parte. Los patriarcas tienen el oficio de bendecir y consolar. Los jefes de las comunidades están asistidos por los ancianos. Sólo los miembros de

recta conciencia han sido dejados en una ignorancia supina... El reverso de la medalla lo tenemos en los mormones. A pesar de sus conceptos erróneos sobre la poligamia, el matrimonio celestial y la procreación en la vida futura, han considerado el sexo como don divino...” (“*El caos de las sectas*”, pp. 366-367, Barcelona, 1969, pp. 366-367).

113. En el célebre monólogo de *Hamlet*, acto III.

114. Con razón hace notar el protestante van Baalen que, en medio de sus aberraciones y excesos, los mormones tienen el mérito de haber destacado la sexualidad como un don divino y haberle dado cabida abiertamente en su religión: “El énfasis exclusivo de la salvación del alma... ha hecho olvidar un aspecto extremadamente importante de la vida humana como es el de las exigencias del sexo. La influencia de un mojigato puritanismo es la causa de esta negligencia. El resultado ha sido que millares de jóvenes creyentes de

las viejas familias mormonas pueden entrar en el sacerdocio de Melquisedec.

El bautismo de inmersión lo consideran necesario, pero no lo administran antes de los ocho años. Con él se borran los pecados personales. Particularmente extraño es el bautismo que usan en favor de los difuntos. Un mormón piadoso puede bautizarse para procurar la salvación de alguno de sus antepasados. Se supone que en el otro mundo pueden recibir la enseñanza y la fe, pero el bautismo lo reciben por un procurador en esta vida. Millares de bautismos por los difuntos se practican en los templos mormones. Esto ha hecho surgir entre ellos un inusitado interés por las genealogías y por los archivos para poder establecer las líneas de parientes y antepasados, a fin de poder bautizarse por cada uno de ellos nominalmente.

“La supremacía de Jesucristo en la vida cristiana tiene por consecuencia, en el protestantismo, como ya se ha dicho, el rechazo de todo intermediario humano entre Dios y el alma. Por tanto, el protestantismo significa, en principio, el fin del sacerdocio, es decir, el fin del sistema religioso en el cual la comunión del hombre con Dios, con todos los beneficios divinos, depende de la actuación de otros hombres consagrados para realizar ciertos actos específicamente sagrados” (Foster Stockwell, *Qué es el protestantismo*, Buenos Aires, 1957, p. 46).

Practican también la Cena, comen pan bendecido; pero en vez del vino tradicional, usan agua cristalina. Todos tienen derecho de participar, porque todos son invitados de Jesús.

Finalmente, los mormones han aceptado de los *Milleritas* la esperanza terrenal del reino milenario: “Creemos —dicen en el artículo 10— que Israel será literalmente reunido y las 10 tribus serán restauradas, y que Sión será reconstruida en este continente (EE. UU.) y que Cristo vendrá en persona a reinar sobre la tierra y que la tierra será renovada y alcanzará la gloria paradisíaca”.

Se nota en ellos un afán ansioso de trasladar al Nuevo Mundo todos los elementos religiosos del Pueblo de Dios: tener su propio libro inspirado, distinto de la Biblia, su propio profeta y fundador religioso, distinto de Jesucristo, su propia tierra de promisión y su propia Sión con su Templo, su propio sacerdocio, sus propios apóstoles. Una secta completamente norteamericana, hemos dicho. Tremendamente racistas, pues la piel cobriza de los indios es, en su doctrina, causada por el pecado pero mediante la conversión volverá a ser blanca; pues sólo la piel blanca es aceptada por Dios. Los negros tienen un problema más arduo todavía.

## Índice

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| I.     | Historia                                  | 5   |
| II.    | Las diferencias con el catolicismo        | 23  |
| III.   | Biblia y Tradición                        | 27  |
| IV.    | La Tradición                              | 31  |
| V.     | La fe y las obras                         | 37  |
| VI.    | La Gracia y el mérito                     | 43  |
| VII.   | Cristo y la Iglesia                       | 47  |
| VIII.  | La Iglesia                                | 49  |
| IX.    | Estructura sacramental                    | 57  |
| X.     | Fundamentos doctrinales del culto a María | 81  |
| XI.    | Los episcopalianos                        | 107 |
| XII.   | Sectas radicales                          | 109 |
| XIII.  | Los bautistas                             | 113 |
| XIV.   | Los pentecostales                         | 137 |
| XV.    | Sanidad divina                            | 149 |
| XVI.   | Alianza Cristiana y misionera             | 171 |
| XVII.  | Los adventistas del séptimo día           | 175 |
| XVIII. | Inmortalidad del alma                     | 187 |
| XIX.   | Los testigos de Jehová                    | 193 |
| XX.    | Los mormones                              | 199 |